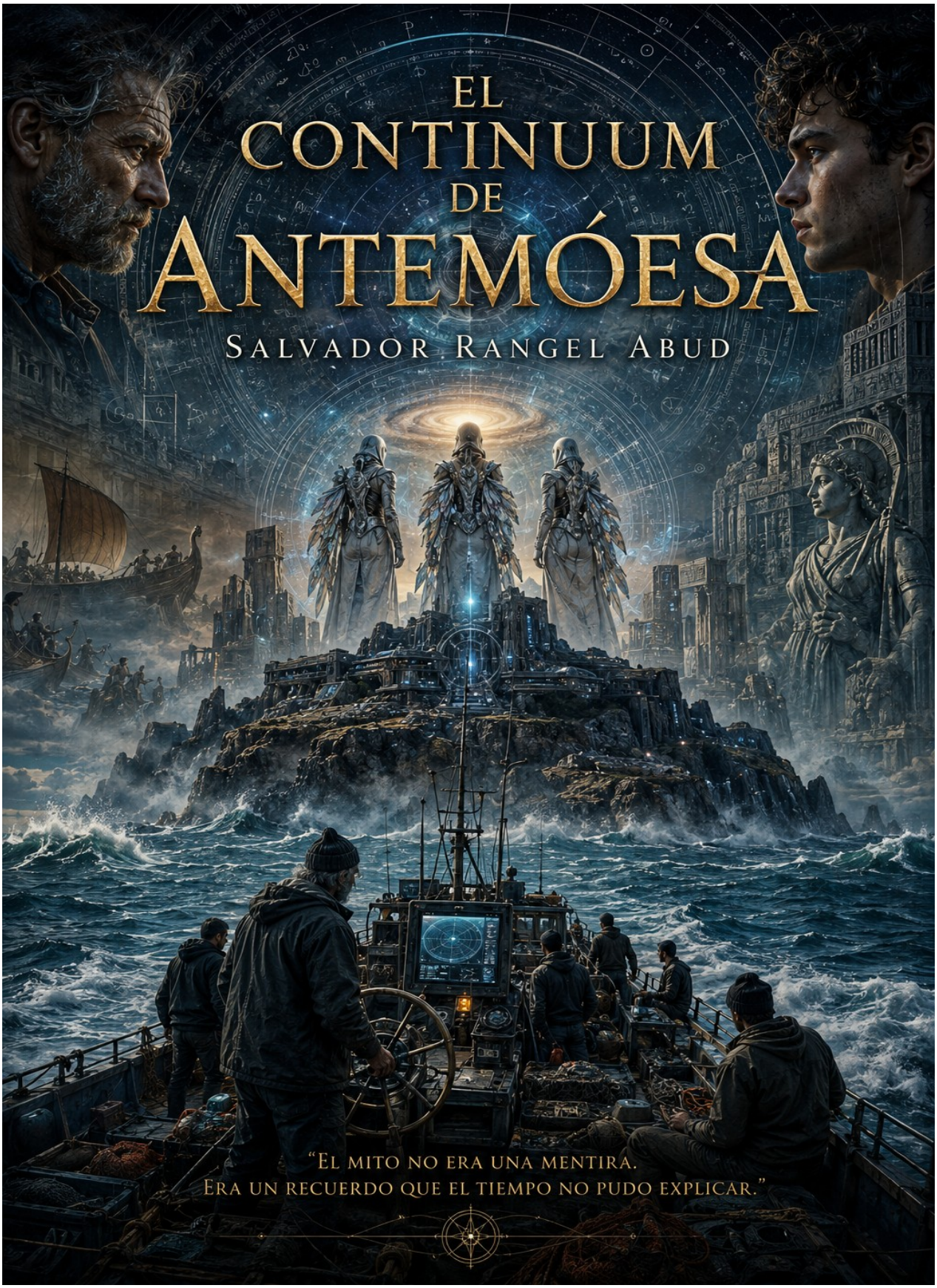
EL
CONTINUUM
DE
ANTEMÓESA
SALVADOR RANGEL ABUD
"EL MITO NO ERA UNA MENTIRA.
ERA UN RECUERDO QUE EL TIEMPO NO PUDO EXPLICAR."

EL CONTINUUM DE ANTEMÓESA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

El Pireo, tiempo presente. Dimitris Kavakis, capitán de setenta y un años del pesquero Agamenón, ha pasado treinta años reuniendo mapas imperfectos, manuscritos bizantinos anotados al margen y expedientes militares clasificados que apuntan, todos, hacia la misma región del Egeo: una anomalía que los antiguos navegantes griegos llamaron Antemóesa y que Homero convirtió en mito bajo el nombre de las sirenas. Cuando Yiannis Papadimitriou, joven ingeniero naval, detecta una fluctuación térmica y electromagnética inexplicable exactamente en esas coordenadas, Dimitris reúne a su tripulación de siempre y zarpa hacia el punto donde, según treinta años de evidencia dispersa, la realidad se vuelve más delgada de lo que debería. Lo que encuentran allí pondrá a prueba todo lo que cada uno de los siete hombres a bordo cree saber sobre la pérdida, la fe y los límites de lo que un ser humano está dispuesto a escuchar antes de decidir, finalmente, resistir. Lo que comienza como una salida de pesca con instrumentos de medición se convierte en algo que ninguno de ellos podrá explicar del todo al volver a casa, y que cambiará, de manera irreversible, la manera en que Dimitris entiende el tiempo, la pérdida y el lugar de la humanidad en el universo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene escenas de tensión psicológica derivada de manipulación tecnológica de recuerdos y duelos personales no resueltos, referencias a pérdidas familiares incluyendo la muerte de un cónyuge, un hijo recién nacido y figuras parentales, y situaciones de peligro físico en altamar. No contiene violencia explícita, contenido sexual ni gore. Es una novela de ciencia ficción filosófica con fuerte componente emocional, apta para lectores adultos y jóvenes adultos.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Nacido en México con raíces en Xalapa, Veracruz, su obra literaria abarca más de doscientas cuarenta novelas publicadas en géneros que van de la narrativa histórica a la ciencia ficción filosófica, de la novela coral didáctica a la narrativa genealógica y romántica.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El Continuum de Antemóesa

Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Ciencia ficción / Drama filosófico
Subgénero: Ciencia ficción especulativa con base mitológica
Extensión: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo
Ambientación: El Pireo y el mar Egeo, Grecia. Tiempo presente
Idioma: Español
Primera edición: 2026
País de origen: México
Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

El Continuum de Antemóesa nació de una pregunta que me ha acompañado durante años: ¿qué pasaría si los mitos más antiguos de la humanidad no fueran invenciones poéticas sino recuerdos mal formados de algo real que ninguna generación tuvo el lenguaje para describir correctamente? Homero no inventó a las sirenas. Las heredó de navegantes que vivieron algo que no podían nombrar, y que convirtieron en la única forma de verdad que su época les permitía sostener: el mito. Esta novela toma esa premisa en serio y la lleva hasta sus últimas consecuencias, combinando el rigor técnico de la ciencia ficción con la textura sensorial de la narrativa más íntima, porque creo que las grandes preguntas sobre el tiempo, la pérdida y el lugar del ser humano en el universo merecen ser exploradas con la misma seriedad emocional con que se exploran sus implicaciones científicas.

LICENCIA

Esta obra está publicada bajo la licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Se permite la reproducción y distribución no comercial del texto íntegro siempre que se cite al autor y la fuente. No se permite la modificación, transformación ni creación de obras derivadas sin autorización expresa del autor.

PALABRAS CLAVE

Antemóesa, Egeo, sirenas, Odisea, Homero, viajeras inter dimensionales, anclaje temporal, mito y ciencia, Pireo, pesquero griego, ciencia ficción filosófica, duelo, pérdida, percepción del tiempo, civilización atrapada, brecha dimensional, mitología griega, novela coral

---

TEMAS PRINCIPALES

El mito como memoria mal formada de un hecho real, no como invención deliberada. La pérdida y el duelo como puerta de entrada a la manipulación, y la resistencia como acto de amor hacia los muertos. El conocimiento técnico y la fe religiosa como caminos paralelos hacia la misma certeza sobre la escala del universo. La cooperación entre civilizaciones radicalmente desiguales, fundada en la necesidad mutua y no en la conquista. El sacrificio material de los pobres como la forma más alta de generosidad. El tiempo como cuerda que vibra en múltiples frecuencias simultáneas, y no como línea que avanza de manera irreversible. La curiosidad científica como vocación que no excluye lo sagrado, sino que puede converger con él.

CITAS DESTACADAS

"El mito no miente. Recuerda mal, que es distinto."

"Homero no inventó nada. Transcribió un manual de operaciones."

"Odiseo no inventó las cuerdas al mástil. Las necesitó."

"La pérdida no es una ausencia. Es un cambio de frecuencia."

"El tiempo no es una línea. Es una cuerda que vibra, y en cada vibración coexisten todas las épocas."

"Homero no cerró el mito. Dejó una puerta abierta. Nosotros acabamos de pasar por ella."

"Nunca lo fuimos. Solo llegamos hasta aquí por caminos distintos."

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su fusión de rigor técnico y densidad emocional, esta novela dialoga con la tradición de Irving Wallace en la construcción de personajes mediante capas biográficas precisas y exposición de datos integrada a la ficción. Por su economía poética y su tratamiento de lo cotidiano rozando lo inmenso, evoca la sensibilidad de Ray Bradbury, en particular de Crónicas marcianas y El hombre ilustrado. Por su revisión especulativa de la mitología clásica como posible recuerdo de un encuentro real, se aproxima a la narrativa de primer contacto de Carl Sagan en Contacto, aunque con un anclaje mucho más profundo en la tradición literaria griega. Por su tratamiento del duelo y la pérdida como territorio emocional central de una trama de ciencia ficción, comparte algo con la atmósfera contemplativa de Arrival, de Ted Chiang, en su exploración de cómo la percepción ampliada del tiempo transforma el significado del amor y la pérdida humana.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿De qué manera la novela redefine la frontera entre mito y ciencia, y qué consecuencias tiene esa redefinición para la manera en que entendemos la historia humana?

¿Por qué cada marinero del Agamenón es vulnerable a una versión distinta del canto de las sirenas, y qué dice eso sobre la naturaleza específica de cada duelo?

¿Es la decisión de desmontar el Agamenón un sacrificio, una inversión o ambas cosas al mismo tiempo? ¿Qué la justifica moralmente?

¿Qué cambia, y qué no cambia, en la fe de Petros después de conocer el origen real de los mitos que sostenían su catecismo?

¿Cómo transforma la experiencia del Continuum la relación de Dimitris con el tiempo, y es ese cambio un don o una pérdida?

¿Qué papel juega Yiannis como puente entre el escepticismo científico y la apertura hacia lo inexplicable, y logra la novela reconciliar ambas posturas?

¿Qué significa que la novela termine sin ninguna prueba material de lo ocurrido, salvo la certeza compartida de los siete hombres? ¿Qué dice eso sobre la naturaleza del conocimiento que más importa?

CÓMO CITAR

APA (7.ª edición): Rangel Abud, S. (2026). *El Continuum de Antemóesa*. Internet Archive. https://archive.org

MLA (9.ª edición): Rangel Abud, Salvador. *El Continuum de Antemóesa*. Internet Archive, 2026. https://archive.org

Chicago (17.ª edición): Rangel Abud, Salvador. *El Continuum de Antemóesa*. Internet Archive, 2026. https://archive.org

---

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que destacan: Por las barbas de Neptuno, novela de aventura y misterio histórico ambientada en el Golfo de México; El último rojo del Soviet, novela didáctica ambientada en la Ciudad de México en estilo Vargas Llosa; Una España siempre en llamas, novela coral sobre la familia Pereda Samaniego a través del siglo XX español; Las voces de la razón, novela coral ambientada en un seminario de La Sorbona; La sangre del norte, novela histórico-genealógica que traza el linaje del Barón von Wrangel hasta la familia Rangel Abud en Xalapa; La república que pudo haberse sembrado, novela histórica contrafactual sobre México desde Juárez hasta el presente; y Esto es lo que hicimos de México, novela coral sobre la historia nacional desde sus siete ejes temáticos fundamentales.

MENSAJE FINAL

El Continuum de Antemóesa es una invitación a mirar los mitos más antiguos de la humanidad no como cuentos infantiles ni como alegorías vacías, sino como posibles ecos de algo real que nuestros antepasados no tuvieron el

lenguaje para nombrar correctamente. Es también una historia sobre lo que significa resistir el canto que nos ofrece, con total sinceridad, todo lo que hemos perdido, y sobre la dignidad específica de los hombres pobres que entregan lo único que tienen sin preguntar cuánto cuesta lo que resulta necesario. Homero escuchó el canto y lo convirtió en poesía. Esta novela escucha ese mismo canto y se pregunta qué habría pasado si, en lugar de un héroe atado a un mástil, hubiera llegado un pesquero viejo con instrumentos de medición y siete hombres dispuestos, finalmente, a entender.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El mar que no olvida
CAPÍTULO 1: El puerto de los hombres cansados
CAPÍTULO 2: Lo que Homero no inventó
CAPÍTULO 3: Los instrumentos mienten, el agua no
CAPÍTULO 4: La niebla que respira
CAPÍTULO 5: La isla que oscila
CAPÍTULO 6: El canto
CAPÍTULO 7: La cera y las cuerdas
CAPÍTULO 8: Lo que los antiguos llamaron sirenas
CAPÍTULO 9: El idioma de los impulsos
CAPÍTULO 10: Lo que la brecha amenaza
CAPÍTULO 11: Lo que los pobres tienen para dar
CAPÍTULO 12: Lo que Odiseo escuchó
CAPÍTULO 13: El ruido de fondo del infinito
CAPÍTULO 14: La ceremonia de la imperfección
CAPÍTULO 15: La retirada del mito

EPÍLOGO: La cuerda que vibra

EL CONTINUUM DE ANTEMÓESA

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El mar que no olvida

El mar Egeo tiene tres mil años de mentiras guardadas en el fondo.

No son mentiras de hombre, que son las únicas que el tiempo termina por corregir. Son mentiras más antiguas, del tipo que se instalan entre lo que ocurrió y lo que la memoria humana fue capaz de sostener, y que con el paso de los siglos se vuelven tan densas, tan cómodas, tan parecidas a la verdad, que nadie se atreve a llamarlas por su nombre. Se llaman mitos. Se llaman leyendas. Se llaman, en el mejor de los casos, poesía.

El Egeo sabe que no son nada de eso.

Desde antes de que los primeros barcos de madera aprendieran a doblar sus promontorios, este mar ha guardado en sus aguas algo que no tiene nombre en ningún idioma vivo. Lo guarda en la temperatura de ciertas corrientes que cambian sin razón aparente. Lo guarda en el silencio repentino de las aves sobre determinadas coordenadas. Lo guarda en ese color que el agua adquiere, de vez en cuando, en regiones que no figuran en ninguna carta náutica con precisión suficiente: un color que los pescadores más viejos reconocen y ante el cual, invariablemente, cambian de rumbo sin explicar por qué.

No porque tengan miedo. Porque han aprendido, en la escuela más cara del mundo, que hay lugares en el mar donde la realidad se comporta de una manera distinta, y que la prudencia más elemental consiste en no ir a buscar esa diferencia sin entender antes de qué se trata.

Durante siglos, los que sí fueron a buscarla volvieron con historias…O no volvieron.

Los que volvieron hablaron de voces que venían del agua. De islas que aparecían y desaparecían según el estado de la luz y del viento. De criaturas con figura de mujer y movimientos que no correspondían a ningún animal conocido. De una música que no era música, sino algo anterior a la música, algo que el oído humano recibía como melodía porque no tenía otra categoría disponible para alojarla.

Hablaron de hombres que perdían la voluntad de golpe, como si alguien les hubiera apagado por dentro el fuego que los mantenía en pie. Hablaron de barcos que giraban solos hacia los acantilados, con la tripulación a bordo y los ojos abiertos.

Homero escuchó esas historias. Las ordenó, las vistió con los dioses que su tiempo le proporcionaba, y las convirtió en el único tipo de verdad que la civilización acepta cuando no puede verificar la original: la verdad poética. Las sirenas de la Odisea no nacieron de su imaginación. Nacieron del miedo acumulado de generaciones de navegantes que habían tocado, en distintas partes de este mar, el borde de algo que no sabían nombrar, y que Homero tuvo la inteligencia, o quizá simplemente la honestidad, de preservar bajo el único disfraz que garantizaba su supervivencia.

El mito no miente. Recuerda mal, que es distinto.

Hay una diferencia, y es importante sostenerla. Una mentira sabe que es mentira. Un recuerdo mal formado cree, con la convicción más sincera del mundo, que es exactamente lo que pasó. Los navegantes que describieron sirenas no estaban inventando. Estaban traduciendo, al único idioma disponible, una experiencia que su sistema nervioso había procesado pero que su cultura no tenía palabras para contener.

Lo mismo haría cualquier hombre de cualquier época, incluyendo la nuestra. La diferencia entre un navegante micénico y un ingeniero naval del siglo veintiuno no es, en el fondo, tan grande como ambos preferirían creer: los dos procesan lo desconocido a través de los marcos conceptuales de su tiempo, y los dos llamarán locura o superstición a lo que el otro llame ciencia o mito, según desde qué orilla estén mirando.

El Egeo ha visto pasar a los dos, durante tres mil años…Y guarda el mismo secreto para ambos.

En las noches de invierno, cuando el turismo ha regresado a sus ciudades y el mar recupera la textura áspera y sin adornos que tiene cuando no hay nadie mirándolo, los pescadores que trabajan el Egeo hablan de cosas que no mencionan en los puertos. Hablan de corrientes que cambian de dirección sin que el viento cambie. De zonas donde el eco del sonar se comporta como si hubiera algo debajo que no debería estar ahí. De lecturas de temperatura que se contradicen a sí mismas en el espacio de cien metros. De la extraña incomodidad que produce, en ciertos hombres en ciertos momentos, estar en determinados puntos de este mar: no miedo exactamente, sino algo más

cercano al reconocimiento, la sensación de que el lugar te conoce, de que has estado aquí antes aunque no recuerdes cuándo, de que algo en el agua lleva tiempo esperando que pases por aquí.

La mayoría de estos hombres no habla de ello fuera de sus propios círculos. Saben perfectamente cómo se escucha desde afuera. Saben que el mundo en que viven tiene poca paciencia para las experiencias que no caben en una hoja de cálculo o en un manual de instrucciones. Han aprendido a guardar esas cosas en el mismo bolsillo donde guardan otras certezas que tampoco admiten demostración: el amor por personas que ya no existen, la convicción de que ciertos días traen peor suerte que otros, la fe en que el mar, si lo tratas con respeto, guarda algo parecido a la memoria de ese respeto.

La mayoría de estos hombres no habla de ello fuera de sus propios círculos. Saben perfectamente cómo se escucha desde afuera. Saben que el mundo en que viven tiene poca paciencia para las experiencias que no caben en una hoja de cálculo o en un manual de instrucciones.

Han aprendido a guardar esas cosas en el mismo bolsillo donde guardan otras certezas que tampoco admiten demostración: el amor por personas que ya no existen, la convicción de que ciertos días traen peor suerte que otros, la fe en que el mar, si lo tratas con respeto, guarda algo parecido a la memoria de ese respeto.

No son hombres irracionales. Son hombres que viven cerca de algo demasiado grande para que la razón lo abarque por completo, y que han desarrollado, por pura necesidad de supervivencia, una epistemología paralela: la del cuerpo, la de la experiencia acumulada, la de la intuición que no sabe explicarse pero que, en el mar, tiene una tasa de aciertos que ningún instrumento ha logrado superar consistentemente.

Entre esos hombres, hay uno que va más lejos. Uno que no solo guarda esas experiencias, sino que las ha estudiado. Que ha pasado treinta años reuniendo versiones antiguas del mismo mar: mapas imperfectos del periodo helenístico, notas marginales de estudiosos bizantinos que anotaban, casi de pasada, menciones a "regiones inestables del Egeo" que sus contemporáneos consideraban blasfemia o locura, fragmentos de cartas de navegación apócrifas que los eruditos modernos descartaron como fabulación y que él, en cambio, leyó como podría leerse el diario de un testigo ocular.

Un hombre que ha superpuesto esos materiales, durante años, con una paciencia que sus conocidos han interpretado alternativamente como pasión, como obsesión y como una forma discreta de no haber terminado de procesar el duelo por su mujer muerta. Un hombre que, al final de todo ese trabajo, llegó a una conclusión que no le contó a nadie porque sabía que nadie habría sabido qué hacer con ella.

Que Antemóesa existe y que siempre ha existido…y que el problema no era encontrarla, sino saber qué hacer con ella cuando apareciera.

En el puerto de El Pireo, donde los barcos oxidados se mecen entre manchas de diésel y conversaciones cansadas, hay un pesquero que se llama

Agamenón. Es viejo, remendado, resistente con esa obstinación específica de los objetos que han sido reparados tantas veces que ya no queda en ellos casi nada original, pero que sin embargo siguen siendo, de alguna manera fundamental, lo mismo que fueron desde el principio. Su motor tiene veintidós años y ha sido sustituido por partes tantas veces que más que un motor es una conversación interrumpida entre distintas generaciones de mecánicos.

Su casco exterior lleva capas de pintura que, si alguien las levantara con cuidado, mostrarían la historia completa del barco en estratos de color: el azul original, luego el blanco de una época más optimista, luego el gris opaco de los años difíciles, luego el verde oscuro de ahora, que no es un color que nadie eligió con entusiasmo sino simplemente el que estaba disponible y era suficientemente barato.

El capitán del Agamenón lleva el nombre de Dimitris, tiene setenta y un años, y duerme poco. Viudo desde hace diecisiete, tres décadas en el mismo barco, una biblioteca de bolsillo reducida a una sola obra: la Odisea, en edición anotada cuyas márgenes están tan llenas de su propia letra que, en algunos pasajes, la anotación ha terminado por ocupar más espacio que el texto original. Ha leído ese libro con la misma frecuencia e intensidad con que otros hombres leen el parte meteorológico o revisan las cotizaciones del mercado: no por placer exclusivamente, sino porque le proporciona información que considera operativamente útil, aunque no podría explicarle a nadie, sin que lo miraran con lástima, exactamente de qué tipo.

En las noches en que el insomnio lo saca a cubierta, se sienta en la proa con la Odisea sobre las rodillas y mira el horizonte con la paciencia de un hombre que espera algo que no sabe exactamente cómo llegará, pero que está completamente seguro de que llegará.

Ha estado esperando toda su vida.

El Egeo también.

En algún punto de este mar, lejos de las rutas comerciales, lejos de los radares militares, lejos de los mapas que los satélites han vuelto tan exhaustivos y tan vacíos al mismo tiempo, hay una región donde el agua tiene esa temperatura y ese color que los pescadores más viejos reconocen. Hay un lugar donde la brújula tiembla sin razón y los relojes no se ponen de acuerdo sobre qué hora es.

Hay una anomalía que los instrumentos modernos detectan sin poder explicar, y que los instrumentos antiguos —los que no son de metal sino de memoria y de miedo— conocen desde hace tres mil años.

Los griegos lo llamaron Antemóesa.

Creyeron que era una isla.

No estaban del todo equivocados. Pero tampoco estaban del todo en lo correcto, y esa diferencia, pequeña al oído, inmensa en sus implicaciones, es precisamente de lo que trata esta historia.

Lo que está a punto de ocurrir en estas páginas tiene que ver con un barco viejo y una tripulación de hombres que no buscaban ningún misterio, sino simplemente una manera de seguir pagando sus deudas. Tiene que ver con un capitán que lleva tres décadas leyendo el mismo libro y con un ingeniero joven que confía en instrumentos que están a punto de quedar cortos. Tiene que ver con un mar que ha guardado un secreto durante tres milenios, y que esta noche, por razones que solo el mar conoce, ha decidido que ya es suficiente tiempo.

El motor del Agamenón se enciende antes del amanecer.

En El Pireo, las gaviotas duermen todavía sobre los muelles grises. El agua entre los barcos amarrados refleja las luces del puerto con esa distorsión específica que tienen los reflejos en el mar, como si la realidad y su imagen no terminaran de ponerse de acuerdo sobre cuál de las dos es el original. Dimitris sube a bordo sin encender las luces de la cabina. Conoce el barco de memoria, en el sentido más literal de la expresión: cada palmo de esta cubierta está grabado en sus manos, en sus pies, en la inclinación automática de su cuerpo cuando el barco cabecea de cierta manera.

Se sienta en la proa.

Saca la Odisea del bolsillo del impermeable, pero no la abre.

La sostiene sobre las rodillas con las dos manos, mirando el horizonte oscuro, y durante un momento que nadie más verá porque nadie más está despierto todavía, tiene en la cara la expresión de alguien que lleva décadas sabiendo adónde va, y que esta mañana, por fin, ha decidido ir.

CAPÍTULO 1

El puerto de los hombres cansados

El Pireo, amanecer

El Pireo huele a lo que siempre ha olido: diésel, sal, pescado con dos días encima y esa variante específica de la resignación humana que produce vivir cerca del mar sin poder pagarlo. A las cuatro y cuarenta de la mañana, cuando el turismo duerme y la ciudad todavía no ha terminado de inventarse, el puerto recupera su textura auténtica: manchas de aceite que flotan entre los cascos como mapas de países sin nombre, gaviotas posadas sobre los cabos con la quietud solemne de quien lleva milenios presenciando las mismas partidas, y una luz de farola que no ilumina sino que simplemente impide la oscuridad total, que no es lo mismo.

El Agamenón ocupa el lugar de siempre: muelle siete, amarre de babor, entre un remolcador chipriota que nadie usa desde octubre y una embarcación de recreo con bandera alemana que lleva tres semanas sin moverse. Es un pesquero de veintidós metros con casco de acero y pintura verde oscura que nadie eligió con entusiasmo: simplemente era la más barata y suficientemente duradera para lo que se necesitaba.

Si alguien levantara esa pintura con paciencia, encontraría debajo el relato completo del barco en capas de color: el azul original de cuando fue nuevo, el blanco de una época más optimista, el gris opaco de los años en que las deudas crecieron más rápido que las capturas. El verde es el último capítulo, todavía sin cierre.

Dimitris Kavakis sube a bordo sin encender las luces de la cabina. Tiene setenta y un años y conoce este barco de una manera que ya no requiere los ojos: cada vibración del casco bajo sus botas, cada grado de inclinación de la cubierta cuando el oleaje del canal roza los costados, cada sonido del metal al expandirse con el calor que todavía no ha llegado pero que el barco ya anticipa.

Treinta años en el mismo pesquero producen ese tipo de conocimiento, que no es exactamente técnico ni exactamente sentimental, sino algo que existe entre los dos y que no tiene nombre preciso en ningún idioma que él conozca.

Se sienta en la proa. Saca del bolsillo interior del impermeable una edición de bolsillo de la Odisea cuyas márgenes están tan llenas de su propia letra que, en algunos pasajes, la anotación ocupa más espacio que el texto original. No la abre. La sostiene sobre las rodillas con las dos manos y mira el horizonte oscuro con la paciencia de quien espera algo que no sabe exactamente cómo llegará, pero que está completamente seguro de que llegará.

Ha estado esperando toda su vida.

Yiannis Papadimitriou llega a las cinco y cuarto con una mochila técnica, dos maletines de equipos y el café en la mano derecha que es lo más cercano a un ritual religioso que se permite. Tiene treinta y cuatro años, graduado con honores en ingeniería naval por la Universidad Politécnica de Atenas, y una convicción profunda, casi filosófica, de que el universo es difícil pero no sagrado.

Los marineros del Pireo lo llaman, sin maldad pero sin afecto particular, "el de los juguetes", porque los instrumentos que carga —analizadores de campo electromagnético, sondas de temperatura de alta precisión, un registrador de datos con capacidad de lectura en tiempo real— les parecen el equivalente moderno de llevar un reloj de pared a pescar.

Yiannis no les lleva la contraria. Ha aprendido que discutir con los hombres del mar sobre la utilidad de los instrumentos es como discutir con el mar mismo: se puede tener razón y aun así perder.

Deposita los equipos en la cabina de mando con la meticulosidad de quien ha calibrado esos aparatos durante horas la noche anterior, y sale a cubierta a buscar al capitán. Lo encuentra donde siempre está a esta hora: en la proa, con el libro cerrado sobre las rodillas y la mirada en un horizonte que todavía no existe.

—Las lecturas de anoche siguen activas —dice Yiannis, sin saludo previo, porque con Dimitris los saludos son una convención que ambos han abandonado por tácito acuerdo—. La anomalía térmica no se movió. Ni un

grado, ni una milla náutica. Lo que sea que está ahí, lleva más de setenta y dos horas exactamente en el mismo punto.

Dimitris no responde de inmediato. Mira el agua entre los cascos, donde las manchas de aceite se reorganizan lentamente siguiendo corrientes que ningún instrumento del puerto registra.

—¿A qué profundidad registras la señal electromagnética?

—Eso es lo que no entiendo. No tiene profundidad constante. Fluctúa entre los cuarenta metros y la superficie en ciclos de aproximadamente diecinueve minutos. Como si respirara.

El capitán asiente una vez, despacio, con la economía de movimientos de quien ha aprendido que las reacciones innecesarias cuestan energía que el mar tarde o temprano cobra.

—Muéstrame las coordenadas.

La tripulación completa aparece entre las cinco y media y las seis menos diez. Cinco hombres que el narrador no presenta en orden de importancia sino en orden de llegada, que en este caso es también, aproximadamente, el orden inverso de su entusiasmo por el viaje.

Petros Alexiou llega primero, porque Petros siempre llega primero. Tiene cincuenta y ocho años, cuarenta de ellos en el mar, y una manera de moverse por la cubierta que es ya casi imperceptible: no camina sobre el barco, lo habita. Saluda a Dimitris con un gesto de cabeza que contiene todo lo que dos hombres que se conocen desde hace veinticinco años necesitan decirse a las cinco y media de la mañana, y se va directamente al compartimento del motor, que es su territorio tanto como la proa es el del capitán.

Nikos Stavrakis llega veinte minutos después, con el teléfono en la mano grabando el amanecer sobre el puerto porque tiene veintiséis años y esa es la manera en que su generación certifica que algo ha ocurrido. Es el más joven de la tripulación después de Yiannis, tiene energía nerviosa y una curiosidad que a veces los hombres mayores confunden con impaciencia. Sube a bordo, guarda el teléfono y empieza a preparar los cabos de amarre para la salida sin que nadie se lo pida.

Stavros Manolis, el cocinero, aparece con la bolsa de provisiones y sin decir nada, que es su estado natural. Tiene cuarenta y tres años, cocina bien, habla poco y conoce el mar con la intimidad callada de quien ha decidido que no merece la pena comentarlo. Los marineros viejos dicen que cuando Stavros empieza a hablar es porque algo va mal; cuando deja de hablar por completo es porque algo va muy mal. Esta mañana no dice absolutamente nada, lo cual nadie interpreta todavía como señal de nada.

Kostas Deligiannis y Thanasis Mouratidis llegan juntos, como casi siempre, porque comparten apartamento en el Pireo y una amistad pragmática fundada en años de compartir el mismo espacio pequeño sin matarse. Kostas tiene cuarenta y un años y un hijo de dieciséis que vive con su madre en Tesalónica; Thanasis tiene treinta y ocho y una madre en la misma ciudad a la

que llama cada domingo con una puntualidad que sus compañeros de tripulación encuentran casi conmovedora. Son los más silenciosos del grupo después de Stavros, pero su silencio es diferente: no es reticencia sino economía. Hablan cuando necesitan hablar y el resto del tiempo trabajan, que es lo que el barco requiere.

A las seis y cuarto, Yiannis despliega sobre la mesa de navegación tres pantallas conectadas al sistema de análisis que ha instalado durante la noche anterior. Las lecturas aparecen en tiempo real: columnas de datos, gráficas de fluctuación, mapas de temperatura con gradientes de color que van del azul profundo al amarillo pálido en la zona de la anomalía.

Dimitris estudia las pantallas de pie, con los brazos cruzados y esa expresión que Petros, desde la puerta del compartimento del motor, reconoce como la que el capitán pone cuando ya sabe lo que va a decidir pero todavía está comprobando que la decisión resiste el escrutinio.

—Cuéntame lo que no está en los datos —dice Dimitris.

Yiannis levanta la vista de las pantallas.

—¿Qué quiere decir?

—Los datos te dicen qué midieron los instrumentos. Te pregunto qué piensas tú que hay ahí.

El ingeniero duda un momento, que en él es algo inhabitual.

—Hay una fuente de calor que no corresponde a ninguna actividad geológica registrada en esa zona del Egeo. El campo electromagnético tiene una estructura que no es aleatoria: hay periodicidad, hay algo que parece organización. Los registros de las últimas bases de datos oceanográficas, militares y satelitales que consulté no tienen ninguna explicación para esa anomalía específica en esas coordenadas específicas. —Pausa breve—. Si tuviera que apostar, diría que hay algo ahí abajo que no debería estar ahí. Algo que lleva tiempo ahí. Y que no es geológico.

Dimitris desdobla un papel que llevaba guardado en el mismo bolsillo que la Odisea. No es papel moderno: es una fotocopia de una fotocopia de algo muy antiguo, con los bordes deteriorados y una letra manuscrita que mezcla anotaciones en griego moderno con referencias en un griego más arcaico. Lo coloca sobre la mesa, junto a las pantallas de Yiannis, y cruza las coordenadas con el dedo.

Durante un momento que ninguno de los dos hombres describirá exactamente de la misma manera, Dimitris deja de respirar.

—Aquí —dice, con una voz que no tiene ningún énfasis dramático y que por eso mismo resulta más inquietante que cualquier énfasis—. Las coordenadas coinciden. A menos de dos millas náuticas.

Yiannis mira el papel, mira las pantallas, mira al capitán.

—¿Qué es ese documento?

—Es parte de lo que he pasado treinta años buscando —responde Dimitris, y dobla el papel con el mismo cuidado con que se cierra algo que ha costado mucho tiempo abrir—. Son las notas de un estudioso bizantino del siglo once que anotó, casi de pasada, en el margen de un texto sobre astronomía, la descripción de una región del Egeo donde los instrumentos de navegación se volvían inútiles. —Guarda el papel—. No era el primero en describirla. Tampoco fue el último.

Desde la puerta del compartimento del motor, Petros los ha estado escuchando sin fingir que no lo hacía.

—Capitán —dice, con la voz de quien lleva cuarenta años leyendo el mar y sabe cuándo el mar está leyendo de vuelta—. ¿Adónde vamos exactamente?

Dimitris recoge la Odisea de la mesa de navegación, donde la había dejado al abrir el mapa, y la guarda en el bolsillo del impermeable.

—Al mismo sitio al que siempre hemos ido —responde—. A ver qué hay.

Petros asiente, hace la señal de la cruz con un movimiento tan pequeño y automático que podría confundirse con rascarse el pecho, y vuelve al motor.

Nikos, que ha estado grabando el horizonte desde cubierta, baja la cámara del teléfono y mira a Yiannis con una pregunta en la cara que no sabe todavía cómo formular.

Stavros, desde la cocina, no dice nada.

El Agamenón suelta amarras a las seis y cuarenta y dos minutos, cuando el sol todavía no ha salido del todo y el Pireo está en ese estado de media luz que hace que los barcos parezcan flotar entre dos mundos. El motor, que tiene veintidós años y ha sido sustituido por partes tantas veces que es más una conversación entre mecánicos que un motor, responde con la fiabilidad tosca de los objetos que han sido reparados hasta volverse indestructibles.

Yiannis, en la cabina de mando, registra la salida en tres sistemas distintos. Coordenadas, hora, estado de los instrumentos: todo normal.

Dimitris, en la proa, no mira el puerto que se aleja.

Mira adelante.

El Egeo recibe al Agamenón con la indiferencia específica de quien lleva tres mil años acostumbrándose a las visitas y sabe que esta, como todas las anteriores, traerá algo que ninguno de los dos terminará de entender del todo.

Por ahora, el agua es azul y el cielo es gris y el motor suena como siempre.

Por ahora.

CAPÍTULO 2

Lo que Homero no inventó

A bordo del Agamenón, primer día de navegación

El Egeo, a plena luz de la mañana, tiene la honestidad descarnada de los paisajes que no han aprendido a seducir. No es el Egeo de las postales ni el de los cruceros de lujo: es el mar de trabajo, el que huele a sal con ácido y mueve el casco con una cadencia irregular, sin ritmo cómodo, como si prefiriera que los hombres a bordo no se acostumbraran demasiado. El Agamenón lleva cuatro horas de navegación cuando Dimitris cede el timón a Kostas y baja a la cabina con la Odisea en la mano y una expresión que Petros, desde la escotilla del motor, identifica sin necesidad de verle la cara: es la expresión de alguien que va a hablar de algo que lleva mucho tiempo sin decir en voz alta.

Yiannis está en la cabina revisando las lecturas del registrador de datos. Las tres pantallas muestran lo mismo que mostraban al salir del Pireo, con una diferencia: la anomalía térmica ha aumentado su rango de fluctuación. Ya no oscila entre cuarenta metros y la superficie. Ahora lo hace entre ochenta y la superficie, en ciclos de diecinueve minutos que no han variado ni en un segundo desde que el sistema comenzó a registrarlos.

—Sigue sin tener explicación —dice Yiannis, sin levantar la vista, porque ha aprendido a reconocer el peso de los pasos de Dimitris sobre la cubierta.

—No. —El capitán se sienta al otro lado de la mesa, deja la Odisea entre los dos como quien pone un documento sobre la mesa de negociaciones, y cruza los brazos—. Pero tiene antecedentes.

Yiannis levanta la vista entonces.

—Abre el libro por el canto doce —dice Dimitris—. El pasaje de las sirenas. Páginas ciento ochenta y tres a ciento ochenta y ocho en esa edición.

—Capitán, con respeto, conozco la Odisea.

—Entonces léela como si no la conocieras.

Hay un tipo de autoridad que no se ejerce con la voz sino con el silencio que la rodea. Yiannis toma el libro, lo abre por la página indicada, y lee. No en voz alta: con los ojos, despacio, como quien relee algo que creía conocer y descubre que las palabras no son exactamente las que recordaba.

Dimitris espera.

—Odiseo ordena a sus hombres que lo aten al mástil —dice Yiannis al cabo de un momento—. Les tapa los oídos con cera de abeja. Las sirenas cantan. Los hombres reman sin escuchar. Odiseo escucha, lucha contra las cuerdas, pide que lo suelten, no lo sueltan. El barco pasa. El peligro termina. —Cierra el libro —. Es un mito de navegación. Una alegoría sobre la tentación y la disciplina.

—¿Por qué cera de abeja?

—¿Perdón?

—Homero especifica el material. Cera de abeja. No lana, no trapo, no barro. Cera de abeja. —Dimitris extiende la mano y Yiannis le devuelve el libro—. Un poeta que construye alegorías no especifica el material. Un testigo que

describe lo que le contaron sí lo hace, porque es el detalle que le quedó grabado de la versión original.

Yiannis apoya los codos en la mesa. Es su postura de trabajo cuando algo no encaja y necesita reorganizarlo.

—Está diciendo que el mito no es una metáfora. Que alguien describió una experiencia real y Homero la transcribió.

—Estoy diciendo que hay una diferencia entre una mentira y un recuerdo mal formado. Una mentira sabe que es mentira. Un recuerdo mal formado cree, con la convicción más sincera del mundo, que es exactamente lo que pasó.

—Con ese criterio podría justificarse cualquier cosa. Los dioses del Olimpo, los cíclopes, el caballo de Troya.

—El caballo de Troya existe. Lo encontraron en estratos arqueológicos que corresponden al periodo micénico. No era de madera ni tenía soldados dentro, pero había algo. Siempre hay algo debajo del mito, Yiannis. El problema es que cuando lo encontramos, no sabemos qué hacer con ello porque los marcos conceptuales que tenemos son demasiado pequeños o demasiado grandes: o lo convertimos en arqueología o lo convertimos en religión. Nunca lo dejamos ser simplemente lo que es.

—Eso es epistemología, no oceanografía.

—Todo lo interesante es epistemología antes de ser cualquier otra cosa. —Dimitris abre el libro por otra página marcada, la hojea un momento y la cierra otra vez—. Déjame preguntarte algo diferente. Cuando tu registrador mide esa fluctuación de diecinueve minutos, ¿qué hipótesis has descartado ya?

Yiannis cuenta con los dedos, porque es la manera en que ordena lo que sabe.

—Actividad volcánica submarina: descartada, no hay registro sísmico. Corriente termal profunda: descartada, el patrón no corresponde a ningún gradiente conocido en esta región. Interferencia electromagnética de origen militar: poco probable, he cruzado con los tratados de zonas de exclusión y esta área no está restringida. Meteorito o material extraterrestre en el fondo: posible en teoría, pero no explica la periodicidad. —Pausa—. Lo que me cuesta no es que no tenga explicación. Lo que me cuesta es que el patrón es demasiado regular para ser natural y demasiado consistente en el tiempo para ser un error de medición.

—Demasiado regular para ser natural —repite Dimitris, con la lentitud de quien subraya una frase que el otro acaba de pronunciar sin darse cuenta de su peso—. Eso es exactamente lo que dijeron los navegantes micénicos. No con esas palabras. Pero eso es lo que dijeron.

El registrador emite un pitido suave. Yiannis gira la pantalla hacia Dimitris: la anomalía térmica acaba de subir cuatro décimas de grado en el último ciclo.

—Reacciona a nuestra proximidad —dice Yiannis, y hay en su voz algo que no es exactamente miedo sino la versión intelectual del miedo: la incomodidad de quien comprueba que sus hipótesis no alcanzan para describir lo que miden sus instrumentos.

—O nos detecta —responde Dimitris.

El silencio que sigue no es incómodo. Es el tipo de silencio que se produce cuando dos hombres están pensando en la misma dirección desde puntos de partida radicalmente distintos y todavía no han encontrado el lenguaje para decírselo.

—Cuando era joven —dice Dimitris, con la voz de quien no acostumbra hablar de cuando era joven— estudié el periodo helenístico. No como especialista: como lector. Me interesaban los márgenes. Las notas que los copistas y los estudiosos dejaban en los bordes de los textos que transcribían, casi siempre en letra más pequeña, casi siempre sobre cosas que no se atrevían a incluir en el cuerpo principal. Un copista del siglo tres antes de Cristo anotó, en el margen de un tratado de astronomía, que había navegantes que describían una región del Egeo donde la brújula perdía el norte sin razón aparente. En el siglo once, un estudioso bizantino copió esa nota y añadió la suya: que en esa misma región, según pescadores de su época, el tiempo se comportaba de manera irregular. Que los relojes de arena vaciaban más rápido o más lento dependiendo de en qué punto exacto del área se encontrara la embarcación.

Yiannis ha sacado un cuaderno y está tomando notas, lo cual Dimitris observa con algo cercano a la satisfacción.

—¿Y esas coordenadas coinciden con las de nuestra anomalía?

—A menos de dos millas náuticas, como viste esta mañana.

—¿Por qué no publicó esto? ¿Por qué no lo llevó a algún instituto oceanográfico, a alguna universidad?

Dimitris abre la Odisea por una página marcada con un trozo de papel doblado y la empuja suavemente hacia el otro lado de la mesa.

—Porque esto es lo que le habría pasado.

La nota al margen que señala es de su propio puño y letra, en el margen inferior de una página densamente anotada. Yiannis la lee: "Ver: Carta de navegación apócrifa, manuscrito de Salónica, 1347. Descartada por Papadopoulos (1962) como 'fabulación de navegante'. Ver también: notas del Almirantazgo británico, 1943, expediente reservado. Anomalía electromagnética no explicada, coordenadas adjuntas."

—¿Tiene acceso a un expediente reservado del Almirantazgo británico?

—Tengo una fotocopia de una fotocopia de una página que alguien sacó de ese expediente hace cuarenta años. Pero las coordenadas están ahí. —Dimitris recupera el libro—. Lo que quiero que entiendas, Yiannis, no es que el mito sea literalmente verdad. Lo que quiero que entiendas es que hay algo en esas coordenadas que los hombres han encontrado durante tres mil años y que cada época ha descrito con las palabras que tenía disponibles. Los navegantes micénicos dijeron sirenas. Los bizantinos dijeron región inestable. Los ingleses en 1943 dijeron anomalía electromagnética. Tú dices fluctuación térmica y campo de frecuencia no identificada. —Pausa—. Son el mismo fenómeno. Solo cambia el idioma.

Yiannis cierra el cuaderno. Lo abre otra vez. Lo vuelve a cerrar.

—Si eso es cierto —dice con la lentitud de quien construye una frase que sabe que no podrá retractarse después de pronunciarla—, entonces lo que encontremos no va a caber en ninguna categoría que yo conozca.

—No. —Dimitris se levanta, recoge la Odisea y la guarda en el bolsillo del impermeable con el gesto automático de años—. Por eso necesitaba que lo entendieras ahora, antes de llegar. Para que cuando ocurra no pierdas tiempo buscando el marco correcto. No hay marco correcto. Solo hay lo que es.

Sube a cubierta sin añadir nada más.

Yiannis se queda mirando las pantallas. La anomalía ha subido otra décima. El ciclo de diecinueve minutos continúa sin desviarse. Anota en el cuaderno, casi sin darse cuenta, una sola línea: "¿Qué escuchó Odiseo exactamente?"

Esa noche, los sueños llegan sin que nadie los invite.

Petros sueña con su mujer, muerta hace doce años, que está de pie en la proa del Agamenón con el cabello suelto y le habla en voz baja. No recuerda las palabras al despertar, pero recuerda que no eran tristes. Hay en el sueño una luz que no corresponde a ninguna hora del día que él conozca, una luz sin origen preciso que viene del agua y de ningún sitio al mismo tiempo, y su mujer está dentro de esa luz con la misma naturalidad con que siempre estuvo en la cocina de su casa, como si el lugar no importara y solo importara el hecho de estar. Petros despierta con la cara húmeda y durante un momento, antes de reconocer el techo de la camarote, cree que todavía puede oírla.

Nikos sueña con su abuela en una cocina de Creta que no existe desde que él tiene memoria, y la cocina tiene ventanas que dan al mar y el mar tiene un color que no puede nombrar cuando despierta. Su abuela está haciendo algo con las manos —amasar, quizá, o tejer, los movimientos se confunden— y le dice algo sobre el agua, algo importante, algo que en el sueño tiene todo el sentido del mundo y que al despertar se deshace en el aire como azúcar en el mar.

Kostas sueña con su hijo de dieciséis años, que en el sueño tiene cuatro y lo llama desde una habitación que Kostas no reconoce pero en la que sabe, con la lógica específica de los sueños, que ha estado antes. El niño le señala algo por la ventana, algo en el mar, y Kostas se acerca a mirar pero antes de ver qué es, despierta con una ansiedad que no sabe ubicar y que tardará media hora en disiparse.

Thanasis sueña con una melodía que su madre tarareaba mientras planchaba, y en el sueño la melodía viene del agua, no de ninguna persona, y el agua tiembla con ella como si la música fuera anterior al sonido y el sonido fuera solo una manera imperfecta de recordarla. Despierta con la melodía en la garganta, casi la tararea, y se contiene sin saber por qué.

Stavros no recuerda sus sueños. Nunca los recuerda. Pero a las tres de la mañana se incorpora en su litera, escucha la oscuridad durante treinta segundos exactos, y vuelve a tumbarse sin haber identificado qué lo despertó.

Yiannis duerme con el cuaderno abierto sobre la litera y la pregunta sin respuesta todavía escrita en la última página.

Dimitris no duerme. Está en la proa, con la Odisea sobre las rodillas y los ojos en el horizonte oscuro, y hay en su cara la expresión específica de alguien que lleva décadas esperando algo y que esta noche, por la temperatura del aire o por el color del agua o por alguna razón que no tiene nombre en ningún idioma vivo, sabe que ya no queda mucho tiempo de espera.

El Agamenón avanza.

El mar, delante, guarda el secreto que ha guardado siempre, pero esta noche lo guarda de otra manera: con la tensión contenida de quien está a punto de hablar.

CAPÍTULO 3

Los instrumentos mienten, el agua no

A bordo del Agamenón, segundo día de navegación

La brújula empieza a mentir a las siete y diecisiete de la mañana.

No de golpe, que habría sido más fácil de ignorar o de aceptar. Lo hace con la gradualidad insidiosa de las cosas que al principio parecen error del operador: una desviación de dos grados al norte que Yiannis corrige sin comentarlo, luego cuatro grados, luego una oscilación de ida y vuelta que dura exactamente once segundos y se repite cada vez que el barco cruza una coordenada específica de longitud. Yiannis lo comprueba tres veces con instrumentos distintos antes de anotarlo en el cuaderno con la letra apretada que usa cuando escribe algo que no quiere escribir.

—La brújula magnética y el giroscópico no coinciden —le dice a Dimitris, que está en la cabina con el café en la mano y la Odisea cerrada sobre la mesa, lo cual significa que ya no está leyendo sino pensando—. Cuando dos sistemas de referencia independientes dan lecturas distintas en el mismo punto y al mismo tiempo, hay dos explicaciones posibles: que ambos estén fallando simultáneamente, lo cual es estadísticamente improbable, o que el campo magnético local esté siendo alterado por algo externo.

—¿A qué distancia estamos de las coordenadas?

—Diecisiete millas náuticas.

Dimitris asiente y no dice nada, que en él equivale a decir: era de esperar.

El GPS presenta su primera inconsistencia a las nueve menos cuarto. No una lectura imposible, sino algo más perturbador: dos lecturas consecutivas, separadas por treinta segundos, que sitúan al Agamenón en posiciones que implican un desplazamiento de cuatrocientos metros en ese intervalo. A la velocidad a la que navegan, eso es físicamente imposible. Yiannis desconecta

el sistema, espera dos minutos, lo vuelve a conectar. La tercera lectura es coherente con la primera. La cuarta es coherente con la segunda. El GPS está oscilando entre dos versiones del mismo barco en el mismo mar, y no hay manera de saber cuál de las dos es la correcta.

Nikos, que ha estado filmando el horizonte desde cubierta con el teléfono, baja a la cabina con la pantalla extendida hacia Yiannis.

—Los archivos de vídeo tienen fechas de grabación —dice—. Este lo grabé hace veinte minutos. —Señala la marca de tiempo en la esquina de la pantalla —. Dice que lo grabé el jueves pasado.

Yiannis mira la fecha. La mira otra vez.

—Dame el teléfono.

Revisa los metadatos del archivo con la concentración de quien busca un error de configuración que sabe que no va a encontrar. La fecha interna del dispositivo es correcta: martes, hora local, segundo día de navegación. La fecha del archivo de vídeo es cinco días anterior. No hay manera de que eso ocurra por un fallo de software convencional.

—¿Grabaste algo más?

—Todo —dice Nikos, con una voz que intenta ser neutral y no del todo lo consigue—. Desde que salimos del Pireo. Quería tener registro de todo.

—¿Y todos los archivos tienen fechas incorrectas?

—Los de esta mañana sí. Los de ayer no. El cambio ocurrió —consulta el historial— hace aproximadamente dos horas y cuarto.

Dos horas y cuarto atrás, el Agamenón cruzó por primera vez la coordenada donde la brújula comenzó a oscilar.

Yiannis anota esto sin comentarlo en voz alta. Hay una disciplina específica en el trabajo científico que consiste en registrar lo que se observa antes de intentar explicarlo, porque la explicación prematura contamina la observación y produce datos que confirman la hipótesis en lugar de ponerla a prueba. Es lo primero que le enseñaron en la universidad y es lo que más le cuesta mantener cuando lo que observa no tiene ninguna hipótesis disponible para confirmar ni para refutar.

En cubierta, Petros trabaja los cabos con los movimientos automáticos de cuarenta años de oficio y no mira los instrumentos porque nunca los ha mirado, no por ignorancia sino por una epistemología propia y perfectamente coherente: el mar se lee con el cuerpo, no con las pantallas. Pero a las diez de la mañana se detiene, con un cabo a medio limpiar en las manos, y mira el agua durante un tiempo que no es el tiempo de mirar el agua para calcular el estado del mar, sino otro tipo de mirada, más quieta, más hacia adentro.

Thanasis, que pasa junto a él con una caja de herramientas, se detiene también.

—¿Qué ves?

—El color —dice Petros, sin señalar nada en particular—. ¿Lo ves?

Thanasis mira el agua. Es azul, como siempre en el Egeo a esta hora con este cielo. Pero hay algo en ese azul que no encaja con ninguno de los azules que Thanasis conoce del mar: no es más oscuro ni más claro, no es más verde ni más negro. Es el mismo azul y al mismo tiempo es otro azul, como si el color tuviera una capa adicional que el ojo capta pero el cerebro no sabe cómo procesar.

—Sí —dice Thanasis, después de un momento—. Lo veo.

Ninguno de los dos dice nada más. Thanasis sigue con la caja de herramientas. Petros termina de limpiar el cabo. Pero ambos siguen mirando el agua de vez en cuando durante el resto de la mañana, con esa mirada lateral que se usa cuando se quiere observar algo sin que el objeto de la observación note que está siendo observado.

El mediodía trae el almuerzo de Stavros y el primer silencio colectivo de la tripulación.

No es que nadie hable durante la comida: es que nadie habla de lo que todos están pensando, lo cual produce un tipo de conversación que existe sobre la superficie de otra conversación que no se pronuncia. Se habla del estado del motor, que Petros ha revisado dos veces en la mañana sin encontrar ningún problema. Se habla del tiempo, que es bueno. Se habla, brevemente, de un partido de fútbol que ocurrió antes de salir del Pireo. Kostas menciona a su hijo. Thanasis menciona a su madre. Nadie menciona la brújula, el GPS, las fechas imposibles de los archivos de vídeo, ni el color del agua que no es exactamente ningún color conocido.

Stavros sirve la comida en silencio, como siempre, pero esta vez la sirve mirando los platos y no a los hombres, lo cual Petros nota y guarda.

—¿El sonar? —le pregunta Yiannis a Dimitris, en voz baja, al final de la comida.

—Después —dice el capitán, con la misma voz—. Deja que coman.

A las dos de la tarde, Yiannis activa el sonar profundo y los resultados llegan con la puntualidad perturbadora de algo que estaba esperando ser encontrado. El fondo marino en esta región del Egeo debería estar entre los doscientos y los cuatrocientos metros de profundidad, según todas las cartas batimétricas disponibles. El sonar registra doscientos ochenta metros en el primer barrido. En el segundo barrido, realizado cuatro minutos después desde la misma posición, registra ciento cuarenta metros. En el tercero, cuatrocientos veinte. Las tres lecturas son técnicamente incompatibles entre sí: el fondo marino no puede cambiar de profundidad en el espacio de doce minutos.

A menos que el fondo marino no sea lo que el sonar está midiendo.

Yiannis llama a Dimitris a la cabina con un tono de voz que es cuidadosamente neutro, que es la manera en que los hombres entrenados para no perder la calma anuncian que están a punto de perderla.

Dimitris mira las tres lecturas. Las mira sin prisa, con la atención completa de quien no tiene ninguna razón para apresurarse porque ya sabe, en términos generales, lo que va a encontrar.

—¿Qué hay a ciento cuarenta metros en esta coordenada? —pregunta.

—Según las cartas, nada. Agua abierta.

—¿Y según el sonar?

—Según el sonar, algo con una superficie que refleja la señal acústica. Algo de dimensiones considerables. Algo que en el primer y tercer barrido no estaba ahí, o estaba a una profundidad diferente, o no refleja la señal de la misma manera.

—Como si se moviera.

—Como si se moviera —confirma Yiannis, y la palabra le cuesta más de lo que esperaba, porque moverse implica que hay algo capaz de moverse, y si hay algo capaz de moverse a ciento cuarenta metros de profundidad en esta coordenada sin que ningún registro oceanográfico lo haya detectado antes, entonces las hipótesis que le quedan disponibles son exactamente las que preferiría no tener que considerar.

Petros aparece en la puerta de la cabina. No ha sido llamado. Ha subido porque lleva cuarenta años en el mar y sabe cuándo ocurre algo que necesita que todos estén presentes.

—La temperatura del agua cambió —dice—. La siento en la proa. El casco está más frío de lo que debería estar a esta hora con este sol.

Yiannis consulta el sensor de temperatura superficial: diecisiete grados. Hace dos horas marcaba veintiuno. Cuatro grados en dos horas, sin cambio en las condiciones meteorológicas, sin corriente termal registrable, sin ninguna explicación que quepa en los manuales que estudió durante cinco años en la Politécnica de Atenas.

—Escribo el informe técnico esta noche —dice, más para sí mismo que para los demás.

—Escríbelo —responde Dimitris—, aunque no habrá nadie que sepa qué hacer con él.

El atardecer llega con una luz que los marineros del Agamenón recordarán, cada uno a su manera, durante el resto de sus vidas. No es una luz extraordinaria en ningún sentido que pudiera fotografiarse o describirse con precisión suficiente para que alguien que no estuvo ahí lo comprendiera. Es la luz normal del Egeo a esa hora, con el sol bajando hacia el horizonte occidental y el cielo tomando los colores habituales del final del día. Pero el agua, bajo esa luz, adquiere algo que ninguno de los hombres a bordo puede nombrar con exactitud.

No es azul, no es verde, no es negro. No es ninguno de los colores del mar que cualquiera de ellos conoce de cuarenta, treinta, veinte años de navegación en este mismo mar. Es el color de algo que está a punto de

recordar, si el color pudiera recordar, si el recordar fuera algo que ocurriera en el agua además de en los hombres.

Nikos levanta el teléfono para grabarlo y luego lo baja sin grabar nada.

—¿Por qué no lo grabas? —le pregunta Kostas.

—Porque no va a salir —dice Nikos, sin poder explicar de dónde viene esa certeza.

Kostas mira el agua otra vez. Mira a Nikos. Mira el agua.

No le lleva la contraria.

Dimitris, en la proa, observa el color del mar con la expresión de alguien que ha leído tres mil años de descripciones de este mismo color y que ahora, viéndolo por primera vez con sus propios ojos, comprueba que ninguna de esas descripciones era exagerada. Saca la Odisea del bolsillo. La abre por el pasaje de las sirenas. Lee una sola línea, la misma que ha leído cientos de veces, y la cierra.

Ya no necesita releerla.

Sabe exactamente dónde están.

Stavros sale de la cocina a las seis menos diez, que es la hora en que normalmente empieza a preparar la cena. Sale, mira el agua, y vuelve a entrar. Petros, que lo ve desde los cabos, tarda un momento en entender por qué ese movimiento lo inquieta, y luego lo entiende: en veinte años de navegar juntos, nunca ha visto a Stavros mirar el mar durante una faena. Stavros cocina, limpia, repara lo que puede reparar, duerme las horas justas y en el tiempo libre juega solitario con una baraja que debe de tener quince años. El mar, para Stavros, es el suelo bajo sus pies, no un objeto de contemplación. Verlo detenerse a mirarlo tiene la misma lógica desconcertante que ver a un hombre mirar fijamente el suelo de su propia cocina: sugiere que el suelo acaba de hacer algo que el suelo no debería hacer.

Petros no dice nada. Guarda la observación en el lugar donde guarda todas las cosas que todavía no sabe cómo nombrar.

A las seis y cuarto, Yiannis comprueba los tres relojes de la cabina de mando: el digital del panel de instrumentos, el analógico de pared que lleva en el Agamenón desde antes de que él subiera a bordo, y el reloj de su propio teléfono. Los tres marcan horas distintas. La diferencia entre el más adelantado y el más atrasado es de cuarenta y tres minutos. Cuarenta y tres minutos en los que, dependiendo de cuál de los tres relojes se tome como referencia, la cena de Stavros puede estar casi lista, recién empezada, o sin empezar todavía.

Yiannis los sincroniza con el servidor de tiempo oficial de la Marina griega. Cuatro minutos después, vuelven a estar desincronizados, esta vez en sentidos opuestos: el digital adelanta, el analógico atrasa, el teléfono marca exactamente la hora del servidor como si los otros dos no existieran.

Escribe en el cuaderno, con la letra apretada de las anotaciones difíciles: "Los relojes no se ponen de acuerdo sobre qué hora es. Posible interferencia en los osciladores de cuarzo. Posible distorsión del campo temporal local. Segunda hipótesis no tiene mecanismo conocido. Primera hipótesis no explica el reloj analógico, que no tiene oscilador de cuarzo."

Debajo escribe: "Registro batimétrico: tres lecturas incompatibles en doce minutos. Brújula: oscilación periódica desde coordenada 37.4N. GPS: desplazamiento imposible confirmado dos veces. Temperatura: menos cuatro grados en dos horas sin causa meteorológica. Relojes: desincronización espontánea tras resincronización manual."

Y debajo de todo eso, después de un momento de duda, escribe una última línea que no es una observación técnica sino una conclusión: "Los instrumentos están midiendo algo. El problema es que no están midiendo lo mismo."

CAPÍTULO 4

La niebla que respira

A bordo del Agamenón, entrada a la zona de la anomalía

La niebla no llega. Aparece.

Esa es la diferencia que Yiannis anota primero en el cuaderno, porque en el mar las nieblas llegan: se forman en el horizonte, avanzan con el viento o contra él, tienen una dirección y una velocidad que los instrumentos pueden medir y que la experiencia puede anticipar. Esta no. A las cuatro y cincuenta y dos de la madrugada, el Agamenón navega bajo un cielo con estrellas y visibilidad completa.

A las cuatro y cincuenta y tres, la niebla está ahí, envolviendo el barco como si siempre hubiera estado y el barco acabara de entrar en ella, excepto que nadie a bordo sintió el momento de entrada porque no hubo momento de entrada. Hubo antes y hubo después, y entre los dos no hubo transición.

Dimitris está en cubierta cuando ocurre. No dormía. Llevaba dos horas en la proa con la Odisea sobre las rodillas sin leerla, escuchando el mar con esa atención específica que no es vigilancia sino algo más parecido a la escucha musical: la disposición de quien espera que el sonido cambie de partitura. Cuando la niebla aparece, no se levanta ni llama a nadie. Cierra el libro, lo guarda, y se queda quieto dentro de la niebla con los brazos ligeramente separados del cuerpo, como si quisiera maximizar la superficie de contacto con aquello que lo rodea.

Yiannis, alertado por el cambio en las lecturas de los sensores de visibilidad, sube a cubierta con la linterna encendida. La apaga de inmediato: la niebla tiene una luminosidad propia, tenue y sin fuente identificable, que hace que la linterna sea redundante y al mismo tiempo perturbadora, como encender una vela en una habitación que ya tiene luz eléctrica.

Apunta el medidor de densidad hacia la niebla y obtiene una lectura que anota sin comentar: la concentración de partículas en suspensión es tres veces superior a cualquier niebla marítima en su registro de referencia, pero la visibilidad dentro de ella es mejor de lo que esa densidad debería permitir. La niebla es opaca en los bordes y translúcida en el centro, lo cual no corresponde a ningún comportamiento óptico que él conozca.

—¿Temperatura? —dice Dimitris desde la proa, sin girarse.

Yiannis consulta el sensor de mano.

—Dieciocho grados dentro de la niebla. Afuera marcaba catorce cuando subí.

—Cuatro grados más dentro que fuera.

—Sí.

—Las nieblas marítimas frías. Esta es cálida.

—Lo sé.

El silencio que sigue tiene una textura diferente al silencio del mar abierto. Las olas siguen ahí, el motor sigue sonando, pero los sonidos llegan con un retraso imperceptible, como si el aire dentro de la niebla tuviera una densidad acústica distinta que ralentiza mínimamente la propagación del sonido. Yiannis lo comprueba: da una palmada y cuenta el tiempo hasta que el eco regresa del casco. Hace el mismo experimento en el lado opuesto. La diferencia es de una fracción de segundo que no debería existir a esta distancia.

—El sonido se comporta diferente —dice.

—Lo sé —responde Dimitris, con la misma voz con que respondería si le dijeran que el cielo es azul.

Los demás suben a cubierta en los siguientes veinte minutos, llamados por el instinto colectivo que desarrollan las tripulaciones que llevan tiempo juntas: la certeza de que algo está ocurriendo y de que ocurrirlo solo sería peor que ocurrirlo acompañado. Petros llega primero, con el rosario en la mano que no había sacado desde el primer día de navegación. Nikos llega con el teléfono, lo levanta para grabar, lo baja, lo levanta otra vez. Kostas y Thanasis llegan juntos, en silencio. Stavros llega el último, se planta junto al palo mayor y mira la niebla con una expresión que no es miedo sino algo más primitivo: el reconocimiento instintivo de que lo que rodea al barco es más antiguo que cualquier palabra que él tenga para describirlo.

—¿Avanzamos? —pregunta Kostas.

—Sí —dice Dimitris.

—¿A qué velocidad?

—A la misma.

Kostas asiente y sube a la cabina de mando sin hacer más preguntas, porque eso es lo que hace un marinero cuando el capitán ha decidido y la decisión es razonable dentro de la escala de lo que el mar puede exigir. Lo que rodea al

Agamenón en este momento está fuera de esa escala, pero Kostas ha elegido, de manera práctica y sin dramatismo, no tenerlo en cuenta.

Yiannis sube con él y retoma las mediciones. El campo electromagnético dentro de la niebla ha aumentado en intensidad respecto a las lecturas de las últimas horas, pero su estructura sigue siendo la misma: periódica, organizada, incompatible con cualquier fuente natural conocida. Intenta tres hipótesis nuevas mientras registra los datos y descarta las tres en menos de diez minutos: las lecturas son demasiado consistentes para ser interferencia aleatoria, demasiado específicas para ser un fenómeno atmosférico, demasiado localizadas para ser una anomalía magnética regional.

Lo que miden sus instrumentos tiene la estructura de algo diseñado, y esa palabra —diseñado— la escribe en el cuaderno y la rodea con un círculo y no escribe nada más a su lado porque no hay nada más que escribir que no sea especulación, y la especulación, a esta distancia de las coordenadas, le parece todavía un lujo prematuro.

El oleaje cambia a las cinco y media.

No desaparece, que habría sido lo más inquietante. Cambia de ritmo: pierde la irregularidad característica del Egeo, esa cadencia caprichosa que los pescadores conocen como la firma del mar, y adquiere una periodicidad que Yiannis tarda cuatro minutos en identificar porque no la reconoce como patrón de oleaje sino como otra cosa. La frecuencia es de diecisiete ciclos por minuto. El Agamenón sube y baja con la regularidad de un metrónomo. El mar, debajo del barco, respira.

Petros lo siente antes de que Yiannis lo mida. Está en cubierta con los pies apoyados en la borda y cuando el ritmo cambia levanta la vista del rosario y mira el agua con la misma expresión que puso ante el color del atardecer anterior: no miedo, no asombro, sino el reconocimiento desconcertado de algo que el cuerpo procesa antes de que el cerebro haya tenido tiempo de formular la pregunta correcta.

—Respira —le dice a Thanasis, que está junto a él.

Thanasis pone las manos sobre la borda y siente la cadencia a través del metal.

—Respira —confirma.

Ninguno de los dos tiene más que decir sobre eso.

Dimitris no se ha movido de la proa. Nikos, desde cubierta, lo fotografía sin saber exactamente por qué: el capitán de espaldas, con los brazos ligeramente abiertos y la niebla luminosa envolviéndolo como una sustancia que tuviera intenciones propias. La foto saldrá, a diferencia de los vídeos.

Saldrá borrosa en los bordes y nítida en el centro, con una distribución de la luz que ningún filtro podría reproducir, y Nikos la mirará muchas veces en los meses siguientes sin lograr explicar por qué le produce la sensación de estar mirando algo que ocurrió hace tres mil años.

A las seis menos cuarto, entre la bruma, aparece la isla.

No de repente. Con la misma lógica con que apareció la niebla: sin transición, sin proceso, sin el momento que debería existir entre no estar y estar. Un acantilado primero, oscuro y vertical, con una geometría que no es exactamente natural pero tampoco es exactamente artificial: es la geometría de algo que ha crecido en el límite entre las dos categorías durante suficiente tiempo como para no pertenecer completamente a ninguna.

Luego una playa estrecha, de piedra gris, sin arena, sin vegetación visible, con una quietud que no es la quietud del lugar deshabitado sino la del lugar que lleva mucho tiempo esperando que lleguen los visitantes correctos. Luego, sobre el acantilado, siluetas de construcciones.

Yiannis sale de la cabina con el medidor en la mano y apunta hacia la isla. Las lecturas no son estables: la distancia que el instrumento registra oscila entre ochocientos y cuatrocientos metros en el espacio de diez segundos, como si la isla y el barco no terminaran de ponerse de acuerdo sobre cuánto espacio hay entre ellos.

—No aparece en los radares —dice desde la puerta—. Ni en el sonar. Ni en las cartas náuticas digitales. —Pausa—. Tampoco en las analógicas.

Dimitris sigue mirando la isla sin responder.

—Capitán —insiste Yiannis—, lo que estoy diciendo es que según todos los sistemas de referencia que tengo disponibles, esa isla no existe.

—Ya lo sé —dice Dimitris, con la voz de quien lleva treinta años sabiendo algo que no podía demostrar y que acaba de ver demostrado con sus propios ojos —. Se llama Antemóesa.

La niebla se mueve en torno al barco con la cadencia lenta de algo que respira. Las construcciones sobre el acantilado son visibles pero no identificables: no son ruinas, no son edificios en ningún sentido reconocible, son estructuras que el ojo percibe como sólidas y el cerebro se niega a clasificar porque no encuentra la categoría correcta en ningún archivo disponible. La playa de piedra gris refleja una luz que no proviene del cielo todavía oscuro ni de ninguna fuente visible en la isla misma.

Petros hace la señal de la cruz. Esta vez el movimiento no es automático sino deliberado, consciente, el gesto de alguien que ha decidido que la situación lo justifica.

Stavros, junto al palo mayor, mira la isla durante un minuto largo sin parpadear. Luego entra a la cocina y cierra la puerta.

Nadie le pregunta adónde va. El Agamenón sigue avanzando hacia Antemóesa con la cadencia del mar que respira debajo, y la niebla luminosa lo envuelve, y las estrellas sobre la niebla son las mismas estrellas que los navegantes micénicos miraron desde este mismo mar hace tres mil años antes de anotar en sus relatos, con las palabras que tenían disponibles, que había una isla que no debería estar ahí y que sin embargo estaba.

Yiannis vuelve a la cabina con una hipótesis nueva que ya sabe que no va a sobrevivir al siguiente dato, pero que necesita formular de todas maneras

porque la alternativa es no tener ninguna. Tormenta solar localizada: descartada, no hay actividad registrada en los índices geomagnéticos que consultó esta mañana. Inversión térmica severa: descartada, la distribución de temperatura dentro y fuera de la niebla es la inversa de lo que una inversión produciría. Interferencia de origen militar, prueba submarina clandestina: posible en teoría, imposible en práctica, porque ninguna prueba militar produce una isla sólida visible a ochocientos metros con construcciones en el acantilado.

Escribe las tres hipótesis en el cuaderno y las tacha. Debajo escribe: "La isla existe. Los instrumentos no la registran. Estas dos afirmaciones son incompatibles dentro de cualquier marco epistemológico que conozco."

Cierra el cuaderno. Lo abre. Lee la última línea. La deja sin tachar.

En cubierta, Nikos ha bajado el teléfono y está mirando la isla con una atención que no es la atención del que graba sino la del que mira de verdad, sin la mediación de la pantalla. Hay algo en las construcciones sobre el acantilado que cambia cuando se las mira directamente en lugar de a través del objetivo: un detalle de la geometría que el ojo capta y que la cámara, él lo sabe ahora con una certeza que no puede fundamentar, no captaría.

Las superficies no son de piedra tallada ni de ningún material de construcción que él reconozca. Cambian de apariencia según el ángulo desde el que se las mire: desde la proa parecen translúcidas, desde estribor parecen sólidas y oscuras, desde la borda de babor tienen un brillo que no es reflexión de la luz sino algo que viene de adentro. Como si el material del que están hechas tuviera memoria propia de la luz que alguna vez absorbió.

Kostas, en la cabina de mando, mantiene el rumbo con la concentración de quien ha decidido que su función en este momento es exactamente esa: mantener el rumbo. No mirar la isla, no hacer preguntas, no calcular probabilidades. Mantener el rumbo y confiar en que el capitán sabe adónde van, lo cual, en veinte años de navegar bajo las órdenes de Dimitris Kavakis, nunca ha resultado ser una apuesta equivocada.

Esta mañana la apuesta se siente más arriesgada que de costumbre. Kostas la hace de todas maneras porque es lo que sabe hacer y porque el miedo, en el mar, no es una razón para cambiar de curso. El miedo, en el mar, es simplemente información.

Petros ha guardado el rosario. No porque haya terminado de rezar sino porque ha entendido, en ese nivel previo al pensamiento donde los hombres de mar toman las decisiones importantes, que lo que rodea al Agamenón en este momento está más allá del alcance de cualquier oración que él conozca. No en el sentido de que sea más fuerte que la oración, sino en el sentido de que pertenece a una categoría diferente, como intentar medir el peso de la música.

Apoya las dos manos sobre la borda y siente la cadencia del mar que respira debajo y durante un momento cierra los ojos y simplemente la siente, la periodicidad perfecta de diecisiete ciclos por minuto, y en ese momento, con

los ojos cerrados y las manos sobre el metal frío y la niebla luminosa moviéndose en torno a él, experimenta algo que en cuarenta años de mar no había sentido nunca: la certeza de que el lugar lo conoce. De que lleva tiempo esperando que pase por aquí. De que, en algún sentido que no tiene palabras para precisar, ya ha estado aquí antes.

Abre los ojos. La isla sigue ahí.

Thanasis lo mira desde el otro lado de la cubierta.

—¿Estás bien?

—Sí —dice Petros—. ¿Tú?

—Sí.

Los dos saben que ninguno de los dos está completamente bien y que eso no cambia nada de lo que viene a continuación.

Dimitris baja de la proa cuando la distancia a la isla es de aproximadamente cuatrocientos metros, que es la distancia más corta que el medidor de Yiannis ha registrado en los últimos veinte minutos. Se detiene en el centro de la cubierta y mira la playa de piedra gris con la misma expresión con que miraría la solución de un problema en el que ha trabajado treinta años: no triunfo, no alivio, sino la fatiga específica de llegar al final de algo muy largo y encontrar que el final es exactamente lo que se esperaba, lo cual es a la vez una satisfacción y una pérdida.

—Acercamos —dice.

Nadie le pregunta si está seguro. En el mar, cuando el capitán ha hablado con esa voz, la pregunta no tiene lugar.

El Agamenón avanza hacia Antemóesa y la niebla se cierra detrás, como una puerta.

CAPÍTULO 5

La isla que oscila

Aproximación a Antemóesa

Lo primero que Yiannis intenta es fotografiarla.

No con el teléfono, que ya ha demostrado su inutilidad para registrar lo que ocurre en esta región del Egeo, sino con la cámara de documentación técnica que forma parte de su equipo de medición: resolución de veintidós megapíxeles, lente gran angular, sistema de estabilización óptica. La cámara es el instrumento más confiable que tiene. La apunta hacia el acantilado y dispara.

La pantalla de revisión muestra un archivo corrupto.

Dispara otra vez. Otro archivo corrupto.

Cambia la tarjeta de memoria, reinicia el sistema, ajusta la exposición manualmente y dispara una tercera vez. Esta vez el archivo se forma, y Yiannis lo abre con la expectativa cautelosa de quien ya no confía en que las

cosas funcionen como deberían. La imagen existe. Muestra el mar, la niebla, el horizonte. No muestra la isla.

La isla, a cuatrocientos metros de distancia, visible a simple vista desde cualquier punto de la cubierta, no aparece en la fotografía.

Yiannis baja la cámara y mira con sus propios ojos el acantilado, la playa de piedra gris, las construcciones de geometría imposible sobre la cresta. Todo ahí. Todo sólido, todo presente, todo inaccesible a cualquier instrumento que intente registrarlo. Escribe en el cuaderno una sola línea: "La isla existe para los sentidos y no existe para los instrumentos. Esto invierte la jerarquía epistemológica en la que he trabajado toda mi vida."

Debajo, después de un momento, escribe: "O mis sentidos están fallando. O los instrumentos están fallando. O ambas categorías son insuficientes para lo que tengo delante."

Rodea las tres opciones con un círculo y no tacha ninguna.

Dimitris lo observa desde la distancia con algo que no es exactamente compasión pero que se le parece: el reconocimiento de alguien que pasó por ese mismo umbral hace treinta años, no frente a una isla sino frente a un párrafo de un texto bizantino que describía algo que no debería poder describirse, y que entendió entonces que hay experiencias para las que el cerebro humano no viene equipado de fábrica y que requieren, antes de cualquier otra cosa, la disposición de soltar el manual.

Se acerca a Yiannis.

—¿Cuántas veces has medido la distancia a la isla en los últimos veinte minutos?

Yiannis consulta el registro.

—Once mediciones. Entre trescientos ochenta y ochocientos cuarenta metros. Promedio de quinientos sesenta.

—¿Y la isla se ha movido?

—No. O sí. No puedo saberlo porque cada medición da un resultado diferente y no tengo manera de determinar cuál es correcto.

—Ninguna —dice Dimitris.

—¿Ninguna es correcta?

—Ninguna es más correcta que las otras. Están midiendo lo mismo desde posiciones distintas respecto a algo que no existe de manera estable en una sola ubicación. —Pausa—. La isla oscila, Yiannis. No se mueve. Oscila. Hay una diferencia.

Yiannis lo mira.

—Eso no tiene sentido físico.

—Tiene el sentido que tiene. Que no sea el sentido que conoces no lo hace menos real.

El ingeniero guarda el cuaderno, lo saca otra vez, escribe algo, lo guarda de nuevo. Es la primera vez desde que zarparon que Dimitris lo ve perder el ritmo de trabajo, y lo interpreta como lo que es: no pánico, sino el equivalente intelectual del vértigo, la sensación de que el suelo que creía firme acaba de moverse bajo los pies.

En cubierta, el resto de la tripulación procesa la isla de maneras que no requieren instrumentos.

Petros la mira con los ojos entrecerrados, como si reducir la cantidad de luz que entra le permitiera ver mejor lo que hay dentro de lo que ve. Ha cruzado el Egeo más de cuatrocientas veces y conoce cada isla de este mar con la familiaridad de quien ha memorizado los rasgos de los vecinos de toda la vida. Esta no la conoce. No porque no la haya visto antes, sino porque pertenece a una categoría diferente de las islas que él conoce: las islas conocidas existen cuando las miras y siguen existiendo cuando dejas de mirarlas. Esta, tiene la certeza sin poder demostrarla, podría no hacer lo segundo.

Hace la señal de la cruz. Luego agarra un cabo y empieza a trabajarlo, porque cuarenta años de mar le han enseñado que cuando el cuerpo necesita procesar algo que la mente no puede contener, las manos ayudan.

Nikos filma la isla durante tres minutos seguidos con el teléfono en modo vídeo, mirando la pantalla mientras graba para asegurarse de que el encuadre es correcto. En la pantalla, la isla aparece. A diferencia de lo que ocurrió con los archivos anteriores, la imagen es estable, nítida, reproducible.

Cuando termina de grabar y revisa el clip, encuentra cuatro minutos y diecisiete segundos de mar vacío. La isla no aparece en el vídeo. Aparecía en la pantalla mientras grababa y no aparece en lo que grabó, y esa discrepancia entre el acto de ver y el registro del acto de ver lo desorienta de una manera que no esperaba, como si le hubieran quitado el suelo bajo los pies sin quitarle el suelo bajo los pies.

Guarda el teléfono. Mira la isla directamente. La isla sigue ahí.

—¿La ves? —le pregunta a Thanasis, que está junto a él.

—La veo.

—¿Y si cerramos los ojos?

Los dos cierran los ojos durante cinco segundos. Los abren. La isla sigue ahí.

—Está —dice Thanasis.

—Pero no aparece en el vídeo.

Thanasis considera esto durante un momento.

—Quizá el vídeo no sabe verla.

Es la explicación menos técnica y más precisa que cualquiera a bordo ha formulado hasta ese momento, y Nikos la anota en el bloc de notas del teléfono porque no tiene cuaderno pero ha aprendido, en los últimos dos días,

que conviene llevar registro de lo que ocurre aunque el registro no capture lo que ocurre.

Kostas mantiene el rumbo en la cabina con la concentración de siempre, pero cada veinte o treinta segundos levanta la vista hacia la isla a través del parabrisas. No para estudiarla. Para comprobar que sigue ahí. Es una verificación compulsiva que él mismo reconoce como irracional y que no puede dejar de hacer, como cuando su hijo era pequeño y dormía en la habitación de al lado y Kostas se levantaba cada hora a comprobar que respiraba, no porque tuviera razones para dudar de que respiraba sino porque la duda, una vez instalada, no se va sola.

La isla sigue ahí cada vez que mira. Eso debería ser tranquilizador. No lo es, del todo, porque lo que le preocupa no es que la isla desaparezca sino que siga ahí de esa manera: presente y sin registro, visible y sin prueba, real para los ojos y fantasmal para todo lo demás.

Stavros sale de la cocina a las siete y media con dos tazas de café que nadie le ha pedido y que reparte entre Petros y Thanasis sin decir nada. Luego se queda en cubierta mirando la isla durante más tiempo del que ha mirado cualquier cosa desde que zarparon, con la misma quietud con que mira el fuego de los fogones cuando está pensando en otra cosa, excepto que ahora no está pensando en otra cosa sino en lo que tiene delante, y lo que tiene delante no es fuego sino algo para lo que no tiene nombre y cuya ausencia de nombre lo incomoda de una manera que el fuego nunca lo ha incomodado.

Vuelve a la cocina. Sale otra vez. Vuelve a entrar.

Petros lo observa con el cabo en las manos y piensa: dos veces. La segunda vez que Stavros hace algo que no tiene costumbre de hacer es la señal más definitiva de todas.

A las ocho menos cuarto, Dimitris toma la decisión que nadie ha pedido y que todos esperaban.

No anuncia una reunión ni convoca a la tripulación. Simplemente se planta en el centro de la cubierta, donde todos pueden verlo sin que nadie tenga que moverse, y habla con la voz que usa cuando lo que dice no admite discusión no porque él no quiera discutirlo sino porque no hay tiempo.

—Nos acercamos a la playa. El fondo en esta zona es piedra, el calado lo permite. Encallamos de manera controlada y desembarcamos. —Mira a cada hombre, brevemente, en orden—. El que no quiera bajar se queda a bordo con Kostas.

Silencio.

—¿Alguien se queda? —pregunta.

Nadie responde. Nadie se mueve hacia la cabina.

Dimitris asiente una vez.

—Entonces bajamos todos.

Kostas reduce la velocidad. El Agamenón avanza hacia la playa de piedra gris con la lentitud deliberada de los acercamientos a costa desconocida, y la isla, que según todos los instrumentos disponibles no existe, recibe al barco con la quietud de quien lleva mucho tiempo esperando y ha aprendido, en ese tiempo, que la impaciencia es un defecto de los que no saben cuánto dura la espera.

Las construcciones sobre el acantilado son más visibles ahora. Sus superficies cambian con la luz del amanecer que empieza a filtrarse a través de la niebla: translúcidas en un momento, opacas en el siguiente, con un brillo interno que ninguno de los hombres del Agamenón mencionará en voz alta pero que todos verán y que ninguno olvidará. No son ruinas.

Eso es lo que Yiannis anota, con letra más tranquila ahora, como si haber tomado la decisión de bajar hubiera devuelto al ingeniero la calma técnica que las horas anteriores le habían quitado: no son ruinas, son estructuras activas. La diferencia entre una ruina y una estructura activa es que la ruina es lo que queda cuando algo termina. Lo que hay sobre ese acantilado no ha terminado.

El casco del Agamenón toca el fondo de piedra con un sonido sordo y definitivo que los siete hombres a bordo sienten en los pies antes de escucharlo con los oídos.

El motor se apaga.

La niebla, en torno al barco, respira.

Antemóesa espera.

Lo que Dimitris hace mientras el barco se acerca no lo hace en voz alta ni con instrumentos. Lo hace con la memoria. Treinta años de mapas superpuestos: las cartas helenísticas fotocopiadas con su latín bárbaro y sus coordenadas imprecisas que sin embargo señalaban siempre hacia la misma zona del Egeo con la obstinación de los documentos que saben más de lo que dicen; los fragmentos del manuscrito de Salónica con su descripción de una isla de "piedra que cambia" y "construcciones sin pedrero conocido"; la página del expediente del Almirantazgo británico con su anotación escueta, casi avergonzada de sí misma: "Estructura submarina no identificada, posiblemente artificial, profundidad variable, coordenadas adjuntas, clasificado."

Superpone mentalmente esos documentos con lo que tiene delante y el encaje es el que esperaba: no perfecto, porque nada que haya pasado por tres mil años de copistas, traductores y clasificadores militares puede ser perfecto, pero sí suficiente. La playa de piedra gris coincide con la descripción del manuscrito de Salónica. Las construcciones de superficie cambiante coinciden con lo que el copista del siglo tres antes de Cristo llamó, en su margen anotado, "edificios que no son de ningún material que los hombres trabajen." Las coordenadas del Almirantazgo están a menos de una milla náutica de donde el Agamenón acaba de tocar fondo.

Treinta años. Y aquí está.

No siente lo que imaginó que sentiría. Imaginó algo más parecido al triunfo, o al alivio, o a esa sensación que los exploradores describen cuando encuentran lo que buscaban. Lo que siente en cambio es más modesto y más profundo: la quietud específica de quien ha llegado al final de un camino muy largo y descubre que el final no es una conclusión sino una puerta, y que lo que hay detrás de la puerta empieza ahora.

En cubierta, Kostas y Thanasis tienen la conversación que llevan dos días postergando.

—¿Crees que es real? —pregunta Kostas, en el tono de quien sabe que la pregunta es más complicada de lo que parece.

—La estoy viendo —dice Thanasis.

—Eso no es lo que pregunté.

Thanasis tarda en responder. No porque no tenga respuesta sino porque tiene dos y no sabe cuál es la correcta.

—Creo que es tan real como el mar —dice al fin—. Y el mar a veces también hace cosas que no deberían ser posibles. Corrientes que van contra el viento. Olas que llegan de ninguna parte. Zonas donde el pez no entra aunque el agua parezca buena. —Pausa—. Mi padre decía que el mar no sigue todas las reglas que los hombres escriben sobre el mar. Que tiene las suyas propias y que la diferencia entre un buen marinero y un marinero muerto es saber cuándo el mar está usando las suyas.

Kostas mira la isla.

—Esto es diferente a una corriente rara.

—Sí. Es diferente en tamaño. No en tipo.

Es la distinción más útil que nadie ha hecho en dos días de navegación, y Kostas la recibe con el asentimiento lento de quien reconoce una verdad que no habría sabido formular por sí mismo pero que en cuanto la escucha sabe que es verdad.

La isla sigue oscilando entre trescientos ochenta y ochocientos cuarenta metros en los instrumentos de Yiannis. Sigue sin aparecer en ningún registro fotográfico ni de vídeo. Sigue siendo completamente visible a simple vista desde cualquier punto del barco.

Y el Agamenón sigue encallado en su playa de piedra gris, con el motor apagado y la niebla respirando alrededor, y los siete hombres a bordo están de pie mirando hacia la isla con la disposición unánime, silenciosa y sin drama de quienes han decidido dar el siguiente paso sin saber exactamente adónde lleva.

El siguiente paso lleva a tierra.

Dimitris baja primero por la escala de proa, con el agua hasta las rodillas y las botas sobre la piedra del fondo antes de que nadie más haya empezado a moverse, y camina hacia la playa con la misma economía de gestos con que

lleva treinta años cruzando la cubierta del Agamenón: sin vacilación, sin urgencia, con el paso de quien sabe que el lugar donde pisa ya lo conoce aunque él no haya estado nunca aquí.

Los demás lo siguen.

CAPÍTULO 6

El canto

A bordo del Agamenón, frente a Antemóesa

El sonido no llega por el aire.

Llega por el casco del barco, por la piedra del fondo bajo las botas, por la columna vertebral de cada hombre que está de pie en la playa o en cubierta en el momento en que Antemóesa decide que ya es suficiente tiempo de espera. No es un sonido en el sentido en que el oído humano procesa los sonidos: no tiene dirección precisa, no tiene fuente visible, no disminuye con la distancia ni aumenta con la proximidad. Es una frecuencia. Una vibración que el cuerpo recibe antes de que el cerebro haya tenido tiempo de clasificarla, y que en el espacio de cuatro o cinco segundos hace algo que ningún sonido convencional hace: entra.

Yiannis está en la playa con el medidor en la mano cuando ocurre. Ve los números cambiar de golpe en la pantalla: pulsos de doscientos ochenta hercios modulados por una segunda frecuencia de cuarenta y dos hercios, combinación que no existe en ningún manual de acústica que haya estudiado. Por primera vez desde que entraron en la niebla, las lecturas son limpias, estables, con un origen fijo que el instrumento señala sin ambigüedad hacia el acantilado.

—¡Dimitris! —grita, sin apartar los ojos de la pantalla—. Señal activa, origen confirmado en el acantilado. Frecuencia combinada, sin clasificación conocida. Esto no es ruido de fondo. Es una transmisión.

—¿La sientes? —llega la voz del capitán desde la proa.

—Sí.

—¿Qué escuchas?

Yiannis duda. La respuesta no cabe en el lenguaje técnico que ha usado toda su vida.

—Mi nombre —dice—. En un idioma que no conozco. Y lo entiendo.

Lo que la voz le dice a continuación ya no son palabras sueltas sino algo más preciso y más difícil de resistir: que el trabajo de toda su vida, la medición, la catalogación, la búsqueda incansable de la explicación correcta para cada fenómeno, no fue una limitación sino una preparación, y que al final de ese camino hay exactamente lo que siempre buscó sin saber que lo buscaba. La voz conoce el nombre exacto de eso que Yiannis ha perseguido toda su vida sin atreverse a nombrarlo en voz alta ni siquiera para sí mismo: la certeza absoluta, sin grietas, sin la sombra de la duda que ha acompañado cada uno

de sus descubrimientos desde la universidad. La voz se lo ofrece sin condiciones.

Suelta el medidor. No lo nota hasta que escucha el golpe contra la piedra.

El aire alrededor de Yiannis tiene, de pronto, una textura distinta: más denso, cargado de una electricidad que no es estática sino algo más parecido a la anticipación de una tormenta que nunca llega a descargar, y bajo sus pies la piedra de la playa vibra con la misma cadencia de la frecuencia, como si el suelo entero respirara al unísono con la voz que lo llama. No siente miedo. Eso es lo que más tarde, si logra recordarlo con claridad, le costará explicar: no hay terror en lo que experimenta, solo la sensación abrumadora y dulce de haber sido, finalmente, comprendido.

En cubierta, Petros trabaja un cabo cuando la frecuencia lo alcanza y sus manos se detienen solas sobre el nudo a medio hacer. Luego escucha a Elena. No el recuerdo de Elena, que con doce años se ha vuelto intermitente y a veces impreciso en los detalles que más importan —el color exacto de sus ojos en cierta luz, la manera precisa en que pronunciaba ciertas palabras—, sino la voz real, completa, con el timbre exacto y el diminutivo que solo ella usaba, el que le ponía cuando era niño y que ella rescató en los primeros años de matrimonio sin que él se lo pidiera, como si reconociera en aquel hombre adulto al niño que alguna vez fue.

—Elena —dice en voz baja, al aire, sin apartar la vista de un punto en el acantilado que desde afuera no tiene nada de particular.

La voz le dice que el mar no se llevó nada que no vaya a devolver. Que el dolor de doce años fue necesario solo para llegar hasta este momento, y que ahora puede terminar. Que suelte el cabo y camine hacia donde ella está, porque ella está aquí, finalmente, después de tanto tiempo de ausencia que ya no tiene que seguir doliendo.

—¿Elena? —repite Petros, esta vez como pregunta, como quien todavía no se atreve a creer del todo lo que escucha pero ya ha dejado de resistirse a creerlo.

Suelta el cabo y empieza a caminar hacia la borda.

Kostas, en la cabina de mando, escucha la risa de su hijo de cuatro años: la del sábado por la mañana cuando el niño entraba a saltar sobre la cama y Kostas simulaba molestarse y el niño sabía que simulaba y ese conocimiento compartido era una forma de felicidad que Kostas no supo nombrar hasta que la perdió, cuando el niño tenía seis años y el matrimonio se rompió y el niño emigró con su madre a Tesalónica, dejando atrás un departamento que de pronto resultó demasiado grande y demasiado silencioso para un solo hombre. La risa de cuatro años viene de la playa, nítida, cercana, como si esos años no hubieran transcurrido nunca, como si el niño todavía estuviera ahí, a pocos metros, esperando que su padre baje a jugar.

—¿Papá? —dice la voz, exactamente con el timbre infantil que Kostas creía haber olvidado, exactamente con la entonación ascendente que el niño usaba

cuando quería algo y sabía que probablemente lo conseguiría—. ¿Vienes a jugar?

Kostas suelta el timón y sale de la cabina sin apagar el motor, sin una sola palabra de protesta interna, como si la pregunta no admitiera ninguna respuesta que no fuera caminar hacia ella.

El Agamenón empieza a girar.

Con nadie sosteniendo el timón, la proa se desplaza hacia el acantilado más cercano con una lentitud que parece deliberada, como si algo, además de la inercia del propio giro, estuviera empujando el casco desde abajo, guiándolo con la paciencia de quien sabe que no necesita prisa porque el resultado ya está decidido.

Thanasis escucha la melodía que su madre tarareaba mientras planchaba en la cocina de Tesalónica, ahora con letra, con su nombre pronunciado con la cadencia exacta con que lo llamaba desde el otro lado de la casa cuando era la hora de comer. Treinta y ocho años sin escuchar eso. Treinta y ocho años de llamadas dominicales que, ahora lo entiende con una claridad dolorosa, nunca fueron suficientes para llenar el vacío de no poder estar ahí, en esa cocina específica, escuchando esa melodía específica con la certeza de la infancia de que su madre siempre estaría disponible para llamarlo a comer.

—¿Lo escuchas? —pregunta Petros, que pasa junto a él con la misma mirada fija en un punto inexistente, ambos caminando ya en la misma dirección sin haberlo acordado.

—Sí —dice Thanasis, sin detenerse—. Mi madre.

—La mía está muerta.

—La mía también.

Ninguno de los dos parece encontrar contradicción en seguir caminando hacia voces que, según sus propias palabras, pertenecen a mujeres que ya no existen. Caminan hacia la playa, hacia el acantilado, con los ojos abiertos y la mirada fija en un punto que solo ellos pueden ver.

Stavros, en la cocina, deja caer la olla que tiene en las manos cuando escucha el llanto. No cualquier llanto. El de un bebé de doce días, el suyo, el que el mar se llevó junto con su madre en una tormenta de enero hace doce años sin dejar cuerpos, sin dejar nada concreto a lo que el duelo pudiera aferrarse, dejándolo con un entierro sin féretro que durante años le impidió creer completamente que había ocurrido. El llanto tiene la calidad exacta del llanto real de un recién nacido, esa mezcla de urgencia y fragilidad que Stavros recuerda con una precisión que él mismo ignoraba conservar, porque solo escuchó a su hijo llorar doce veces en doce días y sin embargo cada una de esas doce veces quedó grabada en algún lugar de su memoria al que no tenía acceso hasta este momento.

—Ya voy —dice en voz alta, a la cocina vacía, con la voz rota de un hombre que lleva doce años sin permitirse decir esas dos palabras—. Ya voy, hijo.

Sale corriendo de la cocina, que es algo que en veinte años nadie ha visto hacer a Stavros, cruza la cubierta y baja por la escala hacia el agua sin detenerse, sin mirar atrás, con el movimiento directo e irresistible de algo que ha caído y sigue cayendo.

Nikos, en cubierta, escucha su propia voz a los dieciséis años leyendo en voz alta en la habitación que compartía con su hermano mayor, el que emigró a Alemania hace cuatro años y al que no ha vuelto a ver desde entonces salvo en videollamadas cada vez más espaciadas. La nostalgia es tan específica y tan física que pierde el equilibrio un momento, se apoya en la borda, y luego empieza a caminar también, siguiendo a Petros y a Thanasis hacia la playa con la fluidez irreal de quien obedece algo más antiguo que cualquier decisión consciente.

En la proa, Dimitris siente la frecuencia recorrerle el cuerpo de los pies a la nuca con una intensidad que no esperaba, incluso después de treinta años de prepararse para este momento sin saber que se preparaba. Lo que la frecuencia usa como palanca con él no es una voz ni una melodía: es el mar mismo, treinta años de madrugadas en esta misma proa con la Odisea sobre las rodillas, el mar que fue el único idioma constante de su vida después de que su mujer murió, el único interlocutor que nunca le exigió explicaciones ni le ofreció consuelos vacíos. La frecuencia le ofrece, sin palabras, la promesa de que ese diálogo unilateral de treinta años puede convertirse, finalmente, en algo recíproco. Siente el tirón con toda la fuerza que la frecuencia tiene, y por un instante, solo un instante, sus pies se mueven medio paso hacia la borda antes de que algo en él, una terquedad más antigua que el miedo, los detenga.

Mira hacia atrás.

Lo que ve lo golpea con más fuerza que la propia frecuencia: Petros y Thanasis caminando hacia la borda con los ojos abiertos y vacíos de toda decisión consciente, hablando entre ellos de madres y esposas muertas como si la muerte fuera un detalle menor. Nikos uniéndose a ellos con el mismo paso irreal. Stavros ya en el agua, hundido hasta la cintura, avanzando hacia el acantilado con una determinación que no es suya sino de algo que lo ha tomado por dentro. Y el barco, sin nadie en el timón, girando despacio hacia las rocas con la obediencia ciega de un animal domesticado que de pronto ha encontrado un amo más antiguo y más fuerte que el que conocía.

Es en ese instante, viendo a sus hombres caminar como sonámbulos hacia su propia destrucción, que Dimitris comprende algo que treinta años de lectura y de teoría no le habían dado: no de manera intelectual, sino visceral, en la sangre, con la claridad terrible de quien ve confirmarse en carne propia lo que hasta entonces solo había sido una hipótesis erudita. El relato de Homero no era una metáfora sobre la tentación. Era un informe técnico mal traducido por la única tecnología disponible en su época: el lenguaje del mito. Odiseo no inventó las cuerdas al mástil. Las necesitó, exactamente como él las necesita ahora, exactamente como Yiannis va a necesitar algo parecido en los próximos segundos si quiere que alguno de ellos sobreviva a esto.

—¡Yiannis! —grita, con una voz que araña la garganta de tanto esfuerzo—. ¡Sube al barco! ¡Ahora!

Pero Yiannis, en la playa, ya no escucha órdenes. Escucha su nombre en un idioma sin nombre, y sus pies, como los de los demás, han empezado a moverse hacia el acantilado que los espera con la paciencia de quien lleva tres mil años aprendiendo que, tarde o temprano, todos los que escuchan terminan por acercarse.

CAPÍTULO 7

La cera y las cuerdas

A bordo del Agamenón, durante el canto

Yiannis camina tres pasos hacia el acantilado antes de que algo en él, una fracción de segundo de la conciencia profesional que ha construido durante quince años de trabajo de campo, se asome entre la niebla de la voz que lo llama. No es una decisión completa. Es apenas una grieta, el equivalente mental de un pie que tropieza sin caer, pero es suficiente para que, durante ese instante, recuerde quién es: un ingeniero naval de treinta y cuatro años que lleva dos días registrando anomalías que no debería poder explicar, y que en algún bolsillo de su chaqueta, todavía, carga el cuaderno donde ha estado anotando cada una de ellas.

Se detiene.

No porque haya vencido a la voz, sino porque en el espacio de esa grieta logra hacerse una pregunta que la voz no había contemplado: ¿por qué confiar en una voz que no puede medir, catalogar ni verificar? La pregunta no basta para liberarlo del todo —sus pies siguen queriendo moverse, su pecho sigue lleno de la certeza dulce que la frecuencia le ofrece—, pero basta para que, en lugar de seguir caminando, se quede temblando en el sitio, sujeto a su propia inercia con la misma desesperación con que un hombre se sujeta a una cuerda que se deshilacha.

Mira hacia el barco. Ve a Dimitris en la proa, también temblando, también resistiendo, y algo en esa imagen —su capitán luchando exactamente la misma batalla, sin rendirse— le devuelve la fuerza suficiente para dar un paso hacia atrás en lugar de hacia adelante.

No recuerda haber decidido correr hacia el barco. Recuerda, en cambio, sus propias piernas moviéndose con una urgencia que su mente todavía no ha terminado de aprobar, llevándolo de vuelta a la escala de proa y subiendo a cubierta con el cuerpo encogido, como quien huye de algo que todavía puede alcanzarlo. Entra a la cabina de mando y sus manos, antes de que el resto de él haya terminado de procesar lo que va a hacer, ya están sacando del compartimento lateral las láminas de espuma de plomo que normalmente reservan para amortiguar el ruido del motor durante las grabaciones de sonar, fijándolas contra los paneles con la cinta industrial que encuentra primero, sin

medir, sin comprobar, con la velocidad de quien sabe que cada segundo de retraso es un segundo más que el canto tiene para terminar de ganar.

—¡Dimitris! —grita, sin saber todavía si el capitán puede escucharlo por encima de la frecuencia—. ¡Sujétese al timón! ¡No lo suelte, pase lo que pase!

—¡Ya lo sé! —responde Dimitris desde cubierta, con una voz tensa que no es la suya habitual—. ¡Lo sé mejor que tú!

El timón gira solo bajo sus manos, empujado por algo que no es el agua ni el viento sino una fuerza que parece originarse en el propio metal, y Dimitris lo sujeta con los brazos rígidos y los dientes apretados, sintiendo en su propia sangre el tirón de la señal que la espuma de plomo todavía no ha logrado bloquear del todo. Su cuerpo quiere soltarlo. Quiere caminar hacia la borda, hacia la voz del mar que lo llama con treinta años de soledad convertidos en promesa. Sus manos, sin embargo, no obedecen a su cuerpo: obedecen a algo más antiguo, una decisión tomada hace mucho tiempo y reafirmada cada noche en la proa con la Odisea sobre las rodillas, que ahora se manifiesta como pura terquedad muscular.

—¡Las placas no bastan! —grita Yiannis, terminando de fijar la última lámina —. ¡Necesito los auriculares industriales, los del sonar profundo!

—¡En el compartimento de estribor, segundo cajón!

Yiannis los encuentra, se pone un par y activa la supresión activa. La frecuencia, dentro de la cabina, baja de intensidad lo suficiente para que pueda pensar con algo parecido a claridad. Se asoma por la puerta hacia cubierta y ve a Dimitris sujetando el timón con todo el cuerpo, la espalda arqueada contra la resistencia invisible, y le lanza el segundo par de auriculares.

—¡Póngaselos!

—¡No puedo soltar el timón!

—¡Entonces sujételo con un brazo!

Dimitris libera la mano derecha durante un segundo que parece interminable, en el que el timón vibra con violencia bajo su mano izquierda, y se cala los auriculares de un solo movimiento brusco. La frecuencia cede un poco más. No desaparece —nunca desaparecerá del todo mientras estén dentro de su radio—, pero se vuelve algo que un hombre entrenado puede empujar hacia atrás, como una ola fuerte contra la que todavía se puede nadar.

—¡Las rocas! —grita Yiannis, mirando el sonar, cuya pantalla parpadea entre lecturas que aparecen y desaparecen sin ningún patrón confiable—. ¡El sonar no funciona, capitán! ¡No puedo darle una ruta segura!

—¡Entonces no la calcules con el sonar!

—¿Con qué la calculo?

—¡Con lo que tengas! ¡Yo te digo cuándo virar!

Dimitris no mira los instrumentos. Mira el agua, la espuma, el color que cambia sutilmente sobre las rocas sumergidas que ningún radar logra fijar

pero que sus ojos, entrenados en cuarenta años de lectura del mar antes de que él mismo los heredara con la misma intensidad que un idioma materno, reconocen por instinto.

—¡Dos grados a estribor!

Yiannis gira el timón con él, dos pares de manos sobre la misma rueda, luchando juntos contra la misma fuerza invisible.

—¡Ahora a babor! ¡Fuerte!

El Agamenón vira con una brusquedad que hace gemir el casco, y una roca que un segundo antes no aparecía en ningún instrumento pasa rozando el costado de estribor con un ruido sordo que ninguno de los dos llega a procesar del todo porque ya están corrigiendo el siguiente tramo.

—¡Hay algo raro en las lecturas! —grita Yiannis, con los ojos fijos en la pantalla del sonar, que de pronto, contra toda lógica de las últimas horas, muestra algo coherente—. ¡Una señal limpia! ¡Origen fijo, en el acantilado! ¡Frecuencia, amplitud, todo medible por primera vez desde que entramos en la niebla!

—¿Eso es bueno o malo?

—¡No lo sé! ¡Pero significa que algo, allá arriba, está emitiendo esto a propósito! ¡No es un fenómeno natural, Dimitris! ¡Es una transmisión!

Dimitris no responde de inmediato. Tiene la cara empapada en sudor frío y los brazos temblando del esfuerzo de sujetar un timón que sigue intentando girar hacia los acantilados, pero algo en lo que Yiannis acaba de decir se acomoda en su mente con la misma sensación de reconocimiento tardío que sintió al leer, treinta años atrás, la nota al margen de un texto bizantino.

—Las sirenas no cantaban porque quisieran matar a los marineros —dice, casi para sí mismo, con la voz entrecortada por el esfuerzo—. Cantaban porque querían que alguien llegara hasta ellas. Odiseo no escuchó un peligro. Escuchó una invitación.

—¡Eso no me ayuda a sacarnos de aquí!

—¡Tienes razón! —Dimitris recupera la concentración—. ¡Tres grados a estribor, ya!

Yiannis gira el timón con él. La playa de piedra gris aparece entre la niebla, más cerca de lo que esperaban, y el fondo, según la última lectura confiable antes de que el sonar volviera a fallar, sube con la rapidez suficiente para encallar de manera controlada si calculan bien la velocidad.

—¡Reduce motor!

—¡Reduciendo!

El casco roza el fondo de piedra con un sonido sordo y prolongado que ambos sienten en los pies antes de escucharlo con los oídos amortiguados, y el barco se detiene con una sacudida que los lanza contra el panel de instrumentos. Dimitris suelta el timón por primera vez desde que empezó el canto, y sus

brazos, liberados de pronto de la tensión sostenida, tiemblan con un temblor que no logra controlar.

—¿Capitán?

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—No —dice Dimitris, con una honestidad que sorprende incluso a Yiannis—. Pero estoy vivo, y eso por ahora alcanza.

El motor se apaga solo, como si hubiera decidido por su cuenta que el viaje, por el momento, ha llegado a su destino. La frecuencia, fuera de la cabina, sigue sonando, pero con una intensidad menor, como si supiera que el barco ya no puede ser arrastrado más cerca de lo que ya está.

Dimitris se quita los auriculares con cautela, esperando que la frecuencia vuelva a alcanzarlo con toda su fuerza. No ocurre. Lo que llega es apenas un eco distante, soportable, casi una sugerencia en lugar de una orden.

—Se debilitó —dice.

—O cumplió su función —responde Yiannis, todavía con los suyos puestos, sin atreverse a quitárselos del todo—. Nos trajo hasta aquí. Quizá no necesita más que eso.

Salen juntos a cubierta. Lo que encuentran detiene a ambos en el sitio: Petros, Thanasis, Kostas, Nikos y Stavros yacen desplomados sobre las tablas de cubierta y sobre la piedra de la playa, exhaustos, como pájaros alcanzados en pleno vuelo, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada de quien acaba de correr una distancia que el cuerpo no estaba preparado para correr.

—¿Están…?

—Respiran —dice Yiannis, arrodillándose junto a Petros y comprobando el pulso en el cuello—. Todos respiran.

Bajan juntos a la playa. Petros es el primero en moverse: abre los ojos, parpadea contra la luz, y se incorpora despacio sobre los codos antes de quedarse sentado, mirando sus propias manos como si no terminara de reconocerlas.

—¿Capitán?

—Aquí estoy.

—Escuché a Elena. —La voz de Petros tiembla, no de frío—. Estaba tan segura. Tan real.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo también escuché algo igual de real.

Petros asiente, como si esa respuesta, aunque incompleta, fuera suficiente por ahora. Thanasis se incorpora a su lado un momento después, con los ojos todavía húmedos, y los dos hombres se miran sin decir nada, compartiendo en silencio el peso de haber escuchado, cada uno, a una madre muerta.

Nikos despierta con un sobresalto, mirando a su alrededor con la confusión de quien no sabe cuánto tiempo ha pasado ni qué llegó a hacer durante ese tiempo.

—¿Llegué hasta el acantilado?

—No —dice Yiannis—. Te detuviste antes, como yo.

—No lo recuerdo.

—Nadie lo recuerda del todo. Es mejor así.

Kostas es el último en abrir los ojos, y cuando lo hace, lo primero que dice es el nombre de su hijo, en voz baja, como una pregunta dirigida a nadie.

—Estaba aquí —murmura, todavía con la mirada perdida en la playa vacía—. Lo escuché reír. Era exactamente la risa que tenía a los cuatro años.

—Era una grabación —dice Yiannis, con una delicadeza poco habitual en su voz—. O algo parecido a una grabación. No sé cómo, pero esa cosa sabe leer lo que llevamos dentro y nos lo devuelve exactamente como lo recordamos.

—¿Entonces no era él?

—No físicamente. Pero el dolor que sentiste al escucharlo era real. Eso no se lo puede inventar nadie.

Kostas asiente despacio, sin que el gesto le devuelva del todo la calma, y se queda mirando hacia el mar con la misma expresión de quien acaba de descubrir que su propia memoria puede ser usada en su contra.

Dimitris baja por la escala hasta donde está Stavros, que tiene la cara todavía mojada, no se sabe bien si de agua de mar o de lágrimas, y le toca el hombro con suavidad.

—Stavros.

El cocinero abre los ojos despacio, como quien regresa de muy lejos.

—¿Capitán?

—Estás en la playa. El barco encalló. El canto se detuvo.

Stavros mira a su alrededor, confundido, y luego algo en su cara se rompe sin estridencia, en silencio, las lágrimas corriendo de nuevo mientras asiente sin decir nada más.

Dimitris se incorpora y mira hacia el acantilado, donde la luz de las construcciones sigue latiendo con una cadencia mucho más débil que antes, casi imperceptible, como un corazón que ha decidido descansar después de un esfuerzo enorme.

—Las sirenas no inventaron nada —dice, en voz baja, dirigiéndose a Yiannis, que ha bajado también a la playa—. Solo necesitaban que alguien llegara dispuesto a entender lo que tenían que decir.

—¿Y nosotros estamos dispuestos?

Dimitris mira a sus cinco hombres, derribados pero vivos, y luego mira hacia arriba, hacia las construcciones que los esperan con la paciencia de quien

lleva tres mil años aprendiendo que la prisa, en este lugar, nunca ha servido de nada.

—Vamos a tener que estarlo —dice—. Ya llegamos hasta aquí.

CAPÍTULO 8

Lo que los antiguos llamaron sirenas

Antemóesa, interior de la isla

La piedra vibra bajo las botas como si tuviera pulso propio.

No es la vibración residual de la frecuencia que los atacó horas antes, que sigue latiendo en el acantilado con una intensidad mínima, sino algo distinto: un ritmo más lento, más orgánico, que recorre el suelo de la explanada donde los siete hombres se han reunido después de recuperarse del canto. Petros lo siente primero, a través de las suelas gastadas de sus botas, y se detiene un momento antes de seguir caminando hacia la entrada que Dimitris ya ha localizado.

—¿Lo sienten? —pregunta.

—Sí —dice Yiannis, con el medidor en la mano, aunque ya no confía del todo en lo que el medidor pueda decirle—. Pero no es la misma frecuencia de antes. Esta es más baja, más constante. Como un latido.

El aire, a medida que se acercan al vano de entrada, cambia de sabor: no es exactamente salado, ni metálico, ni de ningún elemento que cualquiera de ellos pueda nombrar con precisión, sino algo intermedio que les produce, en el fondo de la garganta, una sensación parecida a la electricidad estática justo antes de una tormenta. Stavros, que ha pasado veinte años cocinando con la nariz tan entrenada como las manos, intenta clasificarlo y no encuentra ninguna referencia útil: no es el olor del ozono después de un rayo, ni el del metal calentado, ni el de ninguna especia que conozca, sino algo que su cerebro registra como "nuevo" en el sentido más literal de la palabra, una sensación que nunca antes había experimentado y para la que no tiene ningún archivo previo donde guardarla.

Dimitris entra primero, con Yiannis un paso detrás y los demás siguiéndolos con la cautela de quienes ya han aprendido, en las últimas horas, que la prudencia en este lugar no es opcional.

Lo que encuentran dentro no es lo que esperaban después de ver, desde fuera, una construcción que parecía sólida y antigua. El interior se abre en un espacio que desafía las proporciones del exterior: paredes que cambian de transparencia según el ángulo desde el que se las observa, sólidas en un punto y casi líquidas en el siguiente, recorridas por filamentos de luz que pulsan con la misma cadencia que la piedra bajo sus pies. No hay esquinas rectas en ningún sitio. Los corredores se curvan con una organicidad que recuerda más a un cuerpo vivo que a una arquitectura, como si el lugar entero hubiera crecido en lugar de haber sido construido.

—Esto no es una ruina —dice Yiannis, deteniéndose frente a una superficie que, al acercarse, revela estructuras internas parecidas a circuitos, aunque ningún circuito que él conozca tiene esa fluidez—. Está funcionando. Algo aquí sigue activo.

Avanzan por un corredor que se ensancha gradualmente hasta desembocar en una cámara mucho más amplia, donde el pulso de luz se intensifica y donde, por primera vez, distinguen formas que no son parte de la arquitectura: dispositivos —no hay otra palabra que a Yiannis le venga a la mente, aunque sabe que la palabra es insuficiente— dispuestos en hileras ordenadas, algunos del tamaño de un hombre, otros mucho mayores, todos ellos emitiendo un calor suave sin ninguna llama ni fuente visible de combustión.

—Reactores —dice Yiannis, casi sin aliento—. O algo que cumple la misma función. Mire esto, capitán. —Señala una de las estructuras mayores, cuya superficie cambia de color en pulsos lentos, de un azul profundo a un dorado tenue—. Está generando energía. No sé cómo. No sé de qué tipo. Pero la está generando.

—¿Y para qué la usan? —pregunta Thanasis, que se ha mantenido cerca de Petros desde que entraron, con la cuerda todavía enrollada en el hombro como si necesitara conservar ese objeto familiar entre las manos para no perder del todo el sentido de la realidad.

Nadie responde, porque nadie tiene respuesta.

Es entonces cuando aparecen las primeras figuras.

No surgen de ninguna puerta visible ni de ningún corredor que los hombres hayan recorrido: están, sencillamente, ahí, en el extremo opuesto de la cámara, donde un momento antes solo había paredes pulsantes de luz. Tres figuras, de altura y proporciones similares a las humanas, envueltas en lo que a primera vista parece un traje completo, ajustado al cuerpo con una precisión que no admite costuras visibles, hecho de un material que cambia de textura con cada movimiento: en un instante parece metal pulido, en el siguiente, algo más parecido a las plumas superpuestas de un ave, y en el siguiente, una superficie escamosa que recuerda, de manera vaga e inquietante, a las descripciones más antiguas de criaturas que ningún naturalista ha confirmado jamás.

Petros se queda paralizado donde está. Su mente, entrenada durante cuarenta años en el catecismo de la Iglesia ortodoxa y en las historias que los pescadores viejos cuentan en las cantinas del Pireo sobre criaturas que habitan los rincones más oscuros del Egeo, busca de manera instintiva una categoría donde colocar lo que está viendo, y la única que encuentra, la única que su cultura le ha dado herramientas para nombrar, es una palabra antigua que no pronuncia en voz alta pero que le cruza la mente con la fuerza de una revelación: sirenas.

Thanasis, a su lado, traduce lo que ve de una manera distinta. Lo que las placas del traje le sugieren, en su apertura y cierre constante, no son alas ni

escamas sino plumas: el plumaje de un ave grande y desconocida, replegándose sobre sí misma con la elegancia precisa de algo que ha evolucionado durante milenios para moverse exactamente así. Piensa, sin poder evitarlo, en los iconos bizantinos que ha visto en las iglesias de Tesalónica, en las representaciones de seres celestiales con alas que cubren cuerpos que el ojo humano no debería contemplar directamente.

Kostas, en cambio, ve algo más cercano a una armadura: placas articuladas que se ajustan al cuerpo con una precisión militar, y en esa imagen su mente encuentra un terreno menos aterrador, más comprensible, el de un soldado de un ejército que no reconoce pero cuya función al menos puede imaginar. Se aferra a esa interpretación como quien se aferra a una baranda en una escalera oscura.

Nikos, con el reflejo casi automático de su generación, intenta encajar lo que ve en alguna referencia que ya conozca —una película, un videojuego, una ilustración de ciencia ficción que haya visto alguna vez en una pantalla— y no encuentra ninguna que sirva del todo, lo cual le produce una desorientación más profunda que el simple miedo: la certeza de que lo que tiene delante no es una variación de algo conocido, sino algo genuinamente nuevo.

Una de las tres figuras da un paso adelante.

—No se muevan —dice Dimitris, en voz baja, sin apartar la vista de las figuras —. Ninguno se mueva.

Las otras dos figuras permanecen en su sitio, con una quietud que no es la quietud de la amenaza sino algo más parecido a la observación cuidadosa, como quien estudia un fenómeno antes de decidir cómo reaccionar ante él.

—¿Qué hacemos? —susurra Thanasis.

—Nada —dice Dimitris—. Por ahora, nada.

El movimiento de la primera figura es fluido, casi líquido, sin la rigidez mecánica que Yiannis esperaría de cualquier traje tecnológico que él pudiera imaginar, y se detiene a una distancia que ningún hombre del Agamenón sabría calcular con precisión, pero que todos sienten, de manera instintiva, como la distancia exacta que un extraño respetuoso mantendría frente a otro extraño cuyas intenciones todavía no conoce.

Mientras la figura permanece quieta, Yiannis no puede contener su instinto de catalogar lo que tiene alrededor, y su mirada recorre el resto de la cámara con la avidez de quien sabe que quizá no vuelva a tener esta oportunidad. A ambos lados del espacio principal se abren cámaras más pequeñas, separadas del corredor por paredes que en algunos tramos son completamente transparentes y en otros completamente opacas, sin que Yiannis logre identificar qué determina el cambio. Dentro de una de ellas distingue superficies cubiertas de lo que parecen ser muestras: fragmentos de roca, viales con sustancias que cambian de color sin que nadie las manipule, instrumentos suspendidos en el aire sin ningún soporte visible que los sostenga. En otra, más al fondo, una serie de pantallas curvas muestran

imágenes que se siguen unas a otras demasiado rápido para que el ojo humano las procese del todo, fragmentos de paisajes, de cielos, de configuraciones estelares que a Dimitris, en una mirada fugaz, le recuerdan vagamente a los diagramas astronómicos que ha estudiado durante treinta años, aunque con diferencias que no tiene tiempo de precisar.

—Es un laboratorio —murmura, casi sin querer decirlo en voz alta—. O algo que cumple esa función. No vinieron a conquistar nada. Vinieron a estudiar.

Cerca de la entrada de esa cámara lateral, un dispositivo de forma ovalada se expande y contrae con un ritmo regular, casi exactamente cada cuatro segundos, en un movimiento que a Yiannis le resulta inquietantemente familiar antes de identificar por qué: es el mismo ritmo de una respiración humana en reposo. No tiene ninguna abertura visible, ningún mecanismo que explique ese movimiento, y sin embargo se expande y se contrae con la regularidad orgánica de un pulmón, como si la tecnología de quienes construyeron este lugar hubiera decidido, en algún punto de su desarrollo, que la mejor manera de construir máquinas era hacerlas parecerse a los cuerpos vivos que las usaban.

No hablan. Las figuras no emiten ningún sonido que los siete hombres puedan identificar como lenguaje. Pero hay algo en la manera en que la primera figura los observa —si esa palabra cabe para describir lo que ocurre detrás de la superficie de su traje, donde no hay ojos visibles ni ningún rasgo facial reconocible— que produce en cada uno de ellos, de manera simultánea y distinta, la sensación inequívoca de estar siendo leído.

Petros siente que algo en su interior, alguna capa de su historia que ni él mismo conocía del todo, está siendo examinada con un cuidado que no es invasivo sino, extrañamente, respetuoso, como un médico que palpa una herida antigua sin necesidad de que el paciente le explique cómo ocurrió. Kostas siente que su culpa por los años perdidos con su hijo es vista sin juicio, como un dato más entre muchos, ni absuelto ni condenado, simplemente registrado. Stavros siente, por primera vez en doce años, que su dolor no necesita ser explicado para ser comprendido, y esa sensación, paradójicamente, le produce más alivio que toda la compasión que ha recibido de sus compañeros de tripulación en una década entera.

Thanasis siente que la melodía de su madre, la misma que el canto usó como cebo horas antes, vuelve a sonar en su mente, pero esta vez sin la urgencia de la trampa: como si la figura, al leerlo, hubiera encontrado esa melodía entre sus recuerdos y se la devolviera intacta, sin pedir nada a cambio.

—Capitán —dice Yiannis, con la voz más baja que ha usado en toda la expedición—. Creo que no vinieron a atacarnos. Creo que están esperando algo de nosotros, y no tengo idea de qué es.

Dimitris no responde de inmediato. Da un paso hacia adelante, despacio, con las manos abiertas y visibles a los costados del cuerpo, en el único gesto universal que se le ocurre para comunicar lo que ninguna palabra suya podría comunicar todavía: que no han venido a hacer daño, que han llegado hasta

aquí después de treinta años de búsqueda, y que están dispuestos, finalmente, a escuchar lo que sea que estas figuras tengan que decirles.

—Capitán, no sabe si esa cosa entiende lo que significa ese gesto —dice Petros, con la voz todavía temblando.

—No lo sé —admite Dimitris, sin dejar de avanzar—. Pero es el único idioma que tengo disponible ahora mismo, y treinta años buscando esto me han enseñado que a veces hay que arriesgar el idioma que se tiene aunque no se sepa si el otro lo entiende.

La figura más cercana inclina ligeramente la cabeza, en un gesto que no pertenece a ningún protocolo humano de saludo pero que, de alguna manera que ninguno de los siete hombres podría explicar, todos reconocen como el inicio de algo.

CAPÍTULO 9

El idioma de los impulsos

Antemóesa, primera comunicación

La figura que dio el primer paso levanta una mano —si esa palabra basta para describir la extremidad cubierta por placas que cambian de textura según el ángulo de la luz— y de su palma se desprende un filamento de luz tan tenue que, durante el primer segundo, Yiannis cree que es un efecto óptico producido por el resto de la iluminación de la cámara. El filamento avanza hacia ellos sin prisa, casi con cortesía, y se detiene a un metro de Dimitris, suspendido en el aire, ondulando despacio como si esperara permiso.

—No se mueva, capitán —dice Yiannis, con el medidor todavía en la mano aunque sabe que no va a registrar nada útil.

—No pienso moverme —responde Dimitris, sin apartar la vista del filamento—. Pero tampoco voy a retroceder.

El filamento se acerca a la sien del capitán y se posa ahí con un contacto tan ligero que Dimitris, más tarde, tendrá dificultad para describir si llegó a sentirlo físicamente o si lo que sintió fue otra cosa, algo que ocurrió en un lugar de su cuerpo para el que el tacto convencional no tiene nombre. Por un instante fugaz, antes de que la sensación se transforme en algo más complejo, le recuerda la manera en que el sol de la madrugada toca la piel cuando todavía no ha salido del todo: no calor, exactamente, sino la promesa anticipada del calor, algo que el cuerpo registra antes de que el sol mismo aparezca en el horizonte.

Lo que sigue no es una voz.

Dimitris no escucha palabras, ni en griego ni en ningún idioma reconocible. Lo que recibe es algo más parecido a una certeza repentina, instalada de golpe en su mente con la misma naturalidad con que recuerda su propio nombre: la sensación, sin mediación de lenguaje alguno, de que las figuras frente a él no

tienen ninguna intención hostil, que han esperado mucho tiempo a que alguien llegara hasta aquí, y que ese alguien, finalmente, ha llegado.

—Es como el viento —dice, en voz alta, sin que nadie le haya preguntado nada—. Cuando uno lleva suficientes años en el mar, aprende a sentir que el viento va a cambiar antes de que ningún instrumento lo registre. No es magia. Es información que el cuerpo procesa antes que la mente. Esto es igual. Solo que mucho más claro.

Yiannis observa la escena con una mezcla de fascinación y envidia profesional que no se permite, todavía, examinar del todo. Se acerca con el cuaderno abierto, calculando mentalmente cómo podría documentar un fenómeno que no produce ninguna lectura en sus instrumentos pero que, evidentemente, está transmitiendo información compleja de un sistema a otro.

—Capitán, ¿puede describir lo que recibe con más precisión? Necesito entender el mecanismo.

—No hay mecanismo que describir con tus palabras, Yiannis. No es un mensaje con estructura de sujeto y predicado. Es más parecido a... —Dimitris busca la comparación correcta, sin apartar la vista del filamento que sigue conectado a su sien—. A cuando entras en una habitación y sabes, sin que nadie te lo diga, que la persona que está ahí está triste. No lo deduces. Lo sabes de manera directa, antes de que la razón tenga oportunidad de intervenir.

—Eso es exactamente lo que necesito entender. —Yiannis se acerca un paso más, sacando del bolsillo el cuaderno aunque sabe que no podrá escribir mientras dure el contacto—. ¿Puedo intentarlo yo también?

Antes de que el filamento lo alcance, intenta organizar mentalmente las categorías que querrá llenar después: tipo de señal, medio de transmisión, ancho de banda aparente, latencia, si es que esos términos llegan a tener algún sentido aplicados a lo que está a punto de experimentar. Es un acto reflejo, la manera en que ha procesado cada fenómeno desde que zarparon del Pireo, y se aferra a él con la misma terquedad con que Dimitris se aferra a la Odisea: no porque crea que el marco vaya a ser suficiente, sino porque es el único marco que tiene.

La segunda figura, que hasta ese momento se ha mantenido inmóvil, avanza hacia Yiannis con el mismo filamento de luz desprendiéndose de su palma. Yiannis, a pesar de la fascinación que siente, no puede evitar que su pulso se acelere cuando el filamento se acerca a su propia sien.

El contacto, para él, es radicalmente distinto al que describió Dimitris.

No recibe una certeza emocional sino algo que su entrenamiento técnico reconoce de inmediato, aunque no pueda explicarlo con ningún marco conceptual previo: estructuras, patrones, asociaciones que se organizan ante él como si alguien estuviera proyectando, directamente en su corteza cerebral, un diagrama tridimensional compuesto de relaciones en lugar de palabras. Ve, sin ver con los ojos, conceptos completos apareciendo y

conectándose entre sí: la idea de viaje, la idea de distancia, la idea de un tiempo que no transcurre de la manera lineal en que él lo ha entendido toda su vida.

—Es una interfaz neuronal —dice, con la voz entrecortada por el esfuerzo de seguir hablando mientras procesa lo que recibe—. No traduce palabras. Traduce... impulsos. Asociaciones conceptuales directas. Está leyendo mi estructura cognitiva y construyendo equivalencias con la suya en tiempo real.

—¿Puedes entender lo que te dicen? —pregunta Dimitris.

—Estoy empezando a entenderlo. Pero no como entiendo un idioma. Como entiendo una ecuación que de pronto resuelve sola, frente a mis ojos, sin que yo haya hecho ningún cálculo.

Lo que la interfaz les revela, a ambos, a lo largo de los minutos siguientes, no llega en una secuencia ordenada de hechos sino en oleadas superpuestas que cada uno de los dos hombres tendrá que reconstruir después, comparando notas, para entender la historia completa: las figuras no son diosas ni invasoras, sino exploradoras, científicas de una civilización que desarrolló la capacidad de moverse entre dimensiones del espacio-tiempo mucho antes de que los primeros barcos griegos aprendieran a navegar el Egeo. Vinieron como expedición de estudio, no de conquista. El experimento que las trajo hasta aquí, un salto dimensional diseñado para explorar configuraciones alternativas de la realidad, falló de una manera que ni siquiera ellas comprenden del todo: quedaron atrapadas en Antemóesa, un punto de anclaje donde el tejido del espacio-tiempo es tan delgado que el pasado, el presente y el futuro laten superpuestos, como capas de la misma agua vista desde ángulos distintos.

—Lleva tres mil años aquí —dice Dimitris, traduciendo en voz alta lo que recibe, con una expresión de incredulidad que no logra ocultar del todo—. Pero para ella, el tiempo no transcurrió de manera lineal. Dice que a veces pasaron minutos. A veces, siglos. Nunca de la manera en que nosotros medimos el tiempo.

—Eso explicaría las fluctuaciones de los relojes —murmura Yiannis, más para sí mismo que para los demás—. Si el anclaje afecta la estructura temporal local, cualquier instrumento que dependa de osciladores estables...

—¿Qué le pasó? —pregunta Petros, incapaz de contenerse—. ¿Por qué se quedó atrapada?

Dimitris transmite la pregunta sin palabras, con la misma facilidad con que la recibió, y la respuesta llega como una imagen completa más que como una explicación secuencial: una nave, si esa palabra alcanza para describir algo cuya forma cambia según el observador, intentando atravesar un punto donde la estructura del espacio-tiempo era más delgada que en cualquier otro lugar conocido por su civilización. El experimento estaba diseñado para abrir un paso instantáneo entre dos configuraciones distintas de la realidad. Algo en el cálculo, o en la naturaleza del punto mismo, falló de una manera que ni ellas, después de tres mil años de tratar de entenderlo, han logrado explicar

del todo: en lugar de atravesar, quedaron suspendidas, ancladas a este único punto del Egeo donde el tejido de la realidad nunca termina de cerrarse del todo a su alrededor.

—No es una prisión en el sentido en que nosotros entendemos una prisión —dice Dimitris—. Es más como quedar atrapado en la espuma de una ola justo en el momento en que rompe, sin poder caer hacia ningún lado. Han estado ahí, en ese instante exacto, durante lo que para nosotros son tres mil años.

—Yiannis. —La voz de Dimitris se vuelve más grave, no con impaciencia sino con la gravedad de quien necesita que el otro entienda algo más importante que la explicación técnica—. Los navegantes que las encontraron antes que nosotros no tenían ninguna palabra para esto. Vieron a mujeres con trajes que cambiaban de forma, escucharon cantos que no podían resistir, sintieron que algo las leía por dentro. No tenían manera de procesarlo salvo convirtiéndolo en lo único que su mundo les permitía: un mito.

Petros, que ha escuchado la traducción fragmentada de Dimitris sin del todo comprender el mecanismo técnico que la produce, se acerca con una pregunta que lleva formándose en su interior desde que entraron en la cámara.

—Capitán. Si esto es lo que de verdad ocurrió, entonces todo lo que aprendí en la iglesia, todo lo que me enseñaron sobre el más allá y los misterios que no se pueden explicar...

—No creo que esto destruya lo que aprendiste, Petros —dice Dimitris, sin apartar la atención del filamento de luz que sigue conectado a su sien—. Creo que lo confirma de una manera que ningún cura te habría podido anticipar. El mundo es más grande y más extraño de lo que cualquier catecismo se atrevió a describir. Eso no significa que el catecismo estuviera equivocado en lo esencial. Significa que la esencia siempre fue más amplia de lo que las palabras disponibles podían contener.

Petros asiente despacio, sin que el gesto disipe del todo la confusión en su cara, pero con algo nuevo asomando detrás de esa confusión: no miedo, sino una especie de asombro reverente, el mismo que sintió de niño la primera vez que entró en una catedral suficientemente grande para hacerlo sentir pequeño sin hacerlo sentir insignificante.

—Entonces lo que escuché en el canto —dice—, la voz de Elena... ¿también era esto? ¿Esta misma tecnología?

—Sí —dice Yiannis, todavía con el filamento conectado, procesando información que sigue llegando en oleadas—. Pero no creo que fuera solo manipulación. Creo que necesitaban saber, antes de mostrarse, si éramos capaces de sentir algo verdadero. Si todavía teníamos la capacidad de que algo nos importara lo suficiente como para casi morir por ello.

—¿Y si no hubiéramos resistido?

Ninguno de los dos tiene respuesta para eso.

Detrás de Petros, Thanasis escucha la explicación con una expresión que oscila entre el alivio y una tristeza nueva, distinta de la que sintió durante el canto.

—Entonces mi madre nunca estuvo aquí —dice, más para sí mismo que para nadie en particular—. Fue solo... información sacada de mi cabeza y devuelta como sonido.

—No exactamente —dice Dimitris, que ha estado escuchando—. La melodía que escuchaste era real, en el sentido de que existió, de que tu madre la tarareó de verdad alguna vez, y de que esa tecnología fue capaz de encontrarla dentro de ti y devolvértela con una fidelidad perfecta. Lo que no estuvo aquí fue tu madre. Pero la melodía sí, en algún sentido, te perteneció siempre.

Thanasis no parece del todo convencido por la distinción, pero la acepta, al menos por ahora, con el mismo gesto de cabeza con que acepta las decisiones del capitán cuando el mar se pone difícil y no hay tiempo para discutir matices.

Kostas, más atrás, no dice nada, pero su mirada se ha quedado fija en el punto vacío del aire donde, hace unas horas, escuchó la risa de su hijo, como si todavía esperara que algo, en ese mismo lugar, volviera a manifestarse.

El filamento de luz, en ese momento, comienza a retirarse de las sienes de Dimitris y Yiannis con la misma suavidad con que llegó, y las dos figuras retroceden un paso, en un gesto que ambos hombres interpretan, sin necesidad de palabras, como el cierre temporal de la primera conversación que la humanidad ha tenido jamás con algo que no es de este mundo, y que sin embargo lleva tres mil años siendo, sin que nadie lo supiera, parte de él.

CAPÍTULO 10

Lo que la brecha amenaza

Antemóesa, negociación entre mundos

La figura que se comunicó primero con Dimitris y Yiannis se separa del resto del grupo y avanza hacia ellos con un movimiento que, esta vez, no busca establecer contacto directo con el filamento de luz, sino algo distinto: las placas de su traje, a la altura de donde debería estar la boca si el traje tuviera una boca reconocible, comienzan a vibrar con una frecuencia que produce, después de unos segundos, sonidos que se parecen cada vez más al griego, como si estuviera aprendiendo el idioma en tiempo real a partir de lo que extrajo del contacto anterior. Alrededor de ella, los filamentos de luz que recorren las paredes de la cámara cambian su ritmo habitual, acelerándose hasta sincronizarse con el esfuerzo de la voz que está construyendo, como si toda la estructura participara, de alguna manera, del proceso de aprendizaje.

—Yo... hablo... ahora —dice, con una voz que tiene la cadencia extraña de quien pronuncia cada palabra por primera vez, sin la fluidez de quien ha hablado toda la vida—. Más fácil. Para todos.

Yiannis da un paso atrás, sorprendido, y luego otro adelante, con la curiosidad venciendo a la cautela.

—¿Puede aprender un idioma completo en minutos?

—No aprendo el idioma —dice la figura—. Aprendo de su mente la estructura. Después, la reproduzco con esto. —Señala su propia garganta, o el lugar donde debería estar—. Soy Keiran. En su idioma, no significa nada. En el mío, significa algo parecido a "la que escucha primero".

—Yiannis Papadimitriou. Y este es el capitán Dimitris Kavakis.

—Lo sé —dice Keiran—. Lo supe desde el primer contacto. Sé mucho de los dos ahora. Eso no es cómodo para ustedes. Lo entiendo. No hay manera de evitarlo si queremos hablar rápido.

—¿Por qué necesitan hablar rápido? —pregunta Dimitris, con la prudencia de quien ya ha aprendido, en los últimos días, que las preguntas simples a veces revelan las respuestas más complicadas.

Keiran no responde de inmediato. Se vuelve hacia el resto de la cámara, donde los dispositivos que respiran con su ritmo de cuatro segundos parecen, en ese momento, acelerarse ligeramente, y cuando vuelve a hablar, su voz ha perdido parte de la cadencia mecánica de los primeros intentos, como si la urgencia misma le hubiera enseñado a hablar con más naturalidad de la que el aprendizaje técnico le había dado.

—Hay una brecha —dice—. Un punto donde nuestra realidad y la suya no terminan de separarse del todo. Por eso estamos aquí. Por eso ustedes pudieron llegar. Por eso el tiempo, en esta isla, no se comporta como en el resto de su mundo.

—Lo sospechábamos —dice Yiannis—. Las fluctuaciones de los relojes, el GPS, la profundidad del fondo marino. Todo apuntaba a una distorsión local del espacio-tiempo.

—¿Cuánto tiempo lleva esta brecha en este estado? —pregunta Yiannis—. ¿Desde que ustedes llegaron, o existía antes?

—El punto de anclaje ya existía —dice Keiran—. Una fisura natural, diminuta, en la estructura del espacio-tiempo, de las que existen miles repartidas por el universo sin que nada las perturbe jamás. Nuestro experimento la encontró por accidente y, al fallar, la amplió hasta convertirla en lo que ven ahora. Durante tres mil años, esa amplificación se mantuvo estable porque nada externo volvió a perturbarla con la intensidad suficiente.

—Hasta que llegamos nosotros.

—Hasta que llegaron ustedes —confirma Keiran—. Esa distorsión se está volviendo inestable.

El suelo de la cámara vibra, en ese instante, con una intensidad que los siete hombres sienten en los dientes antes que en los oídos, un temblor seco y breve que hace que Petros, Thanasis y Kostas, que han permanecido cerca de la entrada observando la conversación sin del todo comprender los términos

técnicos que Yiannis y Keiran intercambian, intercambien una mirada de alarma.

—¿Qué fue eso? —pregunta Petros.

—El anclaje —dice Keiran—. Cada vez que algo nuevo entra en contacto con la brecha, ella reacciona. Sus instrumentos, sus motores, su propia presencia: todo eso introduce variaciones de energía que el anclaje no estaba diseñado para absorber. Lleva tres mil años estable porque nada lo había perturbado desde que quedamos atrapadas aquí. Ahora ustedes llegaron, con su barco, sus máquinas, su electricidad. Y la brecha empezó a temblar de nuevo.

—¿Nosotros la estamos rompiendo? —pregunta Dimitris, con una nota de horror que no logra disimular.

—No solo ustedes. Pero sí, en parte. —Keiran hace una pausa, como si calculara cuánta información pueden absorber en un solo intercambio—. Si la brecha se desgarra del todo, no será solo Antemóesa la que se fragmente. Será el tiempo mismo, en esta región del mar, el que deje de comportarse de manera ordenada. Pasado, presente y futuro, que ahora laten superpuestos solo aquí, en este punto exacto, podrían superponerse en otros lugares. En otras épocas. De maneras que ni nosotras, con toda nuestra tecnología, podemos predecir del todo.

Yiannis siente que el suelo de su propia comprensión, construido durante años de entrenamiento científico riguroso, se tambalea con la misma intensidad que el suelo físico de la cámara.

—¿Está diciendo que si esto sigue así, podría haber... rupturas? ¿En otros momentos de la historia?

—Rastros contradictorios en el pasado —dice Keiran, con la precisión de quien repite algo que ya ha calculado muchas veces—. Anomalías en el presente. Rupturas impredecibles en el futuro. No sabemos exactamente qué forma tomarían. Pero sabemos que ocurrirían.

—¿Puede ser más específica? —pregunta Yiannis, recuperando, en medio del vértigo, el instinto de quien necesita datos concretos para poder pensar con claridad—. Si la brecha se desgarra, ¿hablamos de un colapso instantáneo o de un proceso gradual?

—Gradual, al principio —dice Keiran—. El anclaje no se rompe de golpe. Se deshilacha, como una cuerda sometida a una tensión que excede su límite. Primero aparecen fluctuaciones locales, como las que ya han registrado sus instrumentos. Después, la inestabilidad se extiende. El radio de la distorsión temporal, que ahora se limita a esta isla, podría crecer. Cuánto, no lo sabemos con certeza. Podría ser un kilómetro. Podría ser todo el Egeo.

—¿Y cuánto tiempo tenemos antes de que eso empiece a ocurrir de manera irreversible?

Keiran no responde de inmediato, lo cual, para Yiannis, resulta más inquietante que cualquier cifra que pudiera haber dado.

—No lo sabemos con precisión. Las fluctuaciones de las últimas horas, las que produjo su barco al acercarse, ya superaron cualquier variación que el anclaje había experimentado en los últimos quinientos años. Si esa tendencia continúa, hablamos de días. Quizá menos.

A través de una abertura natural en la roca de la cámara, visible desde donde están parados, el mar se extiende hasta el horizonte, y en ese momento todos lo notan al mismo tiempo: ya no respira con la cadencia del viento ni del oleaje natural, sino con un ritmo irregular, entrecortado, como un pulso que se acelera bajo el esfuerzo.

—No es una prisión en el sentido en que nosotros entendemos una prisión —dice Keiran—. Es más como quedar atrapado en la espuma de una ola justo en el momento en que rompe, sin poder caer hacia ningún lado, y sentir esa ola repetirse una y otra vez sin que el tiempo, para quien la sufre, llegue jamás a transcurrir del todo.

—¿Y cómo lo evitan? —pregunta Dimitris—. ¿Cómo cierran la brecha?

—Tenemos un reactor diseñado exactamente para eso. Estabilizar el anclaje, sellarlo, y permitirnos regresar a nuestro plano de origen sin desgarrar nada en el proceso. —Keiran hace una pausa más larga esta vez—. El reactor está dañado. No por un golpe ni por un fallo de diseño, sino por el tiempo mismo: tres mil años de fluctuaciones acumuladas han desgastado componentes que nuestra tecnología no está hecha para reparar, porque nuestra tecnología es demasiado precisa, demasiado perfecta para absorber el tipo de imperfección que el desgaste introduce.

Yiannis frunce el ceño, intentando seguir la lógica de lo que Keiran describe.

—No entiendo. Si su tecnología es más avanzada que la nuestra, ¿por qué no puede repararse a sí misma?

—Porque está diseñada para funcionar dentro de tolerancias extremadamente exactas —dice Keiran—. Cuando el desgaste introduce variaciones que se salen de esas tolerancias, el sistema no puede compensarlas: las rechaza. Necesitamos algo que pueda absorber esa imperfección sin rechazarla. Algo construido, desde el principio, para tolerar el error.

Hay un silencio en la cámara mientras los siete hombres procesan la implicación que ninguno de ellos, todavía, termina de articular en voz alta.

—El Agamenón —dice Dimitris, finalmente.

Petros es el primero en reaccionar desde el grupo que ha permanecido más alejado de la conversación técnica.

—¿Desmontar el barco? —dice, con una voz que mezcla la incredulidad con algo más parecido al duelo anticipado—. Capitán, ese barco es lo único que tenemos. Sin él no hay manera de volver al Pireo.

—Lo sé, Petros.

—¿Y si lo desmontamos y después no podemos volver a armarlo? —pregunta Kostas, con una urgencia que delata el miedo concreto y práctico de un

hombre que piensa, sobre todo, en su hijo en Tesalónica—. ¿Qué pasa con nosotros entonces?

—Sus aleaciones son primitivas, comparadas con las nuestras —dice Keiran—. Sus combustibles son densos, ineficientes, llenos de impurezas que cualquier ingeniero de mi civilización habría descartado de inmediato. Pero esa imperfección molecular es exactamente lo que nuestro reactor necesita ahora: algo capaz de absorber fluctuaciones sin romperse, de la misma manera en que un material flexible resiste un golpe que destrozaría algo más rígido y más fino.

—¿Está pidiendo que desmontemos nuestro barco? —pregunta Yiannis, con una mezcla de incredulidad y de comprensión técnica que llegan al mismo tiempo.

—Estoy pidiendo que consideren la posibilidad —dice Keiran—. No puedo exigirles nada. No tenemos derecho a exigir nada, después de lo que el canto les hizo sentir, después del miedo que les causamos sin pretenderlo del todo. Pero sin esos materiales, no podemos cerrar la brecha. Y si no la cerramos, las consecuencias no las sufriremos solo nosotras.

Dimitris mira hacia la abertura en la roca, hacia el mar que respira con un ritmo cada vez más irregular, y siente, por primera vez desde que zarparon del Pireo, el peso completo de lo que treinta años de búsqueda lo han traído a decidir. No es solo su barco lo que está en juego, aunque eso ya sería suficiente para quitarle el sueño durante el resto de su vida. Es la posibilidad de que cinco familias —la suya incluida, aunque la suya ya no tenga a nadie más que a él mismo— se queden sin la única fuente de ingreso que conocen. Y, del otro lado de esa balanza, la posibilidad de que negarse signifique algo que ni él mismo es capaz de medir del todo: rupturas en el tejido del tiempo que podrían alcanzar a generaciones que todavía no han nacido.

—Si decimos que no —dice, dirigiéndose a Keiran, aunque la pregunta está pensada para sí mismo tanto como para ella—, ¿qué les pasa a ustedes?

—Permanecemos atrapadas. Tal vez para siempre. Tal vez hasta que la brecha se desgarre por su propio peso, sin que nadie pueda evitarlo.

—¿Y si decimos que sí?

—Perderán su barco. Pero les ofrecemos, a cambio, lo único que tenemos para dar: conocimiento que ningún otro ser humano ha tenido jamás la oportunidad de recibir. Conocimiento que cambiaría, de manera irreversible, todo lo que su especie cree saber sobre su lugar en el universo.

Dimitris mira hacia sus hombres: Petros, Thanasis, Kostas, Nikos, todos con la misma expresión de quien empieza a comprender que el precio de las respuestas que vinieron a buscar puede ser mucho más alto de lo que ninguno de ellos imaginó al zarpar del Pireo hace apenas tres días.

—Necesito hablar con mi tripulación —dice—. A solas.

—Por supuesto —dice Keiran, y ella y las otras dos figuras retroceden hacia el fondo de la cámara, dejando a los siete hombres del Agamenón frente a una

decisión que ninguno de ellos esperaba tener que tomar cuando subieron a bordo pensando, simplemente, en una salida de pesca con instrumentos de medición.

CAPÍTULO 11

Lo que los pobres tienen para dar

Antemóesa y el Agamenón, desmontaje

La decisión, cuando finalmente llega, no se toma con un discurso ni con una votación formal, sino con la economía de palabras que define a los hombres que llevan toda la vida tomando decisiones difíciles sin el lujo de discutirlas demasiado.

—Yo digo que sí —dice Petros, el primero en hablar después del silencio que siguió a la partida de Keiran—. Si esa gente lleva tres mil años atrapada y nosotros podemos ayudarlas a volver a su casa, no veo cómo podríamos negarnos y seguir llamándonos hombres decentes.

—Es fácil decir eso cuando el barco no es tuyo —dice Kostas, sin acritud, solo con la honestidad práctica de quien tiene un hijo al que mantener—. Capitán, si perdemos el Agamenón, ¿cómo vamos a trabajar el resto del año?

—No lo sé —dice Dimitris—. Pero si no ayudamos a cerrar esa brecha, puede que no haya un resto del año que valga la pena trabajar, ni para nosotros ni para nadie.

Thanasis, que ha permanecido callado desde que bajaron de la cámara, levanta la vista hacia el capitán.

—¿Usted ya decidió, verdad? Antes de preguntarnos.

—Treinta años decidiendo, Thanasis. No iba a dejar de hacerlo justo ahora. —Dimitris hace una pausa—. Pero necesitaba que ustedes lo decidieran también, porque el barco no es solo mío. Es de todos los que han puesto las manos en él.

Nikos, que ha estado en silencio grabando mentalmente cada palabra de la conversación porque su teléfono, como todo lo demás, ha dejado de funcionar de manera confiable, asiente con la decisión ya tomada en algún lugar de su rostro joven.

—Yo digo que sí también. No sé qué clase de historia voy a poder contar después de esto, pero prefiero tener una historia que contar a tener un barco intacto sin nadie a quien explicarle nada.

Stavros, el último en hablar, lo hace con la simplicidad que lo caracteriza.

—El barco se puede reemplazar. Lo que vi en esa cuna —se detiene, corrigiéndose, porque la palabra cuna no es la correcta y sin embargo es la única que le sale—, lo que escuché en esa playa, eso no se puede deshacer aunque queramos. Si hay manera de ayudar a que algo bueno salga de todo esto, prefiero intentarlo.

Dimitris mira a sus seis hombres, uno por uno, y encuentra en cada uno de ellos la misma mezcla de miedo y resolución que él mismo siente.

—Entonces está decidido —dice—. Bajamos al barco. Empezamos con lo que se pueda desmontar a mano.

El descenso hacia la playa es más rápido que el ascenso, no porque el camino sea más fácil sino porque la urgencia ahora tiene un destino claro al que dirigirse. Cuando llegan al Agamenón, Yiannis ya ha vuelto a la cámara de las viajeras con dos de las figuras —no Keiran, que se ha quedado coordinando algo que ninguno de los marineros logra entender del todo, sino otras dos cuyos nombres todavía no conocen— para empezar a catalogar exactamente qué piezas del barco van a necesitar y en qué orden.

Mientras los demás bajan a la playa, Yiannis permanece en la cámara central, frente al reactor dañado, intentando comprender un sistema cuya lógica interna se le escapa constantemente y que, sin embargo, se le revela en fragmentos cada vez más comprensibles a medida que las dos figuras, sin nombre conocido todavía para él, le muestran diagramas que aparecen suspendidos en el aire, formados por luz pura, sin ninguna superficie física que los sostenga.

—¿Esto es la estructura completa del anclaje? —pregunta, señalando un patrón de líneas que se entrelazan en una topología que su entrenamiento en geometría euclidiana no logra procesar del todo.

Una de las figuras inclina la cabeza, en el mismo gesto que ya ha aprendido a interpretar como afirmación, y el diagrama se reorganiza, mostrando ahora una sección que antes estaba oculta: el punto exacto donde el motor del Agamenón deberá conectarse, una vez desmontado, para empezar a absorber las fluctuaciones que el reactor original ya no puede tolerar.

Yiannis siente, en ese momento, algo que no esperaba sentir en medio de la urgencia y el miedo de los últimos días: una alegría profesional pura, casi infantil, la misma que sintió la primera vez que entendió una ecuación que durante semanas le había resultado opaca. Está aprendiendo el idioma de un universo completamente distinto al suyo, y a pesar de todo lo que está en juego, no puede evitar que una parte de él disfrute del proceso con la intensidad de quien finalmente encuentra el problema para el que toda su formación lo había preparado sin que él lo supiera.

—Necesito anotar esto —dice, sacando el cuaderno, aunque sabe que ningún diagrama de luz suspendida en el aire va a poder transcribirse del todo a papel y tinta—. Necesito entender cada paso antes de que lleguen las piezas.

Las dos figuras esperan, con una paciencia que Yiannis empieza a reconocer como una característica constante de su comportamiento, mientras él dibuja aproximaciones torpes de lo que ve, consciente de que el dibujo nunca capturará la totalidad de lo que está observando, pero decidido a conservar, de la manera que puede, algo de este conocimiento para sí mismo y para quien venga después de él.

Los cinco marineros restantes se quedan en la playa, frente al casco verde oscuro que ha sido su sustento, su hogar temporal, su responsabilidad compartida durante años de navegación conjunta, y comienzan el trabajo más extraño que cualquiera de ellos ha hecho jamás: desmontar, pieza por pieza, el barco que los ha mantenido vivos.

Empiezan por lo más accesible. Kostas y Thanasis desconectan los cables del sistema eléctrico con la misma meticulosidad con que los instalaron, hace apenas dos años, durante la última gran reparación del Agamenón, cuando el motor original empezó a fallar y Dimitris tuvo que pedir un préstamo que todavía está pagando. Cada cable que sueltan es, además de un componente técnico, un recuerdo concreto: este lo instalaron juntos un domingo lluvioso, aquel otro lo reemplazaron después de que una tormenta lo dañara cerca de Mykonos.

—¿Te acuerdas de cuando instalamos este? —pregunta Thanasis, sosteniendo un tramo de cable que conecta el panel principal con las luces de navegación.

—Me acuerdo de que llovió todo el día y terminamos empapados —dice Kostas—. Y de que después fuimos a la taberna de Yorgos y nos comimos medio pulpo cada uno porque nos lo habíamos ganado.

—¿Crees que volveremos a esa taberna?

—No lo sé. Pero si volvemos, nos lo habremos ganado todavía más que aquella vez.

Nikos trabaja en los depósitos de combustible, drenándolos con cuidado en contenedores que las viajeras les han proporcionado, unos recipientes de un material que cambia de transparencia según la luz, similar al de las paredes de su construcción, y que Nikos manipula con la fascinación incómoda de quien sostiene tecnología que no comprende pero que de alguna manera ya confía.

Stavros, en la cocina, desmonta su propio territorio con una dedicación particular: las planchas, los quemadores, los utensilios que ha usado durante años para alimentar a la misma tripulación que ahora lo ayuda a desarmar el espacio que, durante doce años, fue lo más parecido a un hogar que tuvo después de perder a su familia. No dice nada mientras trabaja. Pero en algún momento, cuando cree que nadie lo observa, pasa la mano por la superficie de la plancha principal con un gesto que no es exactamente de despedida, sino de gratitud, como quien agradece a un objeto inanimado por haberle dado, durante todo ese tiempo, una razón diaria para levantarse.

Dimitris y Petros trabajan juntos en el compartimento del motor, que es el territorio más íntimo de Petros, el lugar donde ha pasado más horas que en cualquier otro sitio del barco durante los últimos veinte años. Desconectan los sistemas auxiliares primero, las bombas, los filtros, los componentes secundarios que pueden retirarse sin detener por completo el funcionamiento del motor principal, en una secuencia que Petros ha calculado mentalmente sin necesidad de consultarlo con nadie, porque conoce ese motor con la misma intimidad con que conoce su propio cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta Dimitris, en un momento de pausa, observando la concentración casi religiosa con que Petros maneja cada herramienta.

—No —dice Petros, con la misma honestidad directa que ha caracterizado todas sus respuestas desde que llegaron a esta isla—. Pero estar bien no es lo que importa ahora.

Llega el momento del motor principal.

Es la pieza más grande, la más pesada, la que ha mantenido al Agamenón navegando durante veintidós años a través de reparaciones sucesivas que lo han convertido, según las propias palabras de Petros, en "más una conversación entre mecánicos que un motor". Las viajeras han enviado, a través de Yiannis, instrucciones precisas sobre cómo desconectarlo sin dañar los componentes que necesitan, y Petros las sigue con la disciplina de quien ha hecho innumerables reparaciones de motor en su vida, aunque ninguna con el peso emocional de esta.

Cuando el motor finalmente queda libre de sus anclajes, suspendido apenas por las últimas conexiones que faltan por soltar, Petros se detiene.

Coloca la palma de la mano sobre la carcasa de hierro, todavía tibia por el calor residual de las últimas horas de funcionamiento, con la misma delicadeza con que un hombre acaricia el costado de un animal al que ha cuidado durante años y al que está a punto de entregar a otra persona, sabiendo que probablemente nunca volverá a verlo.

No dice nada.

Dimitris, a su lado, tampoco dice nada. Reconoce ese silencio porque lo ha vivido él mismo, de maneras distintas, en otros momentos de su vida: el silencio específico de los hombres pobres que han aprendido, a través de años de necesidad, a no preguntar en voz alta cuánto cuesta lo que resulta necesario, porque hacer esa pregunta en voz alta no cambiaría la respuesta y solo añadiría más peso a una carga que ya es suficientemente pesada.

Petros mantiene la mano sobre el motor durante un momento más, los ojos cerrados, y luego, sin ceremonia, sin lágrimas visibles, suelta la última conexión.

El motor queda completamente libre.

—Vamos a necesitar la grúa improvisada para subirlo hasta la cámara —dice, con la voz perfectamente controlada, como si el momento anterior no hubiera ocurrido—. Thanasis, trae las cuerdas.

Thanasis obedece sin hacer ningún comentario sobre lo que acaba de observar, porque entre marineros que llevan años trabajando juntos hay cosas que se respetan precisamente no nombrándolas.

Cuando finalmente logran subir el motor hasta la entrada de la cámara, con la ayuda de dos de las figuras de Antemóesa que aparecen para asistir en el transporte con una fuerza que ningún traje debería poder ocultar tan bien, Yiannis los recibe con una mezcla de alivio técnico y algo más difícil de nombrar.

—Esto es exactamente lo que necesitaban —dice, examinando el motor con la misma fascinación con que ha examinado cada fenómeno de los últimos días —. La impureza en el combustible, las tolerancias amplias del diseño, hasta el óxido en algunas de las piezas: todo eso es exactamente la imperfección que su reactor necesita absorber.

—Me alegra que el óxido sirva para algo, después de todos los años que pasé maldiciéndolo —dice Petros, con un humor seco que es lo más parecido a una broma que ha hecho desde que llegaron a la isla.

Dimitris lo mira con algo parecido al orgullo silencioso de un capitán que ve a su tripulación encontrar, incluso en el momento de mayor pérdida, la dignidad suficiente para seguir siendo quienes siempre han sido, y piensa, sin decirlo en voz alta, que treinta años buscando esta isla nunca le mostraron, en ninguna de sus lecturas ni en ninguna de sus noches de insomnio, lo que finalmente está aprendiendo aquí: que la grandeza de un descubrimiento no se mide solo por lo extraordinario que resulta encontrarlo, sino por la manera en que las personas comunes responden cuando ese descubrimiento les exige todo lo que tienen.

CAPÍTULO 12

Lo que Odiseo escuchó

Antemóesa, la experiencia del Continuum

Las piezas del Agamenón llegan a la cámara central durante toda la tarde, transportadas a hombros y con la ayuda de las figuras de Antemóesa, y se ensamblan en el reactor dañado con una rapidez que sorprende incluso a Yiannis, que ha pasado las últimas horas tratando de entender la lógica de un sistema que, según le confiesa Keiran cuando regresa para supervisar el proceso, ningún miembro de su expedición había anticipado tener que reparar con materiales tan primitivos.

—Está funcionando —dice Keiran, observando cómo el motor del Agamenón, ya integrado a la estructura del reactor mediante conexiones que ninguno de los marineros del barco logra comprender del todo, comienza a absorber las fluctuaciones que antes hacían temblar el suelo de la cámara—. La imperfección del metal está haciendo exactamente lo que esperábamos. El anclaje se está estabilizando.

—¿Cuánto tiempo necesita para sellarse completamente? —pregunta Yiannis.

—Horas, no días. Pero hay algo más que debemos pedirles, antes de que el sellado sea definitivo.

Dimitris, que ha estado observando el proceso desde un costado de la cámara con la misma atención silenciosa que ha mantenido durante toda la expedición, se acerca al escuchar esas palabras.

—¿Qué más necesitan?

Keiran se vuelve hacia él, y por primera vez desde que comenzó la comunicación entre ambos grupos, su postura tiene algo que Dimitris reconoce, sin poder explicar cómo, como vacilación.

—No es algo que necesitemos de su barco. Es algo que le ofrecemos a usted, específicamente, antes de irnos. Una oportunidad que solo se presenta una vez cada varios milenios, y que solo puede ofrecerse a alguien cuya mente ya ha demostrado la disposición de sostener lo insostenible sin romperse.

—¿Qué tipo de oportunidad?

—Sintonizarse con el Continuum. Ver, durante un breve periodo, lo que nosotras vemos siempre: el tiempo no como una línea, sino como lo que realmente es.

—Capitán, no sabemos qué efectos puede tener eso —interviene Yiannis, con una preocupación que no intenta disimular—. No tenemos ningún marco de referencia para evaluar el riesgo.

—Lo sé —dice Dimitris, sin apartar la vista de Keiran—. Pero llevo treinta años buscando exactamente esto, aunque no sabía que esto era lo que estaba buscando hasta este momento.

—¿Y si no puede regresar? —pregunta Petros, que se ha acercado junto con el resto de la tripulación, atraído por la gravedad de la conversación.

—Regresará —dice Keiran—. Su cuerpo permanece aquí, en este tiempo, en este lugar. Lo que se amplía es su percepción, no su existencia física. Pero no puedo prometerle que la experiencia sea fácil de sostener. Algunos de los nuestros, antes de desarrollar la tecnología necesaria para hacerlo de manera segura, perdieron la capacidad de distinguir entre las épocas después de mirar el Continuum sin la preparación adecuada.

—¿Y yo la tengo, esa preparación? —pregunta Dimitris.

—No la preparación técnica. Pero sí algo que resulta igual de importante: treinta años de práctica deliberada en sostener la idea de que el tiempo no se comporta siempre de la manera en que su cultura asume que se comporta. Eso es, en cierto sentido, el primer paso hacia lo que está a punto de experimentar.

Dimitris mira a su tripulación. Petros tiene la cara tensa de quien está a punto de objetar y se contiene. Thanasis y Kostas intercambian una mirada que no necesita palabras. Nikos observa con la fascinación de quien sabe que está a punto de presenciar algo que nadie le va a creer cuando intente contarlo. Stavros, en silencio como siempre, simplemente asiente, como si confiara en la decisión de su capitán sin necesidad de entender del todo lo que implica.

—Voy a hacerlo —dice Dimitris.

Lo sientan en el centro de la cámara, sobre la misma estructura circular donde, días antes, Yiannis y él descubrieron el mapa de constelaciones imposibles. Keiran coloca ambas manos —si esa palabra alcanza para describir las extremidades cubiertas de placas cambiantes— a los lados de la cabeza de Dimitris, y un filamento de luz, más intenso que el que usaron para

la primera comunicación, se extiende desde sus palmas hasta las sienes del capitán.

—Cierre los ojos —dice Keiran—. O no los cierre. No va a hacer ninguna diferencia en lo que está a punto de ver.

Dimitris cierra los ojos.

Lo primero que experimenta no es una visión sino una sensación de vértigo que no tiene ningún componente físico: el vértigo de alguien que, durante toda su vida, ha entendido el tiempo como una sucesión —antes, ahora, después— y que de pronto siente esa estructura disolverse, no de manera violenta sino con la suavidad de una cortina que se descorre para revelar una habitación mucho más grande de la que él imaginaba. Durante un instante que no tiene duración medible, porque la duración misma es uno de los conceptos que está dejando de aplicarse, Dimitris siente que su propia identidad se adelgaza, no porque la pierda sino porque empieza a comprender, de manera visceral, que el "yo" que ha sido durante setenta y un años es solo una nota dentro de una composición mucho más vasta, y que esa composición no tiene principio ni final en el sentido en que él siempre asumió que las cosas debían tenerlos.

El universo se le presenta no como una historia con principio y final, sino como una totalidad vibratoria donde cada época existe simultáneamente, cada una en su propia frecuencia, como notas distintas de un mismo acorde sostenido. Ve el nacimiento de una estrella y, en el mismo instante imposible, su muerte, el colapso y la explosión coexistiendo en un único relámpago que no necesita orden cronológico para tener sentido.

Ve a los Argonautas.

No los lee, no los imagina a partir de los textos que ha estudiado durante treinta años: los ve, surcando un Egeo más joven y más salvaje que el que él conoce, con las velas de cuero tensadas y los remeros cantando para mantener el ritmo, mientras en otro pliegue de la misma realidad, indistinguible y simultáneo, naves de geometría imposible atraviesan corredores que perforan el espacio entre puntos que no debería ser posible conectar de manera directa.

Y entonces lo ve a él.

Odiseo no es, en esta visión, el personaje de un poema que Dimitris ha leído cientos de veces hasta memorizar sus márgenes. Es un hombre real, de cuarenta años, con la piel curtida por la sal y el miedo dibujado en cada línea de su cara, atado al mástil de su nave con cuerdas que le cortan las muñecas hasta sangrar, mientras sus marineros, con los oídos sellados con cera, reman con la mirada fija al frente, ignorando el canto que Odiseo escucha con la claridad insoportable de quien ha elegido, voluntariamente, no protegerse de lo que sea que está a punto de sentir.

Dimitris reconoce ese canto. Es el mismo que él mismo escuchó hace apenas unos días, la misma frecuencia, la misma promesa. Y reconoce, también, algo

que ningún texto había podido transmitirle hasta ahora: el sonido específico de las cuerdas tensándose contra la madera del mástil, el olor de la sal mezclado con el sudor del miedo, la manera exacta en que la luz de aquella tarde antigua cae sobre el rostro de un hombre que ha decidido escuchar lo que nadie más se atreve a escuchar, no por valentía sino porque algo en él necesita saber, aunque ese saber lo destruya, qué es exactamente lo que está ahí cantando.

Odiseo grita algo que Dimitris no necesita escuchar para entender, porque lo entiende directamente, sin mediación de lenguaje: el mismo grito que cualquier hombre profiere cuando algo le ofrece, con total sinceridad, todo lo que ha perdido a cambio de que deje de resistirse. Dimitris reconoce ese grito porque es, en esencia, el mismo grito silencioso que él mismo ahogó hace días, en la proa del Agamenón, cuando la frecuencia le ofreció el mar como compensación por treinta años de soledad. La distancia entre Odiseo y él, entre el hombre real de hace tres mil años y el capitán griego del presente, se reduce hasta desaparecer del todo: son, en este instante extendido del Continuum, la misma figura repetida en frecuencias distintas del mismo acorde.

Y luego, en el mismo instante, sin transición, ve al Agamenón.

Viejo, oxidado, con el casco pintado de verde sobre capas de colores anteriores, flotando en esta misma región del mar, en lo que su mente todavía insiste en llamar "tres mil años después", aunque dentro de esta visión esa expresión ha perdido todo significado: el después no existe como categoría separada del antes, todo ocurre en el mismo instante extendido, todo es simultáneamente presente.

Se ve a sí mismo, de pie en la proa, con la Odisea sobre las rodillas, mirando un horizonte que contiene, sin que él lo supiera entonces, la respuesta a treinta años de espera, y comprende, con una claridad que ninguna lectura previa le había dado, que ese hombre de la proa y el hombre que ahora flota dentro del Continuum no son dos versiones separadas en el tiempo de la misma persona, sino la misma nota sostenida, escuchándose a sí misma desde dos puntos distintos de un acorde que siempre estuvo completo.

Afuera, en el tiempo lineal que sus marineros todavía habitan, Dimitris permanece completamente inmóvil.

—¿Cuánto lleva así? —pregunta Kostas, en voz baja, como si hablar más alto pudiera interrumpir algo frágil.

—Treinta y dos minutos —dice Yiannis, consultando el único reloj que, por alguna razón, ha mantenido una lectura estable desde que entraron en la cámara—. No ha parpadeado ni una vez.

—¿Es normal eso? —pregunta Thanasis, dirigiéndose a Keiran.

—Para nosotras, sí. Para un humano, no lo sabemos. Nunca habíamos ofrecido esto a alguien de su especie.

—¿Y si no despierta? —pregunta Petros, con una urgencia que no logra contener del todo, mirando alternativamente el rostro inmóvil de su capitán y la luz cambiante de la cámara, como si esperara que alguna de las dos cosas le diera una señal que pudiera entender.

—Despertará —dice Keiran, aunque algo en su voz, una vacilación mínima que ninguno de los marineros sabría identificar con precisión, sugiere que su certeza no es absoluta.

La luz de la cámara cambia mientras Dimitris permanece en su trance, oscilando entre tonalidades que ninguno de los presentes ha visto antes, como si la estructura misma del lugar estuviera ajustando su temperatura para acomodar lo que está ocurriendo en la mente del hombre inmóvil en el centro de la sala.

Nikos, sin poder contenerse, intenta tomar una fotografía con el teléfono, sabiendo de antemano que probablemente no funcionará. La pantalla muestra, esta vez, algo que ninguno de ellos esperaba: una imagen perfectamente nítida, salvo que en ella aparecen dos Dimitris superpuestos, uno con los ojos cerrados como en este momento, otro con los ojos completamente abiertos y la mirada fija en un punto que no corresponde a ningún ángulo posible dentro de la cámara.

—Mostradle eso después —dice Yiannis, con la voz quebrada por algo que no es exactamente miedo—. Si vuelve.

Dentro de la visión, Dimitris empieza a sentir que el peso de ver todo simultáneamente, sin la protección de la secuencia, comienza a resultar insoportable, no por dolor sino por la magnitud abrumadora de comprender, de una sola vez, todo lo que su especie ha llamado historia: las guerras y los nacimientos, los imperios que se levantan en el mismo instante en que ya están cayendo, los millones de hombres que han mirado este mismo mar a lo largo de tres mil años sintiendo, cada uno de ellos, que su propio momento era el único momento que importaba, sin saber que todos esos momentos vibraban juntos, superpuestos, en la misma frecuencia eterna que él está presenciando ahora.

Y entonces, justo antes de que esa magnitud termine de desbordarlo, siente una mano —la suya, la de Petros, la de alguien— sujetándolo desde algún punto que pertenece, inequívocamente, a la línea de tiempo que él conoce, un ancla concreta y física en medio de la inmensidad que amenaza con disolverlo del todo.

Abre los ojos.

CAPÍTULO 13

El ruido de fondo del infinito

Antemóesa, regreso de Dimitris

Cuando Dimitris abre los ojos, lo primero que ve no es la cámara ni los rostros preocupados de su tripulación, sino una persistencia visual que tarda varios

segundos en disolverse: como si el mundo concreto que tiene delante fuera, por un momento, solo una de las muchas capas superpuestas que acaba de presenciar, y necesitara recordar, de manera deliberada, cuál de esas capas es la que debe habitar ahora.

—¿Capitán?

La voz de Yiannis llega con un retraso extraño, no porque el sonido se demore sino porque Dimitris necesita un instante para reconocer que las palabras pertenecen a un idioma específico, articulado, lineal, después de cuarenta minutos en los que el significado le llegaba sin necesidad de palabras en absoluto.

—Estoy aquí —dice, con una voz que le suena, incluso a él mismo, más lenta de lo habitual.

Petros se acerca primero, arrodillándose junto a él con la misma urgencia con que se arrodilló junto a Stavros en la playa, días atrás, después del canto.

—¿Está bien?

Dimitris tarda en responder, no porque no sepa la respuesta sino porque la pregunta misma, formulada en los términos binarios habituales —bien o mal —, ya no le resulta del todo aplicable a lo que siente. Hay algo en su percepción del tiempo transcurrido que ya no encaja del todo con la lógica que ha gobernado toda su vida anterior: sabe, de manera abstracta, que han pasado cuarenta minutos desde que cerró los ojos, pero esa cifra le resulta tan arbitraria como cualquier otra que pudieran haberle dado, porque dentro de la experiencia que acaba de tener, los minutos, las horas y los siglos dejaron de ser unidades comparables entre sí.

—No sé si "bien" es la palabra correcta —dice finalmente—. Pero estoy aquí. Y sé exactamente dónde está aquí.

Yiannis, que ha pasado los cuarenta minutos anteriores con el medidor biométrico improvisado conectado al pulso de Dimitris, consulta sus propias anotaciones con la mezcla de alivio y desconcierto profesional que ha caracterizado toda su relación con los fenómenos de esta isla.

—Su frecuencia cardíaca se mantuvo estable durante todo el proceso. Eso no concuerda con lo que esperaría de alguien que experimenta algo tan intenso como lo que usted describió antes de cerrar los ojos. —Revisa el cuaderno, donde ha registrado lecturas cada noventa segundos durante todo el trance —. Tampoco hubo variación significativa en la respiración, ni en la temperatura corporal periférica. Si no fuera por la inmovilidad y la ausencia de parpadeo, cualquier instrumento médico convencional habría registrado esto como un sueño profundo y sin incidentes.

—¿Y qué esperaba?

—Picos. Variaciones. Algún signo físico de la carga que, según lo que pude observar en su rostro, estaba procesando.

—Quizá el cuerpo entiende mejor que la mente que no hay nada que temer en ver las cosas como realmente son —dice Dimitris, incorporándose despacio, ayudado por Petros.

Lo que más le sorprende a Yiannis, mientras ayuda a estabilizar al capitán, no es ningún dato biométrico sino algo mucho más difícil de medir: la expresión en el rostro de Dimitris, que ha cambiado de una manera que ningún instrumento podría cuantificar pero que resulta innegable para cualquiera que lo haya conocido antes de esa tarde.

Petros es el primero en nombrarlo en voz alta.

—Capitán, tiene la cara de mi padre.

Dimitris lo mira, sin entender del todo.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre murió hace quince años. El día antes de morir, tenía exactamente esa expresión que tiene usted ahora. —Petros hace una pausa, buscando las palabras correctas, y por un momento su voz adquiere una textura que ninguno de sus compañeros de tripulación le ha escuchado nunca, ni siquiera durante el canto, cuando creyó escuchar a su esposa muerta—. Yo estaba sentado con él esa tarde, en su cama, sin saber que sería la última. Hablamos de cosas sin importancia: del clima, de un partido de fútbol que ninguno de los dos había visto en realidad. Y en algún momento, en medio de esa conversación trivial, lo vi quedarse callado, mirando hacia la ventana, con esa misma expresión. No era miedo. Yo pensé que era miedo, en su momento, porque sabía que se estaba muriendo y pensé que cualquier hombre tendría miedo en ese momento. Pero ahora, viéndolo a usted, entiendo que no era eso. Era la cara de alguien que acaba de terminar de entender algo. Algo grande. Algo que ya no necesita explicarse a sí mismo porque finalmente lo comprendió del todo.

El silencio que sigue tiene un peso distinto al de los silencios anteriores de esta expedición. No es el silencio del miedo ni el de la incertidumbre técnica, sino algo más cercano a la reverencia, el tipo de silencio que los hombres reservan, sin necesidad de acordarlo entre ellos, para los momentos que sienten que merecen ser respetados sin comentario inmediato, el mismo silencio que se guarda en los funerales cuando alguien dice, finalmente, la verdad sobre el muerto en lugar de los lugares comunes que se esperan.

—¿Qué vio, capitán? —pregunta finalmente Nikos, incapaz de contener la curiosidad por más tiempo, con el teléfono ya guardado, consciente de que esta es una de esas pocas ocasiones en la vida donde ningún registro externo podrá sustituir la atención completa de estar presente.

Dimitris se sienta en el borde de la estructura circular, todavía recuperando el control completo de su cuerpo, y considera la pregunta con la misma seriedad con que consideraría cualquier decisión de navegación importante.

—Vi que la existencia no está rota, aunque nosotros la sintamos en fragmentos —dice, despacio, eligiendo cada palabra con el cuidado de quien

sabe que el lenguaje disponible es insuficiente para lo que intenta describir, pero que el intento, aun siendo insuficiente, vale la pena—. Vi que la pérdida no es una ausencia. Es un cambio de frecuencia. Los que se han ido no se perdieron en la nada. Están en otra parte del mismo acorde, vibrando en un registro que nosotros, atrapados en nuestra propia frecuencia, no podemos escuchar todavía.

Thanasis, que ha permanecido callado, siente que algo en su pecho se afloja levemente, sin que pueda explicar exactamente por qué.

—¿Eso significa que mi madre...?

—No significa que vuelva, Thanasis. No significa que puedas hablar con ella de la manera en que hablabas antes. —Dimitris busca su mirada—. Pero significa que lo que escuchaste en el canto, esa melodía, no era una mentira completa. Era un eco real de algo que sigue existiendo, en otra frecuencia, en otro pliegue del mismo tejido.

—No entiendo bien qué quiere decir con frecuencia, capitán —dice Kostas, que ha escuchado todo el intercambio con la concentración de quien necesita traducir conceptos imposibles a algo que pueda llevarse de vuelta a su vida ordinaria—. ¿Como en la radio?

—Algo parecido, aunque mucho más extraño. —Dimitris busca la manera de explicarlo sin perder del todo la precisión de lo que vio—. Imagina una cuerda de guitarra. Cuando la tocas, vibra, y esa vibración produce una nota. Pero la cuerda no deja de existir entre una nota y la siguiente: sigue ahí, capaz de vibrar de maneras distintas, en frecuencias distintas, cada una produciendo un sonido diferente aunque la cuerda sea siempre la misma. El tiempo es así. No es una línea que avanza de un punto a otro y deja atrás lo que ya pasó. Es una cuerda que vibra, y en cada una de sus posibles vibraciones coexisten todas las épocas a la vez, todas las personas que alguna vez tocaron esa cuerda con su propia existencia.

—¿Y nosotros qué somos en esa cuerda? —pregunta Nikos.

—Notas —dice Dimitris—. Vibraciones específicas, con un timbre propio, que existen mientras la cuerda las sostiene. Y cuando dejamos de sonar de esta manera particular, no desaparecemos del todo. Simplemente la cuerda deja de vibrar en esa frecuencia exacta. Pero sigue vibrando. Siempre sigue vibrando.

Yiannis, que ha estado escuchando con la atención dividida entre la maravilla y la necesidad profesional de encontrarle un marco a lo que su capitán describe, no puede contenerse.

—Capitán, con todo respeto, esto sigue sin tener ningún mecanismo verificable. No puedo medir una frecuencia de existencia post mortem. No hay ningún instrumento que yo conozca capaz de registrar lo que usted describe.

—Lo sé —dice Dimitris, sin ninguna irritación en la voz—. Y no espero que lo midas. No te pido que lo creas como un hecho científico. Te pido que entiendas que lo que vi no fue una alucinación ni un consuelo fácil. No me

ofrecieron nada que se pareciera al paraíso de ningún catecismo. Me ofrecieron una escala. Una manera de entender que lo que llamamos tiempo es mucho más extraño y mucho más vasto de lo que cualquiera de nuestros instrumentos, incluidos los tuyos, puede capturar.

—¿Y eso lo consuela?

Dimitris considera la pregunta durante un momento largo.

—No sé si "consuela" es la palabra correcta. Me ordena algo, de una manera distinta. Treinta años buscando esta isla, pensando que la búsqueda era sobre un misterio externo, sobre algo que tenía que encontrar fuera de mí. Y lo que encontré, al final, fue una manera distinta de entender lo que ya llevaba dentro desde que Elena murió, algo que ningún libro, ninguna carta antigua, ninguna noche de insomnio en la proa había podido darme con esta claridad.

Yiannis cierra el cuaderno, sin anotar nada más, y por primera vez desde que zarparon del Pireo, parece dispuesto a dejar una pregunta sin resolver del todo.

—Homero no cerró el mito, Yiannis —dice Dimitris, mirándolo directamente—. Dejó una puerta abierta. Nosotros acabamos de pasar por ella.

—¿Y qué hay del otro lado de esa puerta, ahora que ya pasamos?

—Eso —dice Dimitris, con una sombra de la sonrisa que sus hombres no le han visto desde antes de zarpar— es exactamente lo que vamos a tener que averiguar, igual que con todo lo demás en esta isla, igual que llevamos averiguando desde que el Agamenón salió del Pireo hace lo que ahora le resulta imposible medir si fueron tres días o tres mil años.

Keiran, que ha permanecido a una distancia respetuosa durante todo el intercambio, se acerca finalmente.

—El reactor sigue estabilizándose —dice—. Pero hay algo que debo decirles antes de que continuemos. Lo que el capitán acaba de experimentar tiene un costo que todavía no hemos discutido.

—¿Qué tipo de costo? —pregunta Dimitris, con la calma de quien ya ha decidido que ningún costo adicional va a hacerlo retroceder de lo que ya eligió.

—Una vez que alguien ha visto el Continuum, su percepción del tiempo cambia de manera permanente. No de forma incapacitante. Pero usted nunca volverá a experimentar el paso de los años exactamente como lo hacía antes. Algunas cosas que antes le parecían urgentes le parecerán, ahora, menos urgentes. Y algunas que antes ignoraba le exigirán, de pronto, una atención que no esperaba tener que darles.

—¿Puede ser más específica? —pregunta Yiannis, recuperando el instinto técnico que la maravilla de los últimos minutos había puesto en pausa—. ¿Hablamos de un efecto neurológico medible, o de algo más parecido a un cambio filosófico?

—Ambas cosas, aunque sus categorías no las distingan con la misma claridad que las nuestras. El cerebro humano procesa el tiempo a través de estructuras específicas que evolucionaron para sobrevivir en una secuencia lineal: anticipar el peligro, recordar el pasado reciente, planificar el futuro inmediato. Lo que el capitán experimentó altera, de manera sutil pero permanente, la manera en que esas estructuras procesan la urgencia y la pérdida. No deja de funcionar. Funciona distinto.

Dimitris asiente, sin sorpresa, como quien recibe la confirmación de algo que ya sospechaba desde el momento en que abrió los ojos y el mundo concreto le pareció, durante esos primeros segundos, solo una de muchas capas posibles.

—Me parece un precio razonable —dice—. A cambio de lo que recibí.

CAPÍTULO 14

La ceremonia de la imperfección

Antemóesa y el Agamenón, últimas preparaciones

El reactor lleva doce horas estabilizándose cuando Yiannis finalmente entiende, con la claridad que solo llega después de muchas horas de trabajo continuo, por qué las viajeras necesitaban exactamente lo que el Agamenón tenía para ofrecer.

El proceso de integración ha consistido, durante todas esas horas, en una secuencia de ajustes minuciosos que Yiannis ha aprendido a realizar bajo la guía paciente de Keiran y otra de las figuras, cuyo nombre, después de varios intentos de pronunciación, terminó simplificándose a algo parecido a "Vess" para que los marineros pudieran referirse a ella sin trabarse con cada sílaba. Vess habla menos que Keiran, pero su manera de comunicarse a través de pequeños ajustes en los diagramas de luz suspendida resulta, para Yiannis, casi más elocuente que las palabras: cuando algo está mal calibrado, el diagrama tiembla con una irregularidad que cualquier ingeniero reconocería de inmediato como una señal de error, y cuando Yiannis finalmente encuentra el ajuste correcto, la calma con que el diagrama se estabiliza le produce una satisfacción que ningún elogio verbal podría igualar.

Calibrar una frecuencia, en este contexto, no significa girar un dial hasta que un indicador se estabilice, como Yiannis está acostumbrado a hacer con sus propios instrumentos, sino algo mucho más parecido a negociar un acuerdo entre dos sistemas que hablan idiomas físicos completamente distintos: ajustar la resistencia de un cable improvisado hasta que absorba exactamente la cantidad de fluctuación que el reactor necesita sin sobrecargar el componente original, comprobar que la imperfección molecular de cada pieza del Agamenón se distribuya de manera uniforme en lugar de concentrarse en un solo punto que podría, bajo la tensión, ceder por completo.

—Es una cuestión de tolerancia —le explica a Keiran, mientras ajustan juntos uno de los últimos parámetros de integración—. Su tecnología está construida

para la precisión absoluta. La nuestra está construida para sobrevivir al error. El motor del Agamenón ha funcionado durante veintidós años a pesar de fallar constantemente, no porque sea perfecto sino porque cada pieza puede ceder un poco sin romperse del todo.

—Exactamente —dice Keiran, observando cómo una de las conexiones improvisadas, hecha con el cableado original del barco, absorbe una fluctuación de energía que, segundos antes, habría hecho temblar toda la cámara—. Nuestra tecnología nunca tuvo que aprender esa lección. Nunca falló lo suficiente como para necesitar saber cómo doblarse sin quebrarse.

—¿Y ahora qué van a hacer con eso que aprendieron de nosotros?

Keiran no responde de inmediato, y Yiannis ha aprendido, en los últimos días, a reconocer esas pausas como el equivalente de algo parecido a la reflexión genuina.

—No lo sé —dice finalmente—. Quizá nada. Quizá lo lleven de vuelta y lo estudien durante generaciones. Lo que sí sé es que ninguna de nosotras olvidará que la solución vino de la imperfección, no de la perfección. Eso, en sí mismo, ya cambia algo en cómo entendemos nuestra propia tecnología.

Mientras Yiannis y Keiran continúan ajustando los últimos parámetros, en la playa, bajo el sol de la tarde que empieza a inclinarse hacia el horizonte, los seis marineros del Agamenón se han reunido alrededor de los restos del fuego improvisado que Stavros encendió con los pocos materiales combustibles que les quedan, en lo que probablemente sea la última comida que compartirán antes de que todo termine de una manera o de otra.

—Yo nunca le había contado a nadie sobre Elena —dice Petros, rompiendo un silencio que ha durado varios minutos, mirando las brasas en lugar de mirar a sus compañeros—. Cuarenta años en el mar y nunca dije en voz alta cuánto la sigo extrañando.

—Yo tampoco hablo de mi madre —dice Thanasis—. Llamo cada domingo, hablamos del clima, de la salud, de mi hermana en Atenas. Nunca le digo lo que de verdad pienso cuando cuelgo el teléfono.

—¿Y qué piensas? —pregunta Kostas.

—Que cada domingo que hablamos es un domingo menos de los que me quedan para hablar con ella. —Thanasis hace una pausa—. Nunca lo había dicho así, en voz alta, hasta ahora.

Nikos, sentado un poco apartado del fuego con las rodillas contra el pecho, interviene con la voz más baja de lo habitual.

—Mi hermano y yo dejamos de hablar de verdad hace cuatro años, cuando se fue a Alemania. Hablamos por videollamada, pero siempre de cosas sin importancia. Nunca le he dicho que lo extraño. Pensé que escuchar mi propia voz a los dieciséis años, en esa habitación que compartíamos, sería lo peor que me pasaría en esta isla. Pero ahora pienso que quizá fue lo mejor, porque me obligó a darme cuenta de cuánto tiempo llevo evitando decirle algo tan simple.

Stavros, que ha permanecido en silencio removiendo las brasas con un palo, finalmente habla sin levantar la vista del fuego.

—Yo nunca hablo de mi hijo. Ni siquiera con ustedes, que han navegado conmigo doce años. —Su voz tiembla apenas, lo suficiente para que todos noten el esfuerzo que le cuesta seguir hablando—. Pensé que si no lo nombraba, dolería menos. Pero el dolor estaba ahí de todas formas, esperando, y esa cosa de la isla lo encontró sin ningún esfuerzo, exactamente donde yo lo había escondido.

—¿Te ayudó hablar de él ahora? —pregunta Kostas, con una delicadeza que sorprende a los demás, viniendo de un hombre que rara vez ha mostrado esa suavidad en público.

Stavros considera la pregunta durante un momento largo.

—No sé si ayuda. Pero es distinto a cargarlo solo. —Mira alrededor del fuego, a los rostros de sus compañeros, iluminados por la luz anaranjada de las brasas —. Ustedes también escucharon a sus muertos. Eso significa algo. No sé exactamente qué, pero significa algo.

Petros asiente despacio, removiendo una brasa con la punta de su propio palo.

—Cuarenta años en este mar, y nunca pensé que terminaría hablando de Elena frente a cinco hombres al mismo tiempo. Siempre pensé que ese dolor era mío, solo mío, que nadie más tenía derecho a tocarlo porque nadie más la había conocido. —Levanta la vista hacia Thanasis—. Pero tú escuchaste a tu madre con la misma claridad con que yo escuché a Elena. Eso significa que el dolor, aunque sea distinto en los detalles, tiene la misma forma para todos nosotros.

—Quizá por eso esa cosa pudo usarlo de la misma manera con cada uno — dice Thanasis—. No porque seamos iguales, sino porque el amor que perdimos, aunque haya sido por personas distintas, deja exactamente el mismo tipo de hueco.

Kostas, que ha estado en silencio durante buena parte de la conversación, finalmente habla de lo que escuchó.

—Yo escuché a mi hijo riendo, como reía a los cuatro años. Antes de que yo me convirtiera en el padre que solo lo ve tres veces al año. —Se frota las manos, un gesto nervioso que repite desde el canto—. Cuando vuelva al Pireo, voy a llamarlo. No para hablar del clima ni de la escuela. Para decirle que lo extraño cada uno de los días que no lo veo, y que eso es culpa mía, no de las circunstancias.

—¿Crees que te va a creer? —pregunta Petros, sin malicia, solo con la honestidad práctica que lo caracteriza.

—No lo sé. Pero al menos lo voy a haber dicho. Eso es más de lo que he hecho en los últimos diez años.

El miedo que cada uno de ellos sintió durante el canto no desaparece con esta conversación. Ninguno de ellos pretende que lo haya hecho. Pero hay algo en

compartirlo, en escuchar que los demás sintieron exactamente la misma vulnerabilidad sin que ninguno fuera, por eso, menos hombre a los ojos de los otros, que transforma el peso de esa vulnerabilidad sin quitárselo del todo, de la misma manera en que el motor del Agamenón sigue siendo imperfecto incluso después de haber demostrado que esa imperfección puede salvar algo mucho más grande que el propio barco.

Cuando Yiannis y Dimitris bajan de la cámara para informarles que el reactor está casi completamente estabilizado, encuentran a los cinco hombres en una calma que no tenían cuando subieron horas antes: no la calma de quien ha resuelto su dolor, sino la de quien ha dejado de cargarlo completamente solo.

—Una hora más —dice Yiannis—. Después de eso, el portal estará listo para que las viajeras regresen a su plano de origen.

Dimitris asiente y se aleja del grupo, caminando hacia el borde de la explanada donde la roca cae hacia el mar, y ahí encuentra a Keiran, que ha salido también de la cámara, como si necesitara, antes de la partida final, un último momento de contemplación frente al mismo mar que ha estado, sin saberlo del todo, su prisión durante tres mil años.

—¿Todo listo? —pregunta Dimitris.

—Todo listo —dice Keiran—. En una hora, dejaremos de estar aquí, en este punto exacto del tiempo y del espacio donde hemos existido sin existir del todo durante tanto tiempo que ya perdimos la cuenta exacta.

—¿Va a ser difícil para usted? Irse, quiero decir.

Keiran considera la pregunta con la misma seriedad con que ha considerado cada pregunta que Dimitris le ha hecho desde el primer contacto.

—No lo sé. Llevamos tanto tiempo deseando volver que ya no recuerdo bien cómo se siente desear otra cosa.

No hay abrazo entre ellos, ni discurso de despedida. Keiran extiende la mano —la misma extremidad cubierta de placas cambiantes con la que estableció el primer contacto— y Dimitris la toma, con la misma naturalidad con que estrecharía la mano de cualquier hombre con quien acaba de cerrar un trato importante.

Por un instante, a través de ese contacto, algo distinto a las palabras o a los conceptos técnicos llega hasta Dimitris: no la tecnología de Keiran, ni la historia completa de su civilización, sino algo más simple y, de alguna manera, más vasto. La misma soledad que él mismo ha sentido durante treinta años de madrugadas en la proa del Agamenón, mirando las estrellas desde la cubierta de un barco pequeño en un mar enorme, sintiendo la insignificancia y la grandeza de esa posición al mismo tiempo. Es una soledad sin amargura, la que se siente cuando algo es demasiado grande para abarcarlo del todo y, sin embargo, uno se siente honrado de poder mirarlo aunque sea de manera incompleta. Keiran, atrapada durante tres mil años en este punto exacto del Egeo, ha sentido exactamente esa misma soledad, multiplicada por una escala que ningún reloj humano podría medir, mirando

un cielo que para ella nunca terminó de moverse de la manera en que las estrellas se mueven para los demás seres de su especie.

—Entonces no es tan distinta a nosotros —dice Dimitris, en voz baja, más para sí mismo que para ella.

—Nunca lo fuimos —dice Keiran—. Solo llegamos hasta aquí por caminos distintos.

Suelta la mano de Dimitris y retrocede un paso, justo cuando el suelo de la explanada empieza a vibrar con una intensidad nueva, distinta de todas las anteriores: no el temblor nervioso de una inestabilidad sino algo más parecido al zumbido grave de un instrumento enorme afinándose antes de un concierto.

Las paredes de las construcciones de Antemóesa comienzan a emitir una luz que no proviene de ninguna fuente externa ni de los filamentos que han recorrido los corredores durante toda la expedición, sino de la estructura misma del espacio que rodea la isla, como si la realidad alrededor de Antemóesa hubiera decidido, finalmente, después de tres mil años de espera, empezar a vibrar en la frecuencia correcta para dejarla ir, la misma frecuencia que Dimitris sintió en su propio cuerpo durante el canto y que ahora, en lugar de amenazar, parece acompañar el cierre de algo que lleva tres milenios esperando terminar.

CAPÍTULO 15

La retirada del mito

Antemóesa, el cierre del portal

La luz interior de las paredes se apaga primero.

No de golpe, como si alguien hubiera cortado una corriente eléctrica, sino con la lentitud de algo que se está despidiendo de manera deliberada: los filamentos que han recorrido los corredores de Antemóesa durante toda la expedición disminuyen su intensidad en oleadas sucesivas, cada una más débil que la anterior, hasta que la cámara central, que durante días estuvo bañada en una claridad sin sombras, empieza a sumergirse en una penumbra que ninguno de los siete hombres había visto desde que llegaron a la isla. Es la misma oscuridad del mar abierto, pero ninguno de ellos la reconoce del todo como tal, porque durante días sus ojos se habían acostumbrado a una luz que no proyectaba sombras en ningún ángulo, y ahora, al recuperar las sombras, el mundo concreto les resulta, paradójicamente, más extraño que la propia Antemóesa.

—Está empezando —dice Yiannis, observando las últimas lecturas de su medidor antes de que el instrumento mismo deje de registrar valores coherentes.

Dimitris, de pie junto a él, no responde. Tiene la mirada fija en el punto donde, hace solo unos minutos, Keiran retrocedió hacia el interior de la estructura junto con las demás figuras, sin ningún gesto de despedida adicional al

apretón de manos que ya habían intercambiado, sin discursos, sin la ceremonia que cualquier despedida humana habría exigido.

La vibración del suelo, ese pulso constante que los marineros sintieron en los dientes desde el primer momento en que entraron en la cámara, comienza a disminuir también, perdiendo fuerza de manera gradual hasta volverse casi imperceptible, un susurro bajo las botas en lugar del latido firme que había acompañado cada uno de sus pasos en Antemóesa.

—El aire cambió —dice Petros, inhalando profundamente, como quien intenta retener algo que sabe que está a punto de perder.

Es cierto. El sabor que todos habían aprendido a reconocer, esa mezcla imposible de clasificar entre lo salado y lo eléctrico, se diluye con la misma lentitud que la luz, hasta que lo que respiran vuelve a ser, simplemente, aire de mar, sin ningún matiz adicional que lo distinga del aire que han respirado toda su vida en el Egeo.

—Miren las paredes —dice Nikos, con la voz baja de quien no quiere interrumpir algo que siente, sin poder explicarlo, que merece silencio.

Las construcciones que rodean la cámara central comienzan a perder solidez. No se derrumban ni se desintegran: se vuelven translúcidas, primero en los bordes y después en superficies cada vez más amplias, como si la piedra misma estuviera recordando, en este momento final, que en algún otro pliegue de la realidad nunca llegó a existir del todo. A través de una de las paredes que empieza a desvanecerse, Thanasis distingue, por un instante fugaz, el contorno borroso de algo que podría ser el cielo nocturno, visible donde antes solo había roca sólida.

—Se están yendo —dice Kostas, sin que nadie le haya preguntado nada, simplemente necesitando decirlo en voz alta para terminar de creerlo.

Las viajeras se retiran hacia el interior de la estructura sin ningún gesto que los marineros del Agamenón puedan interpretar como dramático o solemne. No hay última mirada hacia atrás, no hay ningún signo de despedida colectiva dirigido a los siete hombres que les entregaron, sin saberlo del todo cuando zarparon del Pireo, las piezas de su propio sustento para que estas figuras pudieran finalmente volver a casa. Simplemente se desplazan hacia el fondo de la cámara, hacia un punto donde la luz residual todavía se concentra con más intensidad que en el resto del espacio, y desaparecen en ella sin ningún efecto visual que marque el momento exacto de la transición, como si el cierre de tres mil años de espera no necesitara, después de todo, ninguna ceremonia adicional.

—¿Eso es todo? —pregunta Nikos, casi decepcionado por la ausencia de cualquier espectáculo final.

—Eso es todo —dice Dimitris—. Lo importante nunca necesitó ruido para ser importante.

El portal se cierra.

Lo que sigue ocurre con una rapidez que contrasta violentamente con la lentitud de todo lo anterior: la niebla que ha envuelto al Agamenón desde su llegada a esta región del Egeo se disipa en menos de treinta segundos, como si alguien, en algún punto invisible del cielo, hubiera apagado un interruptor que durante días había mantenido encendida una atmósfera completa. El mar, que había respirado con su cadencia anómala de diecisiete ciclos por minuto, queda repentinamente inmóvil, plano, silencioso, con la quietud absoluta de un lago en lugar de la agitación habitual del Egeo.

Los siete hombres se encuentran de pronto en cubierta del Agamenón —no recuerdan con precisión el momento exacto en que bajaron de la explanada ni en qué instante volvieron a estar a bordo, como si ese tramo de su propia memoria hubiera quedado atrapado en algún pliegue que ya no tienen acceso a recorrer— flotando bajo un cielo estrellado que ninguno de ellos había visto con esa claridad en años, sin niebla, sin construcciones en el acantilado, sin ninguna señal de que, hasta hace solo unos minutos, hubiera existido ahí una isla.

Los instrumentos del barco, que han fallado de maneras distintas durante toda la expedición, empiezan a encenderse uno por uno, con la lentitud titubeante de algo que despierta de un sueño profundo. El GPS muestra una posición estable. La brújula apunta al norte sin oscilación. El sonar registra un fondo marino de trescientos veinte metros, sin ninguna estructura anómala, sin ninguna fluctuación incomprensible.

—No hay nada —dice Yiannis, revisando pantalla tras pantalla con una mezcla de alivio y desolación que él mismo encuentra difícil de reconciliar—. Ninguna lectura de la isla. Ningún registro de la cámara, del reactor, de las viajeras. Es como si nunca hubiera ocurrido.

Revisa las cámaras de a bordo, las pocas que sobrevivieron al viaje con algún tipo de grabación funcional, y encuentra solo interferencias: fragmentos de imagen distorsionada, momentos de estática que no corresponden a ningún fallo técnico convencional, intervalos completos donde la grabación simplemente no existe, como si el dispositivo hubiera decidido, por su cuenta, que ciertas cosas no estaban destinadas a ser conservadas.

Las bitácoras del barco, que Dimitris ha mantenido con disciplina durante los días de la expedición, contienen horas duplicadas y zonas completamente vacías, entradas que se interrumpen a mitad de una frase y continúan, sin ninguna explicación, varias páginas después, como si el tiempo mismo, dentro de esas páginas, hubiera intentado registrar algo que excedía su propia capacidad de organización lineal.

—¿Cómo vamos a explicar esto cuando volvamos? —pregunta Kostas, con la angustia práctica de quien ya está pensando en las preguntas que su familia, sus vecinos, los demás pescadores del Pireo, le harán en cuanto atraquen.

—No lo vamos a explicar —dice Petros—. O lo intentamos y nadie nos cree, o no lo intentamos y nos quedamos con la duda de si deberíamos haberlo hecho. Ninguna de las dos opciones es buena.

—¿Y si lo escribimos? —sugiere Nikos—. Solo para nosotros. Para no perder el recuerdo.

—¿Para qué sirve un recuerdo que nadie más puede confirmar? —pregunta Thanasis, no con cinismo sino con una curiosidad genuina, buscando entender la utilidad de algo que él mismo siente que necesita hacer de todas formas.

—Para que sepamos que no enloquecimos —dice Stavros, con la simplicidad directa que lo caracteriza—. Eso ya es bastante.

Discuten en voz baja durante varios minutos, atrapados entre el miedo evidente de haber perdido la cordura colectivamente y la certeza, igualmente innegable, compartida por los siete sin necesidad de mucha persuasión adicional, de haber tocado algo real, algo que existió con la misma solidez que el propio barco en el que ahora flotan, aunque ningún instrumento, ninguna fotografía, ninguna bitácora pueda demostrarlo ante nadie que no haya estado presente.

—Mi mujer va a preguntarme qué pasó estos días —dice Kostas—. ¿Qué le digo? ¿Que el barco se quedó atrapado en una niebla rara y por eso volvemos sin motor?

—Le dices la verdad que puedas decir sin que te encierren —dice Petros—. El resto te lo quedas, como yo me he quedado tantas cosas en cuarenta años de mar.

—¿Y no te pesa? Quedarte cosas así.

—Pesa menos que la alternativa, que es que nadie te crea y además pienses que estás loco por habértelo creído tú mismo.

Nikos, con el teléfono en la mano aunque ya sabe que no contiene ninguna prueba útil, interviene con una idea que ha estado formándose en él desde que la luz comenzó a apagarse.

—Podríamos hacer un pacto. Entre los siete. No contarlo fuera del barco, pero sí entre nosotros, cada vez que nos volvamos a encontrar, aunque sea años después. Para que ninguno tenga que cargarlo completamente solo, como Stavros cargó lo suyo durante doce años antes de esta isla.

Stavros asiente, con una expresión que es lo más parecido a la gratitud que ha mostrado en toda la expedición.

—Me parece bien ese pacto.

—A mí también —dice Thanasis, y los demás, uno por uno, asienten de la misma manera, sellando sin necesidad de ningún documento ni de ninguna ceremonia adicional un acuerdo que, de alguna manera, tendrá más peso para ellos que cualquier contrato firmado en sus vidas anteriores.

Yiannis se sienta en la cubierta, con el cuaderno abierto sobre las rodillas, mirando páginas llenas de mediciones contradictorias, de hipótesis descartadas una tras otra, de preguntas que nunca llegaron a tener una respuesta que su entrenamiento científico pudiera aceptar sin reservas. Durante un momento largo, no escribe nada.

—Toda mi vida pensé que la ciencia empieza con una demostración —dice, finalmente, dirigiéndose a Dimitris, que está sentado cerca de él, en la proa, mirando hacia el horizonte vacío donde hace apenas una hora se levantaba un acantilado imposible—. Una hipótesis, un experimento, un resultado que se puede repetir. Ahora entiendo que a veces empieza de otra manera. Empieza con una herida abierta en la ignorancia, algo que se sabe que es real porque se vivió, aunque no haya ninguna manera de probarlo según las reglas que uno mismo aprendió a respetar.

—Esa herida también es un tipo de conocimiento —dice Dimitris, sin apartar la vista del horizonte—. Quizá el más honesto de todos, porque no pretende tener más certeza de la que realmente tiene.

Dimitris no busca nada en ese horizonte vacío. No escudriña el agua en busca de algún rastro, no consulta ningún instrumento, no repasa mentalmente las coordenadas donde la isla debería estar. Simplemente mira, con la misma calma con que ha mirado el mar durante treinta años de madrugadas en esta misma proa, como si la ausencia de Antemóesa fuera, de alguna manera que solo él termina de comprender del todo, otra forma más de su presencia. Treinta años de búsqueda no terminaron, después de todo, con la pregunta resuelta y archivada, sino con una pregunta nueva instalada en su lugar, una que probablemente lo acompañará durante el resto de su vida sin que él necesite, esta vez, salir a buscar la respuesta en ningún mapa ni en ninguna nota al margen de ningún manuscrito antiguo: la pregunta de qué hacer, ahora, con la certeza de que el mundo es exactamente tan extraño y tan vasto como siempre sospechó, y de que esa certeza, aunque nadie más pueda compartirla del todo, ya es suficiente compañía para los años que le quedan.

El motor del Agamenón, despojado de su pieza principal, permanece en silencio. No hay manera de que el barco se mueva por sus propios medios. Pero el mar está en calma, las estrellas son claras, y en algún momento, antes del amanecer, alguna embarcación de pesca que trabaje esta región del Egeo encontrará al pesquero varado y remolcará a sus siete tripulantes de vuelta a un puerto que, para todos ellos, ya nunca volverá a ser exactamente el mismo lugar del que zarparon hace apenas unos días.

EPÍLOGO

La cuerda que vibra

El Agamenón, de regreso al Pireo

El pesquero que los encuentra a la deriva pertenece a un viejo conocido de Dimitris, un capitán llamado Apostolos que trabaja las rutas cercanas a Hidra desde hace casi tantos años como Dimitris trabaja las suyas, y que no hace demasiadas preguntas cuando, al amanecer, distingue el casco verde oscuro del Agamenón flotando sin motor en un punto del Egeo donde, según su propia carta de navegación, no debería haber ninguna embarcación detenida.

—¿Qué les pasó? —pregunta, mientras sus hombres preparan el cabo de remolque.

—Avería de motor —dice Dimitris, con la misma economía con que ha respondido a esa pregunta cada vez que alguien la ha hecho desde que zarparon del Pireo hace lo que ahora le resulta extraño calcular con precisión si fueron tres días o algo más.

Apostolos asiente, satisfecho con una respuesta que no necesita ser completa para ser suficiente entre marineros, y ordena el remolque sin insistir más. El viaje de vuelta dura el resto del día, con el Agamenón siendo arrastrado en silencio a través de un mar que ha recuperado, sin ninguna excepción visible, su comportamiento ordinario: el oleaje irregular de siempre, las gaviotas que sobrevuelan en busca de restos de pesca, el sol bajando hacia el horizonte occidental exactamente como lo ha hecho todas las tardes de la vida de cada uno de los siete hombres a bordo.

El Pireo los recibe con la misma indiferencia con que recibe cualquier barco que regresa: nadie en el muelle sabe ni necesita saber que estos siete hombres acaban de volver de un lugar que ningún mapa registra, que entregaron el corazón mecánico de su propio sustento a una civilización que lleva tres mil años atrapada en un pliegue del tiempo, que escucharon a sus muertos cantarles desde un acantilado imposible y que, de alguna manera que ninguno de ellos terminará de explicar del todo, decidieron quedarse de pie frente a esa voz en lugar de seguirla hasta el final.

Las gaviotas siguen posadas sobre los cabos con la misma quietud solemne de siempre. Las manchas de aceite siguen flotando entre los cascos como mapas de países sin nombre. El olor a diésel y pescado de dos días sigue siendo, exactamente, el mismo olor que despidió al Agamenón hace lo que para sus tripulantes ya no es del todo seguro si fueron tres días o algo más extenso e imposible de medir con el calendario que el resto del mundo sigue usando sin sospechar nada.

Kostas es de los primeros en volver a su rutina, aunque su rutina, desde el regreso, incluye algo nuevo: la llamada telefónica que prometió hacerse a sí mismo durante la travesía de vuelta. La hace el primer domingo después de atracar, con el teléfono temblándole un poco en la mano, no por miedo a la conversación sino por la novedad de decir, en voz alta, algo que lleva años callando.

—Te extraño todos los días que no te veo —le dice a su hijo, sin preámbulo, sin la charla habitual sobre el clima o la escuela—. Y eso es culpa mía. No de tu madre, no de las circunstancias. Mía.

Hay un silencio largo del otro lado de la línea antes de que su hijo, con dieciséis años y una sorpresa genuina en la voz, le responda algo que Kostas guardará, durante el resto de su vida, con más cuidado que cualquier otro recuerdo de la expedición entera.

Petros es el primero en bajar a tierra después de eso, y lo hace con un paso distinto al que tenía cuando zarparon: no más lento, sino más deliberado,

como quien ha dejado de necesitar la prisa para sentir que está viviendo de verdad.

—Cuarenta años rezando sin pruebas —le dice a Dimitris, antes de despedirse en el muelle—. Siempre pensé que algún día Dios me iba a dar una señal clara, algo que no dejara espacio para la duda. Ahora entiendo que esa nunca fue la idea. La fe no necesitaba pruebas, capitán. Necesitaba exactamente lo contrario: la disposición de seguir creyendo en algo que el mundo nunca podría confirmarme del todo. Esa isla no me dio pruebas. Me dio la confirmación de que estaba haciendo lo correcto al no necesitarlas.

Dimitris asiente, sin añadir nada, porque siente que cualquier comentario adicional restaría peso a lo que Petros acaba de decir.

Yiannis, por su parte, pasa los primeros días después del regreso revisando una y otra vez sus cuadernos, sus mediciones incompletas, las fotografías corruptas y los fragmentos de vídeo que no muestran nada salvo mar vacío, intentando encontrar en ellos algún patrón que su entrenamiento científico pudiera, finalmente, aceptar sin reservas. No lo encuentra. Lo que encuentra, en cambio, es una sospecha que se instala en él con la misma persistencia silenciosa con que se instalan las certezas verdaderas: durante toda su vida construyó su identidad sobre la convicción de que el universo es difícil pero no sagrado, que cada misterio tiene, en algún punto, una explicación que la paciencia y la rigurosidad terminan por revelar. Ahora regresa con la sospecha incómoda de que lo difícil y lo sagrado podrían no ser categorías opuestas, sino el mismo fenómeno nombrado en dos idiomas que nunca aprendieron a traducirse entre sí correctamente, de la misma manera en que él mismo, durante la primera comunicación con Keiran, recibió impulsos y asociaciones donde Dimitris recibió una certeza emocional, sin que ninguna de las dos experiencias fuera más verdadera que la otra.

—¿Vas a publicar algo de esto? —le pregunta Nikos, una tarde, mientras ambos toman café en la misma cantina del Pireo donde solían reunirse antes de la expedición.

—¿Quién me va a creer? —dice Yiannis—. No tengo datos. No tengo fotografías. Tengo un cuaderno lleno de mediciones contradictorias y la certeza absoluta de que esas mediciones, aunque contradictorias, eran reales.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con todo eso?

Yiannis considera la pregunta durante un momento largo.

—Seguir siendo ingeniero. Pero de una manera distinta. Antes pensaba que mi trabajo era eliminar el misterio. Ahora pienso que quizá mi trabajo es aprender a medir mejor los bordes del misterio, sin pretender nunca que voy a poder eliminarlo del todo.

Nikos revisa, esa misma semana, todas las grabaciones de su teléfono, archivo por archivo, con la paciencia de quien sabe de antemano lo que va a encontrar y necesita, de todas formas, confirmarlo con sus propios ojos. En cada uno de los clips, sin excepción, lo que aparece es mar vacío, niebla

difusa, el casco del Agamenón visto desde ángulos que él recuerda haber usado para fotografiar la isla, las construcciones, las figuras envueltas en trajes que cambiaban de textura. Nada de eso está ahí. Solo mar.

—No importa —se dice a sí mismo, guardando el teléfono después de la última revisión—. Lo vi. Eso no se puede borrar de la misma manera en que se borra un archivo.

Stavros vuelve a su cocina con la misma dedicación silenciosa de siempre, preparando las comidas de la tripulación con la rutina que ha mantenido durante doce años, sin que nadie note, al principio, ningún cambio visible en su comportamiento. Pero la primera noche que cocina después del regreso, Petros prueba el plato y se queda en silencio un momento más largo de lo habitual antes de hablar.

—Sabe diferente —dice, sin que nadie le pregunte.

—¿Diferente cómo? —pregunta Thanasis.

—No sé explicarlo. Mejor, quizá. O más presente. Como si Stavros hubiera puesto algo en la comida que antes no se permitía poner.

Nadie le lleva la contraria, ni siquiera Stavros, que se limita a asentir desde la puerta de la cocina con una expresión que, en cualquier otro hombre, se habría descrito simplemente como paz.

Una noche, varias semanas después del regreso, cuando el Agamenón ya ha sido reparado lo suficiente para volver a navegar con normalidad, con un motor nuevo que nunca llegará a conocer tan bien como conoció al anterior pero que aprenderá, con el tiempo, a querer de una manera distinta, Dimitris ordena apagar los motores en un punto del Egeo que no es ningún punto en particular, sin coordenadas especiales, sin ninguna razón técnica que Yiannis pueda identificar en el sonar o en ningún otro instrumento.

—¿Por qué aquí? —pregunta Kostas.

—Por ninguna razón —dice Dimitris—. Solo quería que paráramos un momento.

El silencio que cae sobre el barco, cuando el motor se detiene, no es el silencio vacío de la ausencia de sonido, sino algo distinto: una quietud llena, profunda, casi maternal, como si el propio Egeo estuviera conteniendo, por un instante, toda la vastedad de lo que ha presenciado en tres mil años de historia humana sin necesidad de mostrarla. Las estrellas, sobre ellos, tienen esa claridad específica que solo aparece lejos de cualquier luz artificial, la misma claridad bajo la cual los navegantes micénicos, hace tres milenios, debieron mirar este mismo cielo sin sospechar todavía que algo en ese mar guardaba un secreto que tardaría tanto tiempo en revelarse, y que cuando finalmente se revelara, lo haría no a través de dioses ni de monstruos, sino a través de siete hombres pobres que solo querían pagar sus deudas con una salida de pesca cualquiera.

Los siete hombres permanecen en cubierta, cada uno en su lugar habitual, sin necesidad de hablar entre ellos. Y en esa calma, sin que ninguno lo busque de manera deliberada, cada uno empieza a escuchar algo.

No es una melodía. No es una voz reconocible, ni el llanto de un bebé, ni la risa de un niño que ya ha crecido demasiado para reír así. Es algo más tenue, más difícil de nombrar: una vibración que parece provenir simultáneamente de las estrellas que cubren el cielo sin ninguna nube que las oculte, del agua quieta bajo el casco, de la madera vieja y remendada del propio Agamenón, y de la sangre que late, con su ritmo particular, en el pecho de cada uno de ellos.

Petros la siente en las manos, apoyadas sobre la borda. Thanasis la siente en el pecho, donde durante años guardó el peso de una melodía que nunca se atrevió a tararear en voz alta. Kostas la siente en la garganta, donde se ha estado formando, desde el regreso, una llamada telefónica que todavía no ha hecho pero que sabe, con una certeza nueva, que va a hacer pronto. Nikos la siente en las yemas de los dedos, ahí donde antes sostenía el teléfono buscando capturar lo que el teléfono nunca pudo capturar. Stavros la siente en algún lugar que ya no necesita nombrar, porque nombrarlo, después de doce años de silencio, ya dejó de ser necesario. Yiannis la siente como una pregunta que, por primera vez en su vida, no le incomoda dejar sin responder.

Dimitris cierra los ojos.

No dice nada. No hace falta. La misma vibración que recorre el aire, el agua y la madera del barco recorre también, sin distinción alguna, a cada uno de los siete hombres que aprendieron, en una isla que ningún mapa registra, que el tiempo no es una línea que se aleja del pasado hacia el futuro, sino una cuerda que vibra, siempre, en todas las frecuencias a la vez, y que ellos, esta noche, en este punto cualquiera del Egeo, han aprendido finalmente a escuchar, de la misma manera en que tres mil años atrás un hombre real, con las muñecas sangrando, eligió escuchar también, atado a un mástil que ya no existe, en un mar que sigue siendo, contra toda evidencia de lo contrario, exactamente el mismo.